
CAUTIVA
de su
CORAZÓN
ZOE SCOTLAND

Copyright © Mayo 2026 Zoe Scotland

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

Contents

Copyright
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
EPÍLOGO

Capítulo 1

Escocia, año 1602

Le habían ordenado que se escondiera junto a sus hermanas en aquel agujero, que las protegiera, y que no abandonara aquel escondite por más gritos que escuchase. Eso fue lo primero que se le ocurrió hacer al primer alarido que oyó de su madre. Elena Fraser era un ser impetuoso, rebelde, valiente como nunca antes se había podido ver a una muchacha de su edad, pero terriblemente impulsiva, y eso fue lo que la hizo caer en aquella trampa.

Sus hermanas intentaron agarrarlas de las ropas antes de que se apartase de ellas, pero las pequeñas Drew y Maisie no fueron lo suficiente fuertes para retenerla. Y antes de quitar la piedra que ocultaba el interior del agujero, se giró para mirarlas y con un dedo sobre sus labios les pidió silencio.

—Maldita insensata, vuelve aquí, harás que nos maten a las tres —dijo Maisie antes de que el agujero fuese tapado de nuevo por Elena, ahora ya fuera.

Elena solo tenía tres años más que las gemelas, veintiún años, pero siempre había demostrado arrojo desde bien pequeña. En cambio Drew era tan débil y lánguida que para burlarse de ella la llamaban princesa.

—Cuida de la princesa, enseguida vuelvo a por vosotras —susurró Elena acercando sus labios a una rendija por donde entraba algo de claridad.

Allí dentro el pánico iba en aumento, sobre todo porque Drew no dejaba de rezar a todos los dioses, y tiritaba de miedo

aferrándose a la mano de Maisie con tanta fuerza que la pobre ya empezaba a notar un ligero hormigueo.

A diferencia de lo que ocurría dentro, Elena había conseguido cruzar media aldea para llegar a la cabaña de su familia. Aunque no había sido muy difícil, pues la mayoría de hogares estaban calcinados o aun devorándose por el fuego.

—Malditos MacKinnon —susurró Elena apretando uno de sus puños.

Sintió rabia al ver lo que aquel clan había hecho con sus tierras. Se escondió detrás de unos tablones medio calcinados que todavía se mantenían en pie, y pudo ver a los temidos hombres del laird como arrastraban a mujeres al interior de una de las casas que aún no habían sido quemadas.

—Soltadme, dejadme marchar, juro que no diré nada de lo que he visto, por Dios, dejadme con vida —gritaba una de ellas mientras aquel bruto guerrero la arrastraba por el cabello hacia el interior.

—Calla, zorra, ¿quién te ha dicho que vaya a matarte? Solo me eres de valor si estás viva. Entra ahí y desnúdate.

Elena al escuchar aquello no pudo reprimir aquel impulso dirigido por el odio y corrió hacia él por la espalda, empuñando su cuchillo que escondía en su tobillo.

Le blandió el total del acero en un costado, con tanta fuerza como pudo, pero el guerrero tan solo emitió un pequeño gruñido, como si aquello hubiese sido una simple molestia para él. Algo parecido a la picadura de un mosquito.

Se dio media vuelta, y cuando la vio, una sonrisa asquerosa apareció en su cara. La miró de arriba abajo un par de veces y levantando una de sus cejas estiró el brazo y se arrancó el cuchillo del costado.

—Esto te va a salir caro, jovencita, espero que sepas hacer grandes cosas con tu cuerpo.

Aquel hombre era gigante, robusto, y sucio, muy sucio, pensó Elena. En sus ojos brilló algo más que interés: un deseo áspero, indómito, impropio de un hombre que conocía el honor.

—Ni en mil vidas me tomarás —dijo levantando su barbilla.

—Me temo que además de una insensata eres también ciega, pues no veo otro motivo por el que no hayas podido ver que soy más fuerte que tú y vas a hacer lo que yo diga.

En ese instante Elena retrocedió una de sus piernas y tomó impulso para propinarle una patada en su entrepierna, algo que él no esperaba, y después agarró a la mujer por un brazo y salió de allí a toda prisa, aprovechando que el guerrero todavía yacía en el suelo retorciéndose de dolor.

—¿Dónde están las otras mujeres? —le preguntó Elena a la pobre que no dejaba de llorar.

—Las tienen ahí —señaló un establo a lo lejos.

—Está bien, escóndete, yo iré a por ellas.

—Estás loca, son muchos, no vas a poder hacer nada por ellas.

—Eso ya lo veremos —pronunció y se marchó ocultándose entre los árboles y carros del camino.

Elena avanzó agachada entre los carros volcados, con el corazón latiendo fuerte dentro de su pecho. Latía con tanta fuerza que le costaba respirar. El establo estaba cerca, y cuanto más se acercaba, más claros eran los sonidos: risas escandalosas de hombres vacíos de alma, palabras sucias, y llantos de ellas. Apretó los dientes y se pegó a la pared de madera, buscando una rendija por la que mirar. Pudo ver que dentro había varios hombres, y las mujeres estaban acorraladas contra una esquina. Una de ellas estaba en el suelo despojada de sus ropas, temblando, mientras otra intentaba cubrirse como podía bajo la atenta mirada de uno de esos sucios libidinosos.

No estaba su madre, no la veía por ninguna parte. Elena recorrió el interior con la mirada un par de veces. Un nudo se le formó en el estómago.

¿Dónde estaba?

Un sollozo más fuerte la sacó de sus pensamientos. Uno de los hombres se inclinó hacia una de las mujeres y la agarró con brusquedad del cabello.

—Deja de llorar, zorra —dijo con una sonrisa que le revolvió el estómago—, no te va a servir de nada.

Elena se sacó otro cuchillo del interior de su bota, y lo apretó con tanta fuerza que le dolieron los dedos. Sabía que no podía con todos. Lo sabía. Pero aun así, empujó la puerta de golpe.

—¡Apártate de ella!

Todos se giraron a la vez. Durante un instante nadie dijo nada, hasta que uno de ellos soltó una carcajada bien fuerte.

—Otra más, hoy estamos de suerte. Y esta es jovencita.

Elena levantó el cuchillo.

—Tocadlas y os lo clavo a uno por uno en la garganta.

Uno de los hombres dio un paso hacia ella, sin preocuparse lo más mínimo de lo que decía.

—No tienes ni idea de dónde te has metido, muchacha.

Elena no respondió. Solo pensó en su madre. En encontrarla. En sacarla de allí, estuviera donde estuviera.

El hombre avanzó otro paso.

—Voy a enseñarte modales primero, después te enseñaré algo más, pero tranquila tú también me enseñarás… —dijo la bestia.

—Basta.

Una voz grave lo detuvo todo.

El silencio se hizo de golpe. Todos esos hombres que parecían divertidos callaron. Elena frunció el ceño. No lo había visto entrar, pero ahora estaba allí, junto a la puerta. Alto, ancho de hombros, con la ropa manchada de sangre y polvo. No parecía alterado, ni enfadado. Simplemente seguro.

—¿Desde cuándo hacéis lo que os da la gana? —dijo sin alzar la voz, preguntando al guerrero que se había dirigido a Elena.

Uno de los hombres intentó justificarse.

—Mi señor, solo íbamos a divertirnos un poco antes de regresar al castillo.

No terminó de hablar y el recién llegado ni siquiera cambió el gesto.

—No se tocan, mi padre ordenó que destruyeseis la aldea, no recuerdo que mencionase que abusarais de las mujeres ni que las lastimaseis.

Hubo un murmullo incómodo.

—Pero solo queríamos…

No le dejó terminar la frase.

—He dicho que no se tocan.

Esta vez nadie protestó.

Elena no bajó el cuchillo todavía. Y se atrevió a hablar.

—Quizá te parezca poco destruir la aldea, dejar sin hogar a cientos de personas… ¡Malnacidos! —escupió Elena.

Varias miradas se volvieron hacia ella. El hombre la observó entonces con más atención, recorriéndola de arriba abajo, deteniéndose en el cuchillo.

—Baja eso, puedes hacerte daño —dijo.

—Oblígame si te atreves.

Por un instante pareció que el tiempo se detenía. Luego, muy despacio, dio un paso hacia ella. No parecía nervioso.

—Eres valiente —murmuró—. O quizá solo seas una estúpida.

—Y tú eres igual que ellos —respondió Elena—. No me importa quién seas, o el miedo que te tengan esos —dijo mirando de reojo a los guerreros—. Para mí eres una bestia maldita.

Algo cambió en sus ojos.

Uno de los guerreros dio un paso, irritado.

—¡Te voy a callar yo mismo! —dijo queriendo defender al hijo de su laird.

—Ni un paso más —pronunció él.

La orden fue directa. El hombre se detuvo en ese instante.

El silencio volvió.

—Esta mujer queda bajo mi custodia —rompió el silencio.

—No soy de nadie, menos de una bestia —replicó Elena.

—Está bien, si lo prefieres —respondió con calma— te dejaré con ellos, y serás lo que ellos quieran que seas. O me obedeces y vienes conmigo, ahora.

Elena lo miró con desconfianza, pero no tenía otra opción.

—¿Y qué vas a hacer con ellas? —preguntó Elena mirando a las mujeres.

—Dejarlas aquí.

—¿Por qué?

Él se tomó su tiempo para responderle. Su mirada se deslizó hacia las mujeres, luego volvió a ella.

—Para que puedan huir si lo desean.

Elena dudó un momento.

—Yo también me quedaré con ellas —dijo.

—Tú no, tú vienes conmigo.

—No me harás tu prisionera.

—Ya lo eres. Además es tu mejor opción, te recuerdo que estos hombres no consienten que una niña les hable como tú lo has hecho. Así que o vienes conmigo o estás perdida.

—No me fío de ti.

—No te he pedido que lo hagas. Ahora serás mi prisionera.

Eso la hizo apretar los labios.

—Hay más mujeres en la aldea —insistió ella—. Puedes tomar a la que quieras.

—Lo sé. Tómalo como un favor que te hago.

—Deja de perder el tiempo conmigo, si me haces tu prisionera juro por Dios que en cada oportunidad que tenga intentaré matarte.

Esta vez sí hubo una reacción.

—Ten cuidado en cómo me hablas —dijo él mirándola muy serio.

Elena dio un paso hacia él, sin bajar el cuchillo. Empezó a pensar rápidamente qué hacer con sus hermanas, y en aquellos segundos valoró dejarlas escondidas donde estaban, pero tenía la certeza de que antes morirían de hambre que reunir fuerzas para salir del agujero. Y en caso de hacerlo, morirían a los pocos días. Así que no tuvo otra opción.

—No estoy sola —susurró.

El hombre la observó en silencio.

—¿Cuántas sois? Intuyo que eres o la mayor o la más valiente.

—Somos tres. Y mis hermanas son igual de valientes que yo, no dudarían en golpearte con una piedra si tuviesen la menor ocasión —mintió.

—¿Dónde están? —preguntó.

Elena sintió cómo el estómago se le encogía. No sabía si había hecho lo correcto.

Apretó el cuchillo una última vez, y lo bajó unos centímetros, sin guardarlo aún.

—Si les haces algo, a cualquiera de ellas, juro que…

—No hables tanto —la cortó—. Muévete y dime donde están.

Elena dudó solo un instante más.

Luego se giró y salió del establo. Pero no dejó de pensar en si se había equivocado.

Cuando salió de allí todo a su alrededor olía a humo, miles de cenizas volaban por su alrededor, algunas cabañas seguían quemándose, y el silencio entre los gritos lejanos era casi peor que el propio caos. Elena no se detuvo ni un segundo, echó a andar con paso rápido entre los restos de las casas, apartando tablas y esquivando brasas aún encendidas, con la sensación constante de que en cualquier momento alguien la agarraría por la espalda. No necesitaba girarse para saber que él la seguía, podía sentirlo, como una sombra pesada pegada a sus pasos, sin prisa, sin duda, sabiendo que no iba a escapar de él.

—Por aquí —murmuró al fin, desviándose hacia lo que quedaba de una de las casas más cercanas al borde de la aldea.

No esperó respuesta. No quería oír su voz otra vez. No quería recordar que ahora era suya.

Llegaron al lugar y Elena se detuvo de seco frente a la piedra que ocultaba la entrada. Durante un instante se quedó inmóvil, con la mano suspendida en el aire, notando cómo el corazón le golpeaba con fuerza contra las costillas. Si se había equivocado… si las había condenado por confiar en aquel hombre…

Apretó los dientes y se agachó, apartando la piedra con cuidado. No tenía otra opción que aquella.

—Drew… Maisie… soy yo —susurró, intentando que su voz no temblara al salir—. Salid, rápido.

Al principio no hubo respuesta. Solo había oscuridad. Luego, un leve movimiento y un sollozo ahogado.

—¿Elena? —la voz de Drew era apenas un hilo débil.

El pecho se le encogió.

—Sí, soy yo. Vamos, deprisa.

Las vio salir poco a poco, arrastrándose más que caminando, pálidas, cubiertas de polvo, con los ojos enrojecidos y el miedo aún pegado a la piel. En cuanto la reconocieron, se abalanzaron sobre ella, aferrándose con tanta fuerza que casi la hicieron perder el equilibrio.

—Pensábamos que ya no volverías —susurró Maisie contra su hombro.

Elena cerró los ojos un instante y las rodeó con los brazos, apretándolas contra sí, pero enseguida las apartó lo justo para mirarlas.

—Estoy aquí. Pero tenemos que irnos con él ahora.

Fue entonces cuando ambas se dieron cuenta de que no estaban solas. Sus miradas se alzaron lentamente por encima del hombro de Elena, y se encontraron con sus ojos.

El cambio fue inmediato. Drew se quedó rígida, sin respirar. Maisie dio un pequeño paso atrás, llevándose la mano a la boca.

—¿Quién es…? —susurró.

Elena se movió un poco, colocándose delante de ellas por puro instinto de protección, aunque sabía que de poco serviría.

—No pasa nada —dijo, más segura de lo que se sentía—. Vamos a irnos con él porque es lo más seguro ahora mismo.

—¿Con él? —repitió Drew, incapaz de apartar la mirada de aquel cuerpo gigante.

El hombre no se había movido. Las observaba en silencio, como había hecho antes con ella, recorriéndolas con una mirada que no era lasciva, pero tampoco amable. Era fría, calculadora.

—Si queréis seguir vivas —dijo al fin—, sí.

Elena notó cómo las manos de sus hermanas temblaban entre las suyas. No podía culparlas. Ni siquiera ella confiaba en él.

—No me gusta —murmuró Maisie.

—A mí tampoco —respondió Elena en voz baja—, pero es esto o quedarnos aquí y morir de hambre, o algo peor.

Porque sí, quedarse allí no las salvaba de ser asesinadas por alguno de esos hombres que desobedecían hasta a su propio laird.

Se incorporó del todo y lo miró de frente, clavando los ojos en los suyos con todo el desafío que le quedaba.

—Ya están aquí. Ahora cumple tu palabra.

Él sostuvo su mirada durante unos segundos, sin parpadear.

—No doy mi palabra en vano.

No había orgullo en su voz. Ni promesa. Solo una afirmación simple, casi fría. Eso la inquietó más de lo que esperaba.

A lo lejos, unas voces se alzaron entre risas y gritos. No estaban tan lejos de ellas y eso la puso nerviosa.

—Nos vamos —dijo él, girándose—. Antes de que el resto decida hacer con ellas lo que les plazca.

—antes me pareció que te respetaban.

—Soy el hijo del laird, deben hacerlo, pero si se volvieran en mi contra, yo solo no podría protegeros a las tres. Asi es que no tentemos a la suerte.

—Yo no necesito tu protección.

La miró después de escuchar aquello y en su boca apareció una leve sonrisa, casi nada pero parecía divertido.

Elena no discutió esta vez. Apretó las manos de sus hermanas y empezó a caminar, tirando de ellas con suavidad al principio, luego con más firmeza cuando notó que dudaban. El suelo estaba cubierto de restos quemados, y cada paso era inseguro, pero no se detuvo. No podía.

—¿A dónde nos llevas? —preguntó Maisie al cabo de un rato.

—Al castillo —respondió él desde atrás.

Drew soltó un pequeño gemido, como si aquella palabra fuera peor que cualquier otra cosa que hubiera oído esa noche.

Elena apretó su mano.

—Eh, mírame —le dijo en voz baja, obligándola a alzar la cabeza—. Pase lo que pase, no te separes de nosotras, ¿de acuerdo? Y deja de llorar de una maldita vez, no te servirá de nada.

Drew asintió, aunque el miedo seguía clavado en sus ojos.

Caminaron así durante lo que le pareció una eternidad. El fuego quedaba atrás poco a poco, pero la sensación de peligro no desaparecía. Al contrario. Cada vez que oía una voz lejana o el crujido de una rama, Elena tensaba el cuerpo, esperando que alguien apareciera.

Pero no ocurrió eso, y entendió que aquel hombre que caminaba tras ellas tenía un poder que los demás no se atrevían a desafiar.

Elena tragó saliva, sin atreverse a mirar atrás.

No sabía qué era peor, si haber escapado de las sucias intenciones de aquellos hombres, o haber quedado bajo la custodia de aquel otro.

Capítulo 2

El trayecto hasta el castillo se les hizo eterno. Cuando hubieron pasado la aldea, las subieron a las tres a una carreta. Tratándolas como si no fueran más que sacos de grano o animales, y en cuanto el vehículo empezó a avanzar, el traqueteo del camino hizo que Drew rompiera a llorar sin poder contenerse.

—No quiero ir Elena, no quiero ir —repetía entre sollozos, agarrándose a su brazo con tanta fuerza que le clavaba los dedos en la piel —. Nos van a matar, lo sé… nos van a matar.

—Cállate —murmuró Elena en voz baja, mirando de reojo a los hombres que caminaban junto a la carreta—. No llores más delante de ellos, te muestras débil.

—¿Cómo que no llore? ¡Han quemado la aldea! ¡Mamá no está! ¡Y nos llevan con ellos vete, a saber para qué nos quieren!

Nombrar a su madre hizo que algo se tensara dentro de Elena, pero no lo mostró. No podía permitírselo.

—Precisamente por eso —respondió con firmeza—. Si está viva, la encontraremos. Pero si pierdes la cabeza ahora, no nos servirás de nada.

Drew negó con la cabeza, respirando de forma irregular.

—No no, tú no lo entiendes, yo no soy como tú…

—Lo sé —cortó Elena con dureza, sin suavizar nada —. Por eso tienes que hacer lo que yo diga.

Maisie, en cambio, permanecía en silencio. Sentada al otro lado, con las manos juntas sobre el regazo, observándolo todo con atención. No lloraba. No hablaba. Solo miraba a los hombres, al camino. Al castillo que empezaba a dibujarse a lo lejos.

Fue ella la primera en verlo.

—Elena… —murmuró.

Elena alzó la vista.

Y entonces lo vio también.

El castillo se alzaba sobre una colina baja, oscuro, sólido, imponente, como si llevara allí siglos vigilándolo todo. Las torres recortadas contra el cielo gris, las murallas gruesas, y ondeando en lo alto, movida por el viento, una bandera.

Elena entrecerró los ojos y la reconoció.

El aire pareció desaparecer de golpe de sus pulmones, se quedó casi sin aliento.

—No… —susurró Drew, al verla también—. No puede ser.

Maisie apretó los labios.

—Sí que lo es.

El símbolo era inconfundible.

El mismo que habían visto durante años en la distancia. El mismo que precedía los ataques. El mismo que había arrasado cosechas, robado ganado, y ahora, su hogar.

—Los MacKinnon —escupió Elena, con un odio tan frío que casi quemaba.

Drew empezó a temblar aún más de lo que ya lo hacía.

—Nos has traído directamente a ellos.

Elena no respondió. Tenía la mirada fija en la bandera, en aquel símbolo que había marcado su vida desde que tenía recuerdos.

El odio le subió por el pecho como una llama quemándole desde dentro.

No había escapado. Había caído en la boca del lobo.

La carreta cruzó las puertas del castillo entre el ruido de los cascos de los caballos, voces y metal. El patio interior estaba lleno de hombres, movimiento, vida, como si nada de lo ocurrido en la aldea importara. Como si fuera un día cualquiera para ellos.

—Bajad —ordenó una voz.

No les dieron tiempo a reaccionar. Uno de los hombres las agarró del brazo y prácticamente las tiró fuera de la carreta. Drew

tropezó al caer, soltando un quejido, y Maisie se tambaleó, intentando mantenerse en pie.

Elena cayó de rodillas, pero no fue del todo un accidente.

Dejó que el peso la llevara hacia delante, apoyando una mano en el suelo, y sus dedos rozaron algo duro. Un pedrusco. Lo sintió antes de mirarlo, y sin pensarlo, lo agarró. Se incorporó con rapidez, girándose hacia él con el brazo ya en movimiento.

Todo ocurrió en un segundo, pero el golpe no llegó a darse, pues dos hombres la sujetaron por detrás antes de que pudiera descargarlo, inmovilizándole los brazos con brusquedad.

—¡Suéltame! —escupió, forcejeando—. ¡Maldito!

El pedrusco cayó al suelo.

Uno de los guerreros miró al hombre con una media sonrisa.

—¿Quieres que la matemos, Graham?

El nombre resonó con fuerza.

Drew soltó un grito ahogado.

—¡No! ¡Por favor!

Maisie se quedó rígida, mirando a Elena con los ojos muy abiertos.

Elena dejó de luchar, pero no bajó la mirada. Al revés, la clavó en él. Directa, desafiante, llena de odio.

Si iba a morir, no iba a hacerlo suplicando. Y durante un instante, nadie se movió.

Graham la observó en silencio. Su rostro no mostraba sorpresa. Solo esa calma dura que parecía no romperse nunca.

Luego habló.

—He dicho que no se toca a estas mujeres.

Su voz fue baja, áspera, pero suficiente.

Los hombres dudaron, y la soltaron.

Elena no se movió del lugar, seguía mirándolo, desafiándolo.

El silencio en el patio aún reinaba cuando Graham dio un paso hacia ella. No apartó la mirada ni un instante, y Elena tampoco lo hizo. Se sostuvo firme, aunque notaba cómo la respiración aún le iba acelerada por el intento fallido de golpearle.

Entonces él la agarró del brazo.

El contacto fue estremecedor para ella.

—Tú, vendrás conmigo.

Elena tensó el cuerpo al instante, intentando soltarse.

—Suéltame.

Graham no lo hizo, ni siquiera pareció notar su resistencia. Graham giró levemente la cabeza hacia los hombres que seguían cerca.

—A las otras dos, llevadlas a la alcoba de mi prima. Y que haya un hombre vigilando en la puerta en todo momento —añadió, con ese tono seco que no admitía discusión—. No quiero que nadie salga herido. Parecen ratas que muerden.

—¡No somos ratas! —saltó Maisie, valiente.

Drew la agarró del brazo, tirando de ella suavemente hacia atrás, en silencio, pero sin apartar la mirada de Elena.

—Elena… —susurró.

Elena volvió la cabeza un segundo hacia ellas.

—Estad juntas —dijo, sin suavizar la voz—. No os separéis.

Drew negó con la cabeza, al borde del llanto.

—No quiero quedarme aquí…

—Haz lo que te digo.

No hubo más tiempo. Los hombres empezaron a llevárselas, y aunque Drew miró atrás varias veces, Elena no pudo hacer nada más que sostenerle la mirada un último segundo antes de que desaparecieran entre las paredes del piedra del castillo.

Apretó la mandíbula y volvió a intentar soltarse.

—Te he dicho que me sueltes.

Graham ni siquiera la miró.

—Y yo no te he obedecido.

Elena forcejeó con más fuerza esta vez, pero fue inútil. Era como intentar zafarse de algo pesado, fuerte, duro. Él era mucho más alto, al menos cabeza y media por encima de ella, y sus hombros eran tan anchos que parecía ocupar el doble de espacio, o quizá el triple. Sus dedos le rodeaban el brazo con facilidad, inmovilizándola sin esfuerzo, y cuando tiró con más fuerza, apenas consiguió que él redujera el paso medio segundo.

—No vas a poder —dijo él finalmente, sin mirarla.

—Eso ya lo veremos.

—No —respondió, seco—. No lo verás.

Elena apretó los dientes. Lo sabía. Sabía que no podía con él. Que si quería arrastrarla por todo el castillo, lo haría, además sin esfuerzo.

Y odiaba tener que admitirlo.

Poco a poco dejó de resistirse. No porque quisiera, sino porque entendió que no servía de nada. Guardó las fuerzas y decidió esperar.

Lo seguiría por ahora.

Caminaron por largos pasillos de piedra, fríos, mal iluminados por antorchas que apenas lograban romper la oscuridad. El eco de sus pasos retumbaba en las paredes, y a cada giro Elena veía más claro que se estaba adentrando en la boca del enemigo. Algunos hombres se apartaban al verlos pasar, otros inclinaban la cabeza. Nadie hablaba.

Todo el mundo sabía quién era él.

Y eso no hacía más que alimentar el odio que le crecía dentro.

Finalmente, las puertas del gran salón se abrieron.

Elena alzó la vista. La estancia era enorme, con una larga mesa de madera, pieles extendidas por el suelo y un fuego encendido al fondo que apenas lograba calentar el aire allí dentro. Pero no fue eso lo que captó su atención.

Fue el hombre sentado en una especie de trono de hierro, como si fuera el dueño absoluto de todo lo que la rodeaba. A su lado, dos enormes perros blancos permanecían inmóviles, con la cabeza alta y los ojos atentos. No parecían simples animales. Parecían guardianes.

Graham se detuvo. Y por primera vez desde que lo había visto, se inclinó.

—Padre —dijo con respeto—. Hemos hecho lo que se nos pidió. Ya no hay aldea en sus tierras. En breve podrá levantar las murallas como deseaba.

Elena sintió cómo algo dentro de ella estalló de golpe al escuchar aquello.

¿Murallas?

¿Todo aquello… por unas malditas murallas?

No pudo callarse.

—¿Por eso matáis a la gente? —escupió, dando un paso al frente pese a que aún la sujetaba—. ¿Por eso violáis a mujeres, destruís hogares, quemáis cosechas? ¿Para levantar piedras? ¿Para proteger a los vuestros mientras los demás nos morimos de hambre?

El silencio se sintió, pero Elena no se detuvo.

—Sois despreciables —continuó, con la voz cargada de rabia —. Monstruos. Todos vosotros.

Uno de los perros alzó la cabeza, atento al tono.

El hombre del trono empezó a reír a la vez que golpeó la cabeza del animal trasmitiéndole calma.

Parecía divertirse con lo que Elena acababa de decir.

Como si aquello le resultara realmente gracioso.

—¿Y esto qué es? —dijo finalmente, apoyando el codo en el brazo del trono—. ¿Qué te has traído como entretenimiento, hijo? ¿Un loro?

Su mirada se posó en Elena, evaluándola sin ningún pudor.

—Habla demasiado —añadió—. Deberías cortarle la lengua antes de que acabe volviéndote loco.

Elena lo miró con puro odio.

—Inténtalo tú mismo —se atrevió a decirle.

Graham no reaccionó de inmediato. Solo giró ligeramente la cabeza hacia ella, alzando una ceja.

Y entonces, en voz baja, lo justo para que solo ella lo oyera, dijo:

—Cállate.

No fue una orden al uso, fue más bien una advertencia.

Elena le sostuvo su mirada sin responder, porque tuvo la sensación de que si cruzaba esa línea en ese momento, ni siquiera él podría detener lo que vendría después.

Apretó los labios y guardó silencio, pero no bajó la cabeza.

El silencio en el gran salón se alargó tras las palabras de Elena, incómodo, expectante.

El laird no dejó de sonreír.

—Me gustan los animales que enseñan los dientes —dijo, apoyándose en el trono—. Suelen ser los más divertidos a la hora de domesticar.

Elena no apartó la mirada.

—No soy ningún animal.

—Eso está por ver.

Graham seguía a su lado, inmóvil, pero atento. Sus ojos pasaban de su padre a ella, midiendo cada palabra, cada gesto.

—Dices que somos monstruos —continuó el laird—. Bien, veamos si tú eres algo más que una boca ruidosa. —Se inclinó ligeramente hacia delante—. ¿Qué sabes hacer, muchacha?

Elena no respondió con palabras.

En un movimiento rápido, sin avisar, se giró hacia uno de los hombres más cercanos y le arrebató la espada del cinto antes de que pudiera reaccionar. El acero brilló al desenvainarse, y en el mismo gesto, Elena dio un paso al frente y apuntó directamente a Graham.

El salón entero reaccionó.

Decenas de espadas se desenvainaron, y pasos sonoros de aquellos guerreros comenzaron a resonar por todo el salón.

Pero ella no dudó, el filo temblaba un poco, pero no retrocedió.

—Esto sé hacer —escupió.

Graham no se movió ni un solo paso. La miró directamente. Como si estuviera viendo algo que le interesaba.

Entonces, contra todo pronóstico el laird empezó a aplaudir.

—Eso sí ha sido interesante.

Elena no apartó la espada del cuerpo de Graham.

—¿Quién eres? —preguntó él, de pronto más serio—. Quiero un nombre. Un linaje.

Elena alzó la barbilla antes de pronunciar su apellido.

—Elena Fraser.

El cambio en el rostro del laird fue inmediato. La sonrisa desapareció de su cara como si nunca hubiera estado allí. Sus ojos se oscurecieron, y algo mucho más peligroso ocupó su lugar.

—Fraser… —repitió, despacio.

Los perros a sus pies se tensaron, como si hubieran sentido el cambio.

—Creí haberlos exterminado a todos.

Elena apretó el arma.

—Pues no lo hiciste.

Eso fue suficiente.

—Matadla.

La orden cayó como un hachazo. Los hombres no dudaron. Varios avanzaron al instante.

Pero no llegaron a tocarla.

Graham se movió.

Se interpuso entre Elena y los guerreros, colocándose justo delante de ella, bloqueando el paso con su propio cuerpo.

—No.

El laird lo miró.

—Apártate.

—No se tocan —repitió Graham, con la misma voz áspera de antes—. A ninguna de ellas.

El ambiente se volvió irrespirable.

—Te he dado una orden —dijo su padre.

—Y yo ya he tomado una decisión —respondió sin alzar la voz —. Son mías. Haré cuanto quiera con ellas y si hay que matarlas yo mismo lo haré. Nadie más.

Padre e hijo se miraron durante unos largos segundos. Nadie se atrevió a intervenir.

Finalmente, Graham sostuvo la mirada y no cedió.

Luego, sin esperar respuesta, agarró a Elena del brazo y tiró de ella.

—Ven.

Esta vez no hubo resistencia por parte de ella, había entendido que, obedecía a aquel hombre o podría acabar muerta en ese instante.

La espada cayó al suelo mientras la arrastraba fuera del gran salón, dejando atrás la tensión, las miradas, y la furia del laird.

Caminaron por los pasillos con paso acelerado, sin detenerse, hasta que Graham abrió una puerta de madera y la empujó dentro

de una estancia amplia, iluminada por varias velas.

Cerró de golpe tras ellos y el sonido resonó en la habitación.

Elena se soltó en cuanto pudo, girándose hacia él.

—Maldito.

—¿Qué hace una Fraser en una aldea como esa? —preguntó él.

Después, empezó a caminar por la estancia, de un lado a otro, como una fiera encerrada en una jaula.

—¿Dónde están tus padres? —continuó—. ¿Quién te escondió allí? ¿Por qué entre todas… tú?

Elena lo miraba con rabia, respirando con fuerza.

—No tienes derecho a preguntarme nada. Ten por seguro que no responderé a tus preguntas.

Él se detuvo.

La miró.

—Tengo todos los derechos. Si no fuese por mí ahora mismo estarías muerta.

—Si no fuera por ti y por tu clan de asesinos, mis hermanas y yo ahora estaríamos junto a nuestra madre en nuestra casa.

Elena agarró lo primero que encontró: un candelabro de hierro sobre una mesa cercana. Sin pensarlo, se lanzó hacia él con toda la fuerza que le quedaba, buscando su cabeza.

Capítulo 3

—¡Te voy a matar!

Pero no lo consiguió.

Graham reaccionó rápido a su ataque.

La detuvo en seco, atrapando su muñeca antes de que el golpe descendiera. El metal resonó al caer al suelo cuando se lo arrancó de las manos.

—¡Suéltame! —forcejeó ella.

Pero él ya la había girado.

La inmovilizó desde atrás, sujetándole los brazos con firmeza contra su cuerpo. Elena se tensó, intentando liberarse, pero era inútil. Él la rodeaba por completo, como si no fuera nada.

Su respiración se agitó.

La de él no.

Graham inclinó ligeramente la cabeza, acercándose a su oído. Su voz fue baja, casi un susurro áspero.

—No intentes matar al único hombre que quiere protegerte aquí, no es muy inteligente por tu parte.

Elena apretó los dientes.

—Eres igual que ellos, una maldita bestia.

Intentó soltarse de nuevo.

Él reaccionó apretándola más contra su cuerpo, sin hacerle daño, pero sin permitirle moverse.

—¿Has pensado lo que ocurrirá con tus hermanas si me matas? —murmuró.

Eso la detuvo.

Elena dejó de luchar en ese momento al entender que de ella dependía también la vida de sus dos hermanas.

Graham tardó unos segundos en soltarla. Cuando lo hizo, no fue de golpe, sino despacio, como si estuviera midiendo cuánto podía confiar en que no volvería a lanzarse contra él en ese mismo instante.

Elena se apartó en cuanto se vio libre, girándose hacia él con los ojos ardiendo todavía por esa furia.

—No vuelvas a tocarme.

Graham la observó en silencio, sin moverse del sitio.

—Entonces deja de intentar matarme.

—¿Esperas que no lo haga? —escupió ella—. Has destruido mi hogar.

—Les di la opción de marcharse hace tiempo.

—Siempre es lo mismo con vosotros —replicó Elena, dando un paso hacia él—. Nunca sois responsables de nada. Siempre hay alguien por encima, alguien a quien culpar. ¿Dónde pretendías que fuéramos? Eso que habéis quemado como si fuera simple maleza era nuestra vida. Sois salvajes que nunca habéis querido nada, ¿acaso os separaron de vuestras madres al nacer y es por eso por lo que no sabéis amar?

Él entrecerró los ojos.

—Cuidado.

—¿Con qué? —lo desafió—. ¿Con decir la verdad?

Elena notaba cómo le temblaban las manos, pero no se detuvo. Todo lo que llevaba dentro desde que había visto su aldea arder empezó a salir sin control.

—Quemáis cosechas, robáis ganado, matáis a hombres que no pueden defenderse… —su voz se quebró por un instante, pero siguió—. Y luego os escondéis detrás de órdenes.

Graham avanzó un paso.

—No hables de lo que no entiendes.

—Lo entiendo perfectamente —respondió ella—. Sois saqueadores. No sois mejores que bandidos. Peores que perros, sois hijos de perras.

El silencio se rompió de nuevo después de aquello que Elena dijo.

—Si fuéramos lo que dices —murmuró—, tus hermanas ya estarían muertas.

Elena apretó los labios.

—Os gusta causar dolor.

Él no respondió a eso.

—Siguen vivas —añadió—. Y lo están por mí.

—No te debo nada. Estoy segura de que te cobrarás el detalle de mantenernos vivas.

—No —admitió—. Pero entiéndelo bien, porque no lo repetiré. Mientras estés aquí, respiras porque yo lo permito.

Elena soltó una risa breve.

—¿Eso se supone que tiene que tranquilizarme?

—No —respondió él—. Se supone que tiene que hacerte pensar en que no me debes matar.

Elena lo miró con desprecio.

—Prefiero morir que deberte algo. Y ten por seguro que intentaré matarte cuantas veces me sea posible.

—Entonces eres más necia de lo que pensaba.

—Y tú más monstruo de lo que aparentas.

Se quedaron en silencio unos segundos, midiéndose.

—¿Por qué no me mataste? —preguntó ella de pronto.

Graham no respondió inmediatamente.

—Cállate.

—Habla.

—¿Crees que todo gira en torno a ti? —dijo, con irritación—. No eres especial.

—Entonces suéltame —replicó ella—. Déjame ir.

—No.

La respuesta fue inmediata.

Elena dio un paso más hacia él, invadiendo su espacio.

—¿Por qué?

Graham le sostuvo la mirada.

—Porque eres un problema suelta.

—¿Un problema?

—Sí —dijo, sin apartarse—. Y prefiero tenerte donde pueda verte.

Elena negó con la cabeza, incrédula.

—No soy nadie, deja que me vaya.

—Eres mi prisionera, recuerda: eres mía.

Elena lo observó, intentando descifrarlo, pero no lo consiguió. Era como hablar con una pared, o con algo peor, algo que no dejaba ver lo que pensaba.

—Si crees que voy a quedarme quieta, te equivocas.

—Lo sé.

—Seguiré intentando matarte.

—También lo sé. Ya lo has dicho. Al final mi padre va a tener razón, eres un loro y debería cortarte la lengua.

—Inténtalo.

Graham dio un paso hacia delante, acortando la cercanía.

—Ni un paso más —dijo Elena.

—Pensé que eras más valiente —dijo Graham.

—Dame un arco y verás de qué estoy hecha.

—¿Un arco?

Elena asintió.

—¿Quién te enseñó? Eres una simple mujer.

—En mi mundo las mujeres también saben luchar, porque en ocasiones los hombres son asesinados por otros más poderosos, como por ejemplo tu clan. Debemos protegernos por nosotras mismas.

—Eres una salvaje por lo que veo —dijo él.

—Dame un arco y nos medimos cuando quieras.

—Creo que no —respondió él.

—Eres un cobarde.

—Y tú sigues viva por mí, recuerda —respondió él.

No hubo más que decir, Graham caminó hasta la puerta, salió y cerró con llave.

Capítulo 4

Aquella estancia era mucho más cálida que el resto del castillo. Había telas, pieles suaves, una ventana pequeña por la que entraba algo de luz y aun así, Drew seguía temblando de miedo.

—No quiero estar aquí, no quiero —repetía, encogida en un rincón—. Nos van a hacer algo, lo sé, lo sé…

Maisie estaba sentada a su lado, en silencio, con la mirada fija en la puerta.

—No lo han hecho —dijo al fin, en voz baja.

—¡Todavía! —saltó Drew—. ¡Todavía no!

—Drew… —murmuró Maisie—. Cálmate de una vez.

—¡¿Cómo quieres que me calme?!

—Porque si no lo haces, no podremos pensar en cómo salir de aquí.

La puerta se abrió suavemente. Ambas se tensaron al instante mirando a ver quién entraba.

Una joven caminó con cautela. No parecía mucho mayor que Elena, quizá algo menos. Su ropa era más fina, más cuidada, pero su expresión fue toda una sorpresa, pues no era de superioridad. Era de miedo.

—Yo… —empezó, dudando—. Me llamo Tiara.

Ninguna respondió.

Tiara cerró la puerta tras de sí, mirando de reojo al hombre que permanecía fuera, vigilando.

—No os va a hacer nada —añadió, señalando hacia la puerta —. Está ahí solo para asegurarse de que, no salgáis.

Drew soltó una risa nerviosa.

—Qué alivio.

Tiara frunció el ceño, mostrándose algo incómoda.

—No quería decirlo así.

Maisie la observaba con atención.

—¿Por qué nos miras así? Parece que nunca has visto a nadie de fuera, ¿es verdad?

Tiara dudó.

—No, no mucho. Bueno mi primo sale y entra del castillo, imagino que la gente de fuera es como él.

Eso hizo que Drew levantara la mirada, sorprendida.

—¿No sales del castillo?

—No, nunca —respondió ella—. Y casi nunca me dejan mirar por ventanas grandes.

Maisie inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Y no te parece extraño?

Tiara parpadeó.

—¿Extraño?

—Sí —continuó Maisie—. Vivir siempre en el mismo sitio. Con las mismas personas. Sin saber cómo es lo demás.

Tiara se quedó en silencio unos segundos.

—No lo había pensado así.

Drew negó con la cabeza.

—Fuera no es mejor —murmuró—. Hay hambre, frío, y gente como vosotros. Gente mala.

Tiara bajó la mirada.

—No todos somos así.

—Claro —respondió Drew con amargura.

Maisie intervino antes de que la tensión creciera.

—¿Cómo es vivir aquí? —preguntó.

Tiara alzó la vista, sorprendida por el cambio de tema.

—Es, seguro —dijo al fin—. Siempre hay comida. Nadie pasa frío. Las murallas nos protegen.

Drew emitió un pequeño sonido.

—Sí, ya vemos a quién protegen. A nosotros nos matan de hambre, nos roban y destrozan nuestros hogares, matan a nuestras familias…

Tiara apretó las manos.

—No sabía que hacían eso.

—¿El qué? —preguntó Maisie.

Tiara dudó.

—Lo que decís.

—Pues ahora lo sabes —dijo Drew en voz baja.

Tiara las miró, claramente afectada.

—A vosotras dos no os ocurrirá nada.

—¿Y a Elena?

—¿Quién es Elena?

—Nuestra hermana. Se la llevó ese hombre —dudó Maisie—, el hijo del laird.

—¿Vuestra hermana…? —empezó.

—Volverá —respondió Maisie antes de que Drew pudiera decir nada.

Su boca era rápida en hablar, en cambio sus ojos no estaban tan seguros, pues mostraban terror.

—Elena siempre vuelve.

Drew la miró, aferrándose a esas palabras como a lo único que le quedaba.

Tiara asintió despacio.

—Si está con Graham está a salvo.

Fuera, el sonido de pasos resonó en el pasillo.

La puerta se abrió y el silencio dentro de la estancia cambió al instante, como si el aire mismo cambiara. Drew dejó de hablar deteniéndose en seco, encogiéndose contra la pared, Maisie se puso ligeramente delante de ella sin apartar la vista, y Tiara giró la cabeza con una mezcla de alivio y nerviosismo que no logró ocultar del todo.

Graham entró sin hacer ruido, cerrando tras de sí, y durante unos segundos no dijo nada, solo observó, primero a las hermanas, luego a su prima, evaluando la escena con esa calma que parecía no romperse nunca.

—¿Ha habido problemas? —preguntó al fin, con voz baja.

—No —respondió Tiara, acercándose un poco—. Solo miedo, las pobres están aterradas, no paran de mirar la puerta.

Graham asintió, como si aquello fuera lo esperado, y dio un paso más hacia las dos jóvenes.

Drew bajó la mirada de inmediato, apretando la mano de Maisie, pero Maisie no lo hizo, le sostuvo la mirada con cautela, con inteligencia, intentando entender qué tipo de hombre tenía delante.

—No os pasará nada —dijo él sin rodeos.

Drew negó con la cabeza al instante.

—Eso no es verdad…

—Drew —murmuró Maisie en voz baja, intentando callarla.

Pero Graham no reaccionó al desafío, ni se molestó en suavizar sus palabras.

—Mientras estéis aquí, nadie os tocará.

—¿Y fuera de esta alcoba? —preguntó Maisie sin titubear.

Graham la miró directamente.

—No estáis fuera.

El mensaje era claro, y también lo que implicaba. Drew tragó saliva.

—¿Y Elena? —preguntó de pronto, con voz temblorosa—. ¿Dónde está?

—Vive —respondió él.

Nada más.

Pero esa única palabra hizo que Drew cerrara los ojos un segundo, como si necesitara sujetarse a algo para no desmoronarse.

—Gracias… —susurró, sin pensar.

Graham no respondió. Ya se estaba girando.

—Cuídalas —le dijo a Tiara.

—Lo haré —respondió ella, acercándose un poco más a él.

Graham caminó hacia la puerta, pero antes de alcanzarla, la voz de Tiara lo detuvo.

—¿Graham?

Él se quedó quieto, sin girarse del todo.

—¿Sí?

Tiara dudó un segundo, pero luego dio un paso más, acercándose lo suficiente como para que las hermanas percibieran claramente la diferencia entre ambos, no solo en posición, sino en la forma en la que ella lo miraba.

—Creo que me debes algo —dijo, intentando sonar divertida, pero sin conseguir ocultar del todo la emoción.

Graham giró la cabeza lo justo para mirarla.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió ella, sosteniéndole la mirada—. Un beso.

Drew abrió los ojos, sorprendida, y miró a Maisie, que no apartaba la vista de ellos.

—Eres mi prometido —añadió Tiara, con una pequeña sonrisa —. Has vuelto de una incursión. Siempre lo haces, aunque sea breve, aunque sea sin ganas, pero lo haces. Además me pides que cuide de ellas, eso tiene un precio.

Graham la observó unos segundos en silencio.

No había rechazo en su rostro, pero tampoco cercanía, era más bien algo similar a la costumbre.

—No estamos solos —dijo al fin.

—Nunca lo estamos por completo, ya sabes que Dios está en todas partes —respondió ella con suavidad—. Pero aun así, seguimos siendo lo que somos o eso dicen nuestros padres.

Se acercó un poco más, lo suficiente para que la distancia entre ellos fuera casi inexistente.

—Mi padre dice que este matrimonio unirá a los Murray y a los MacKinnon como nunca antes —continuó—. Más tierras, más hombres, más peso ante el rey… ¿no es eso lo que queréis todos?

Graham no respondió.

Tiara bajó la voz.

—Pero yo en cambio no solo busco eso.

Él entrecerró ligeramente los ojos.

—Entonces ¿qué buscas?

Tiara lo miró con algo distinto en la mirada.

—A ti.

Drew no entendía del todo, pero lo sentía. Maisie sí lo entendía, y observaba cada detalle.

—Siempre vuelves distinto —continuó Tiara, más despacio—. Más frío. Más lejano. Como si cada vez que sales ahí fuera vieses algo que te hace dudar de estar conmigo.

Graham no se movió.

—Estupideces —dijo.

—No —respondió ella, negando con la cabeza suavemente—. Sabes que no me equivoco. Te conozco desde que éramos niños, y sé cuándo te escondes.

Eso sí hizo que él reaccionara, solo fue un gesto, una leve tensión en la mandíbula.

—No me escondo.

—Entonces mírame —pidió ella.

Graham lo hizo.

Y durante un instante, el tiempo pareció congelarse.

Tiara alzó la mano, dudando solo un segundo antes de apoyarla en su pecho.

—Solo un beso —murmuró—. No por ellos. No lo hagas por nuestros padres. Solo por mí.

El silencio se volvió casi insoportable.

Graham bajó la mirada hacia su mano, luego volvió a sus ojos.

Y entonces, sin prisa, se inclinó lo justo para rozar sus labios.

No fue un beso apasionado ni largo. Fue breve.

Tiara cerró los ojos un instante, como si quisiera retenerlo en su recuerdo.

Cuando él se apartó, ella sonrió.

—Gracias —susurró.

Graham no respondió. Se apartó y abrió la puerta.

—No las dejes solas.

—No lo haré.

Y salió.

La puerta se cerró tras él con un sonido seco.

Durante unos segundos, nadie habló.

Después Drew fue la primera en romper ese silencio.

—¿De verdad vas a casarte con él?

Tiara no respondió de inmediato. Se quedó mirando la puerta, como si aún pudiera verlo al otro lado.

—Sí —dijo al fin.

—Pero… —Drew dudó— no parece, no sé… no parece que él te quiera.

Tiara dejó escapar una pequeña risa triste.

—No siempre importa lo que uno quiere.

Maisie dio un paso más cerca.

—¿Y tú sí le quieres?

Tiara la miró.

Y esta vez no esquivó la respuesta.

—Sí.

Drew frunció el ceño.

—¿Por qué?

Tiara dudó, pero no apartó la mirada.

—Porque sé quién es incluso cuando él intenta que nadie lo vea. Además es más que evidente que es guapo, fuerte y ser poseída por él es con lo único que sueño cada noche.

Maisie ladeó ligeramente la cabeza.

—¿Estás segura de quién es?

Tiara sonrió muy levemente.

—Un hombre que sabe soportar el peso que no debería, y aun así lo lleva sobre sus hombres como si no pesara. Ese es él.

Drew negó con la cabeza.

—Pues a mí me da miedo.

—A mí también —admitió Tiara.

Eso las sorprendió a ambas.

—¿Entonces por qué quieres casarte con alguien como él?

—Porque a veces —interrumpió ella con suavidad— lo que da miedo también es lo único que merece la pena.

Capítulo 5

La orden llegó al caer la tarde, tranquila, casi fría, como todo en aquel castillo. Un hombre abrió la puerta de la estancia y anunció sin emoción que el laird quería a las prisioneras en la cena.

Drew palideció al instante, negando con la cabeza mientras se encogía sobre sí misma, murmurando que no iba a bajar, que aquello no podía ser nada bueno, que las habían llevado allí para acabar con ellas, y aunque Maisie le apretó la mano intentando calmarla, su propia mirada también estaba cargada de tensión.

Tiara, sin embargo, se acercó a ellas con una calma que parecía natural, y les dijo con suavidad que debían obedecer, que negarse solo empeoraría las cosas, que si las habían mantenido con vida hasta ese momento no era para matarlas en una mesa rodeada de hombres, aunque ni ella misma parecía convencida del todo al decirlo.

Elena fue llevada aparte. No necesitó que nadie le explicara nada; en cuanto vio las antorchas encendidas, el ir y venir de sirvientes y el murmullo de voces masculinas, supo exactamente dónde estaba. Cuando entró en el gran salón, su mirada fue directa, dura, sin rastro de sumisión, buscando de inmediato a sus hermanas, encontrándolas sentadas a la mesa junto a una muchacha joven y bella que intuyó que sería la prima de Graham, Tiara. Drew estaba encogida como ya era normal verla, casi rota por dentro, Maisie en cambio mantenía la espalda recta, los ojos atentos, y cuando sus miradas se cruzaron, Elena inclinó la cabeza,

lo justo para decirle que seguía en pie, que no se había rendido, que aún había lucha en ella.

Entonces fue cuando vio a Graham, estaba junto al laird, de pie, hablando en voz baja, pero al saber de su presencia alzó la vista y la encontró al segundo. Ambos se miraban. Y durante ese breve momento todo se detuvo, el ruido, las voces, el crepitar del fuego… todo desapareció. Elena sintió ese tirón otra vez, ese maldito tirón en el pecho que no quería entender, que no debía existir, pero que aparecía cada vez que él la miraba así, con esa intensidad callada que parecía esconder más de lo que mostraba. Y por un instante, solo uno, pensó que había algo ahí, algo que no encajaba con el hombre que era, con lo que representaba.

Pero entonces Tiara se levantó. Caminó hacia él con naturalidad, con esa cercanía que no se finge, que nace de la costumbre, de los años, de algo compartido, y se colocó a su lado como si ese fuera su lugar.

—Deberías estar sentado —le dijo con una leve sonrisa, apoyando la mano en su brazo sin dudar.

Elena sintió cómo ese gesto le atravesaba más de lo que debería.

Graham no se apartó de Tiara.

—He guardado tu sitio —añadió ella—. Siempre lo hago.

Elena apretó los dedos contra el respaldo de la silla que tenía frente a ella sin darse cuenta.

—Ven —insistió ella con suavidad—, mi prometido debería sentarse a mi lado.

Prometido.

La palabra le golpeó por dentro con más fuerza de la que estaba dispuesta a admitir.

Sus ojos volvieron a él, buscándole, esperando algo, lo que fuera que aclarase eso que terminaba de escuchar. Quizá una negación, un gesto, una incomodidad visible, cualquier cosa que rompiera esa imagen perfecta que Tiara estaba dibujando de él.

Pero Graham no dijo nada.

Ni la corrigió ni la apartó.

Elena sintió cómo algo se retorcía dentro de ella, rápido, violento, como una puerta que se golpea para no dejar entrar nada más.

Qué estupidez… ¿De verdad pensaste que podría haber algo entre vosotros?

Recordó su cercanía, su voz baja en su oído, la forma en que la había sujetado, la manera en que la miraba, y todo le pareció de pronto ridículo, absurdo, una ilusión creada por su propia debilidad.

Es uno de ellos. No olvides eso.

Levantó la mirada de nuevo hacia él.

Y esta vez ya no había duda.

Solo rabia, solo odio.

La cena avanzó con una tensión que se respiraba en cada gesto, en cada silencio, hasta que el laird decidió romperlo llamándola por su apellido.

Elena se levantó sin bajar la cabeza, caminó hacia él con la dignidad intacta, y respondió sin temor a cada una de sus palabras, sin suavizar ni una sola de sus verdades. Mientras hablaba, su mente no estaba solo en la conversación; observaba, esperaba. Su oportunidad llegó en un instante mínimo, un descuido, un movimiento cercano, y el cuchillo pasó a su mano casi sin que nadie lo notara.

Excepto él. Graham lo vio. Y aun así no la detuvo.

Elena se abalanzó hacia él directa sin dudar. El filo buscó su cuerpo.

Graham la detuvo en un segundo, atrapando su muñeca con una fuerza imperiosa, controlada, sin brusquedad innecesaria, pero imposible de romper. El cuchillo tembló entre los dedos de Elena, y cuando él apretó un poco más, Elena abrió su mano y el arma cayó al suelo con un ruido sonoro.

El mundo a su alrededor se movía, hombres levantándose, voces alertadas, pero todo eso quedó lejos, difuso.

Porque ellos no se separaron, seguían aún demasiado cerca.

Elena podía sentir su pecho subir y bajar. Su respiración acelerada, su pulso notorio en cada parte de su cuerpo, y al segundo sus miradas se encontraron.

Los ojos de él bajaron, despacio, a sus labios y volvieron a subir.

Elena sintió cómo el aire se le quedaba atrapado en el pecho.

No…

Pero no se apartó. Sus propios ojos bajaron también a su boca. Recorriendo con la mirada aquello labios carnosos que tenía frente a ella.

¿Qué estás haciendo?

Su corazón empezó a latir con fuerza, demasiado rápido, demasiado fuerte, como si quisiera salirse de su pecho.

Aléjate…

Pero no lo hizo, no podía moverse. Aquel hombre la estaba volviendo loca, sabía que no debía, pero era imposible ignorar su presencia, y lo que le hacía sentir cuando estaba cerca de ella.

Y una parte de ella, la más peligrosa, la más débil… quería que la besara.

Hazlo…

El pensamiento la asustó.

No…

Pero no se movió.

Graham tampoco.

Sus ojos volvieron a sus labios, y esta vez se quedaron un segundo más. Su respiración se volvió más lenta.

No debería…

Pero lo deseaba. Más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Solo un instante…

Elena cerró los ojos apenas un segundo.

Si lo hace, lo odiaré.

—¡Graham!

La voz de Tiara rompió el momento como un golpe.

Elena se separó de inmediato, como si despertara de un sueño, como si aquello no hubiera sido real, como si hubiera sido un error que debía borrar antes de que la consumiera.

Graham soltó su brazo.

El laird golpeó la mesa.

—Entrégamela —ordenó—. O mátala tú mismo.

Graham no apartó la mirada de Elena.

Y cuando habló, lo hizo sin dudar.

—No.

Y en ese instante todo cambió. Tiara ya no estaba. Había salido corriendo después de ver la escena de ellos a punto de besarse.

Capítulo 6

Tiara no se detuvo hasta llegara a su alcoba. Cerró la puerta con un golpe seco, apoyando todo el peso de su cuerpo en la espalda contra la madera como si necesitara apoyarse en algo firme para no desmoronarse después de lo que habían visto sus ojos. Su respiración era irregular, contenida a duras penas, y sus manos, entrelazadas frente a su pecho, temblaban con una mezcla de rabia y desasosiego que jamás antes se había permitido mostrar. Durante años había aprendido a ser la dama perfecta, la prometida adecuada, la pieza necesaria en un tablero que otros movían, pero lo que acababa de ver en el gran salón no formaba parte de ningún acuerdo, de ninguna estrategia, de ningún destino escrito por sus mayores. Aquello era otra cosa. Algo que no comprendía, y que, sin embargo, sentía como una herida abierta. Porque además había ocurrido delante de todos.

La puerta volvió a abrirse a su espalda al poco de apartarse.

No necesitó girarse.

—Vete —murmuró, con voz baja, convencida de que era lo que en ese momento deseaba.

Graham cerró la puerta con calma, como si el peso de aquel momento no le afectara en lo más mínimo.

—Tiara.

—He dicho que te vayas.

Pero no se fue.

El silencio se alargó hasta volverse insoportable, y finalmente Tiara se giró, despacio, como si temiera que al mirarlo confirmara aquello que ya sabía. Lo amaba.

—¿Cómo la mirabas así? —preguntó al fin, y en su voz ya no había dulzura—. Dímelo, Graham… dime que no ha sido lo que parecía, dime que mis ojos me han engañado como a una necia. Que estoy confundida, que me lo invento.

Graham la observó sin alterar el gesto, con esa calma que tanto la desesperaba a ella.

—No ha significado nada.

Tiara dejó escapar una leve risa, demostrando así su herida.

—No me trates como a una niña —susurró, dando un paso hacia él—. He crecido a tu lado, te conozco mejor de lo que tú mismo te conoces… y no es así como miras a quien no te importa.

—Estás confundiendo las cosas.

—No —negó ella, acercándose aún más, alzando el rostro con dignidad. Herida, pero todavía digna—. Eres tú quien intenta confundirme… o tal vez quien no quiere ver la realidad de lo que ocurre.

Sus ojos brillaban, pero no derramaban lágrimas. Aún no.

—He esperado por ti toda mi vida —continuó, más despacio —. He aceptado lo que se esperaba de mí, he entendido que este vínculo nuestro no nació del afecto, sino de la conveniencia, del deber… de los designios de nuestros clanes. Jamás te he pedido nada que no estuviera en tus manos dar… y sin embargo… —su voz tembló en ese momento— jamás te había visto así con ninguna otra mujer.

Graham apretó la mandíbula.

—No es asunto tuyo.

Aquello fue como una daga clavándose lentamente sobre su pecho.

—Soy tu prometida —replicó, sin alzar la voz, pero con una firmeza que nacía del dolor.

—Por un acuerdo —respondió él, sin titubeo—. Nunca nos hemos engañado. Nunca te he dicho que te amo.

—Pero tampoco me lo habíais dicho así —susurró Tiara, casi para sí.

—Porque no hacía falta. Esto era un acuerdo.

Tiara bajó la mirada un instante, respirando hondo, como si reuniera fuerzas para poder continuar con todo aquello.

—Para mí sí lo hacía.

Graham no respondió.

—Este matrimonio unirá a los MacKinnon y a los Murray —continuó él—. Nos dará tierras, hombres, peso ante la corona de James VI de Escocia, y nos colocará por encima de clanes que llevan años disputándose cada palmo de estas tierras. Eso es lo que importa.

Tiara alzó los ojos de nuevo.

—¿Y yo no importo?

—Eso es cosa tuya. Tú aceptaste junto a tu familia unirte a mí para esto.

Aquella respuesta terminó de romper la última defensa que le quedaba.

—Matadla —dijo Tiara.

La palabra quedó suspendida entre ambos, como un eco oscuro.

Graham frunció el ceño.

—¿Qué?

—Matadla —repitió ella, esta vez con más firmeza, aunque su voz se quebraba mientras era pronunciada aquella palabra—. Es una Fraser. Vuestro padre la quiere muerta. No es más que una enemiga. Si no significa nada, si no es nadie para ti, acaba con ella.

El aire pareció enfriarse.

—No.

—¿Por qué? —dio otro paso, casi suplicante—. Dime por qué.

—Porque no.

—¿O es que no podéis? —insistió—. ¿O es que no queréis?

Los ojos de Graham se clavaron en los suyos.

—Ve con cuidado, Tiara.

—No —negó ella—. No voy a callarme. No después de lo que he visto. Si no significa nada, demuéstralo.

—No tengo nada que demostrar.

—A mí sí —dijo Tiara.

—Qué —dijo él.

—Demuestra que no sientes nada por esa mujer.

—Escúchame bien —dijo él al fin, con voz baja—. No podría compartir mi lecho con una mujer que pide la muerte de otra con tanta ligereza.

Tiara retrocedió como si la hubiera golpeado.

—No, no era eso… yo…

—Eso es exactamente lo que has hecho.

Ella negó rápidamente, acercándose de nuevo, casi desesperada.

—Perdóname, no era eso lo que quería decir, solo… —su voz se volvió a romper— tengo miedo de perderte.

Graham la miró en silencio.

—Nunca me has tenido. No soy tuyo.

La verdad cayó sin piedad.

Tiara cerró los ojos, y esta vez no pudo evitar que la emoción la alcanzara.

—Aun así, yo te quiero —susurró, y en esas palabras había años enteros—. Y no sé cómo dejar de hacerlo.

Se acercó y lo abrazó, apoyando la frente contra su pecho.

—Perdóname.

Graham permaneció quieto. No la apartó, pero tampoco salió de él rodearla con sus brazos.

Y en ese gesto estaba toda la verdad.

La puerta se abrió entonces, interrumpiendo el momento. Un hombre entró sin anunciarse. Era alto, de mirada dura, con el porte de quien ha visto demasiadas batallas para dudar ante nada.

—Mi señor.

Graham giró el rostro.

—¿Qué queréis, Ewan Kerr?

—Vuestro padre os reclama.

Tiara se separó lentamente, como si supiera que aquel instante, breve y frágil, ya había terminado.

Graham asintió.

—Voy.

Y sin una palabra más se marchó.

El laird lo esperaba.

La sala estaba casi vacía, las sombras alargadas por las antorchas, el ambiente parecía recordar aún lo ocurrido.

—Hijo —dijo sin rodeos—. La Fraser.

Graham se detuvo frente a él.

—Sí.

—Es un problema, y los problemas se eliminan. Podéis divertiros antes, si lo deseáis —añadió el laird con desdén—. No seré yo quien os lo impida. Pero después morirán. Las tres.

Graham no reaccionó.

Pero entendió.

—No permitiré que la sangre Fraser vuelva a alzarse —continuó—. Ya cometí ese error una vez.

Graham sabía que aquel no era el momento de oponerse. Así que decidió asentir simplemente.

—Como deseéis.

El laird asintió, satisfecho.

—No tardéis mucho.

Graham se inclinó levemente ante su padre y se marchó sin saber que mientras su padre le ordenaba aquello, no estaban solos. Una joven sirvienta, oculta entre los muros de aquel salón, había escuchado lo suficiente como para que el miedo le helara la sangre. Esa misma noche, con el corazón golpeándole el pecho, tomó una jarra de agua como excusa y caminó por los pasillos hasta la alcoba donde retenían a la prisionera. El guardia la dejó pasar sin interés, y al entrar, Elena alzó la mirada de inmediato, reconociendo en los ojos de la muchacha algo más que simple servicio.

—Agua, mi señora —murmuró la joven, aunque sus manos temblaban.

Dejó la jarra y se inclinó hacia ella.

—Debéis escucharme —susurró, casi sin voz—. No tenéis tiempo.

Elena no se movió y escuchó atenta.

—El laird ha ordenado vuestra muerte.

Eso no la sorprendió.

Pero lo siguiente sí.

—Y su hijo ha aceptado.

Capítulo 7

La noche en el castillo era como un animal vivo, silencioso, sí, pero despierto, con el crujir lejano de la madera y el eco de pasos que se perdían en pasillos interminables. Graham no había logrado dormir, no porque no pudiera, sino porque cada vez que cerraba los ojos volvía a su cabeza la misma imagen, Elena mirándolo con esa mezcla de rabia y deseo. Al final se levantó sin pensarlo mucho y caminó por los corredores sin rumbo más que uno, hasta llegar a la zona donde la tenían retenida, donde el guardia se irguió al verlo pero no tuvo tiempo de decir nada antes de que Graham hablara en voz baja.

—Vete.

El hombre dudó un segundo antes de obedecer porque había algo en la voz del hijo del laird que no admitía réplica, y cuando se quedó solo, abrió la puerta sin más.

Elena estaba despierta, sentada en el borde de la cama con la espalda recta y la mirada fija en la oscuridad como si esperase a alguien, y cuando lo vio entrar no se sorprendió, solo giró el rostro despacio y lo miró con calma.

—Así que es verdad —dijo ella— has venido.

Y Graham cerró la puerta detrás de sí sin apartar la vista.

—No deberías estar despierta.

Ella soltó una risa breve.

—Y tú no deberías estar aquí.

Pero ninguno se movió, y ese silencio entre ambos se convirtió en tensión pura, como una cuerda estirada al límite, hasta que Elena se puso en pie lentamente sin dejar de mirarlo.

—Ya lo sé, he oído lo suficiente, vas a hacerlo, vas a matame.

Graham no respondió porque no había forma fácil de decir lo que pensaba, y dio un paso, solo uno,

—No es tan simple.

Pero Elena no podía callar.

—Para los tuyos siempre lo es.

Graham dio otro paso y la distancia entre ellos se volvió mínima.

—Si quisiera matarte no estarías hablando ahora mismo —dijo él en voz baja.

Elena sostuvo su mirada sin bajar la barbilla.

—Eso no me dice que no lo harás en cualquier momento.

—Me has mirado como si no supieras qué hacer conmigo —susurró— como si por un segundo no fueras uno de ellos.

La mandíbula de Graham se apretó.

—No digas eso.

Pero Elena no se detuvo.

—¿Por qué? ¿porque es verdad?

El silencio volvió a caer, pero esta vez era distinto, porque ya no era solo tensión sino algo más frágil, y Graham bajó la voz como si el sonido pudiera romperlo todo.

—No debería estar aquí.

Elena respondió sin apartar la mirada.

—Entonces vete.

Pero no se movió, y eso fue lo que lo delató, porque si hubiera querido irse ya lo habría hecho.

—Me vas a matar —dijo ella al fin.

Graham cerró los ojos un segundo antes de abrirlos.

—No podría.

Elena frunció el ceño.

—No podrías qué.

—Hacerlo.

En ese momento el mundo se redujo a ese espacio mínimo entre ambos, y Elena sintió su respiración demasiado cerca.

—Esto no cambia nada —murmuró ella.

—Lo sé —dijo él.

Él alzó una mano despacio, como si le estuviese dando tiempo a detenerlo, pero Elena no lo hizo, y cuando sus dedos le rozaron el rostro todo lo demás dejó de tener sentido porque no había nada más que ellos, no había guerra, no había clanes, solo ese instante suspendido entre dos personas que no deberían estar tan cerca.

El beso no llegó como una decisión sino como algo inevitable, primero contenido, pero en el momento en que ocurrió dejó de doler. Graham la atrajo hacia sí con fuerza y Elena acabó contra la pared sin saber exactamente cuándo había pasado, sintiendo su mano sosteniéndola como si no quisiera que escapara, y el mundo entero se borró en ese contacto, en ese calor, en esa respiración compartida que lo hacía todo peligroso, hasta que se separaron un poco, lo suficiente para mirarse sin poder mentirse, y Elena tragó saliva.

—Esto no cambia nada —volvió a repetir otra vez.

Aunque ahora sonaba más débil, y Graham apoyó la frente contra la suya y dijo lo único que parecía cierto en ese momento.

—Nada.

Pero no era verdad, y Elena lo supo en el mismo instante en que él lo dijo, porque aunque sus palabras fueran firmes, algo en el aire entre ellos había cambiado y no había forma de fingir lo contrario. Se apartó primero de golpe, como si mantener esa mínima distancia le costara más mantenerla que cualquier otra cosa. Se alejó lo suficiente como para volver a respirar sin sentirlo tan cerca. Sin notar su aliento.

—Vete —murmuró, sin mirarlo todavía, con la voz más baja de lo que pretendía que saliese de su boca.

Graham no respondió, ni se movió, y ese silencio fue lo que la obligó a alzar la mirada, encontrándolo aún allí, firme, inmóvil, como si nada de lo que acababa de ocurrir tuviera la fuerza suficiente para desplazarlo a otro lugar.

—No lo voy a repetir otra vez —añadió ella, esta vez más clara—. Márchate.

Él dio un paso, solo uno, pero suficiente para volver a tensar todo de nuevo.

—Elena…

—No —lo cortó de inmediato, negando con la cabeza—. No digas mi nombre como si eso cambiara algo, porque no lo hace. Tú eres mi captor, yo solo tu prisionera.

Respiró hondo, intentando recomponerse, pero había algo en su voz que la traicionaba.

—¿Sabes qué es lo peor de todo esto? —continuó, y ahora sí lo miraba de frente—. No es que vayas a matarme, es que por un momento, por un maldito momento, he olvidado que ibas a hacerlo.

Graham apretó la mandíbula, pero no la interrumpió.

—He sido estúpida —añadió ella, con una risa irónica—. Estúpida por pensar que cuando me mirabas, cuando te acercabas, había algo más que esto.

Él negó levemente.

—No es así.

—Entonces explícame qué es —replicó ella, dando un paso hacia él sin darse cuenta—. Explícame cómo puedes besarme de esa manera y luego aceptar delante de tu padre que vas a matarme como si fuera una orden más que obedecer.

El golpe fue directo al estómago de él.

Y esta vez Graham no tuvo una respuesta inmediata.

Elena se dio cuenta de eso.

Y fue suficiente.

—Claro —susurró, más para sí misma que para él—. No hay nada que explicar.

Se alejó un poco más, cruzando los brazos como si necesitara protegerse de algo que no era físico.

—Eres igual que ellos, quizá peor, porque al menos ellos no fingen lo que desean hacernos.

Graham avanzó de nuevo, con más decisión.

—No estoy fingiendo nada.

—¿Ah, no? —lo desafió ella—. Entonces dime que no has aceptado lo que tu padre quiere.

Se hizo un silencio breve, pero devastador.

Elena cerró los ojos un instante.

—Eso pensaba.

—No entiendes cómo funciona esto —dijo él, más bajo.

—No vuelvas a decir eso —respondió ella de inmediato—. Entiendo perfectamente. Entiendo que tú obedeces, que tu padre ordena y tú cumples, y que si para mantener tu lugar tienes que matar a una mujer y a sus hermanas, lo haces sin dudar. Aunque sean inocentes.

—No voy a hacerlo.

—Ya lo has dicho antes —replicó—. Y no te he creído entonces, tampoco lo hago ahora. Deja de intentarlo.

Graham se acercó hasta quedar otra vez demasiado cerca, pero esta vez no había la misma suavidad, ni la misma duda en ella.

—Si quisiera que murieras, Elena, no estaría aquí discutiendo contigo.

Ella le sostuvo la mirada sin retroceder.

—Pero no eres tú quien decide. Quizá te resignas a obedecer, pero sabes que debes hacerlo.

Ahí estuvo el golpe de ella.

Graham no respondió de inmediato, y en ese silencio Elena encontró la confirmación que necesitaba.

—Solo dime algo, ¿qué pasará con mis hermanas? —preguntó entonces—. ¿También forman parte de esa orden que ha dado tu padre?

Elena le empujó con ambas manos para que respondiese.

—Responde, cobarde.

—Elena…

—Ya lo entiendo —susurró—. Siempre hay un precio, y no soy yo quien lo paga entero.

—No es eso. No estás entendiendo nada.

—Entonces dime qué es —insistió ella—. Porque desde donde estoy yo, parece bastante claro.

Graham dio otro paso, y esta vez su voz bajó, más grave.

—Nadie va a tocarte. Solo yo.

Elena se estremeció al escuchar esa frase salir de él, sintió un escalofrío en su espalda, y apretó las piernas para poder sentir aquello que minutos antes había sentido al besarla.

—¿Solo tú?

Lo miró fijamente.

Graham colocó su mano sobre su cintura y la obligó a pegarse a él.

Elena notó como su entrepierna abultada se clavaba en su bajo vientre.

Él con su otra mano acarició su cuello hasta colocarla detrás en su nuca, inclinó su cabeza y la besó. La beso suave, deslizando sus labios por los de ella, paseando su lengua por el interior de la de Elena. Encontrándose con la suya y jugando. Mientras que una de sus manos ya había bajado de sus caderas a sus muslos y subiendo su vestido acariciaba sus muslos con pasión.

Elena emitió un suave gemido que hizo que Graham perdiera la razón. La agarró de su delgado cuerpo y la elevó sobre el suyo. Elena abrió sus piernas para rodearle la cintura, se agarró a su cuello y lo besó con delirio.

Graham comenzó a quitarse el pantalón con una mano, y cuando estuvo desnudo de cintura para abajo apartó la ropa interior de ella y busco su interior para encajarse. Él pensó que lo rechazaría, por eso estuvo atento a cualquier petición, pero no ocurrió, sino al contrario. Elena dejó caer su cabeza hacia atrás arqueando así su cuerpo, agarrándose con fuerza a los brazos de Graham y clavando sus uñas en la carne de él comenzó a mover cuidadosamente su cuerpo buscando más placer.

Sus gemidos rápidamente recorrieron la alcoba, y en ese instante, Graham tapó su boca. No deseaba que los escucharan, pues él estaba comprometido con Tiara. No tenía esa libertad como para disfrutar de otro cuerpo sin ser juzgado.

—Eres mía —dijo él.

Elena no respondió pero volvió a abrir un poco más sus piernas para que ambos pudieran encajarse más. Graham la atrajo hacia él y pegó su pecho contra el suyo, pudiendo así lamer sus senos, morder sus pezones y saborear toda su piel.

—No soy tuya ni de nadie.

—Acepta que eres mía y tendrás cuanto desees.

Las manos de Elena se agarraron a sus hombros, y él mordió su cuello esperando respuesta.

—No soy tuya.

Aquello hizo que Graham ardiera más en deseo, y la tumbó en la cama para hacerla suya. Su miembro erecto como una espada palpitaba con fuerza, lo dirigió con su mano y la penetró de nuevo. En ese momento Elena gimió con tanta fuerza que él no pudo evitar volverse loco y con un ritmo mayor al anterior comenzó a embestirla hasta derramar su líquido después de aquel poderoso orgasmo.

Durante varios minutos se quedaron inmóviles sobre la cama, intentando dar sentido a lo que allí acababa de ocurrir, y tratando de recuperar el aliento.

Cuando eso ocurrió, Elena se apartó y recogió sus ropas dispuesta a vestirse. Después Graham también lo hizo.

—Es sencillo —dijo él— di que eres mía, y toda tu vida te cambiará.

—No obedezco órdenes, por más hijo del laird que seas. Por más MacKinnon que lleves en tu sangre. Soy libre, no soy de nadie.

—Eres estúpida.

—Prefiero morir que pertenecer a un hombre que ha causado tanto daño en mi familia. Y ahora, si has venido a matarme —añadió al fin— hazlo… mírame a los ojos y hazlo.

Graham negó.

—No.

—¿Por qué? —preguntó ella, casi en un susurro—. ¿Qué te detiene?

Él la miró fijamente.

—Tú.

Elena sintió el golpe de esa palabra en el pecho, pero no dejó que se viera.

—¿Tus palabras van a salvarme?

Graham no quiso mentir.

—No —negó ella con firmeza—. Porque no depende de ti.

Eso lo dejó sin respuesta. Y por primera vez, realmente sin respuesta.

Elena respiró hondo, recuperando algo de control.

—Vete —repitió, ahora más enfadada—. Y no vuelvas a buscar nada de mí, no vuelvas a hacerme olvidar quién eres.

Graham se quedó un segundo más, inmóvil, como si dudara, como si realmente no quisiera irse, pero al final se giró y caminó hacia la puerta. La abrió, salió y justo en ese momento todo cambió. Porque no estaba solo. Tiara estaba allí. En mitad del pasillo observándolo.

El silencio entre ellos fue incómodo, espeso, lleno de todo lo que no necesitaba ser dicho. La mirada de Tiara bajó un segundo hacia la puerta que Graham acababa de cerrar, luego volvió a él, y en sus ojos pudo ver lo que escondía.

—Así que era verdad —dijo al fin, con una voz demasiado tranquila para como ella estaba en su interior—. No estaba equivocada.

Graham no respondió de inmediato, dejó que ella preguntase todo lo que deseaba.

—¿Cuánto tiempo llevas entrando ahí? —continuó ella, dando un paso hacia él—. ¿Cuánto tiempo llevas viéndola a escondidas mientras yo espero como una idiota a que recuerdes que tienes una prometida?

—Tiara…

—No —lo cortó, alzando la mano—. No me hables como si esto fuera algo pequeño, como si no importara, porque lo que acabo de ver no es fácil para mí, Graham.

Su voz empezó a debilitarse, aunque intentaba controlarla.

—Has salido de la habitación de una prisionera, no de una cualquiera, de una Fraser. ¿Cómo se tomaría tu padre que su hijo se meta en la cama con una Fraser en mitad de la noche?

Graham mantuvo la calma.

—No sabes nada.

Tiara soltó una risa amarga.

—Esa es la peor respuesta que puedes darme.

Se acercó más.

—La miras diferente, lo he visto. La buscas, la proteges, y ahora esto —señaló la puerta—. ¿También vas a decirme que no significa nada lo que ha ocurrido ahí dentro?

Graham no respondió y quizá para ella ese silencio fue como una confesión.

Tiara tragó saliva, dolida.

—Dime que la vas a matar como tu padre te ha pedido —exigió de pronto—. Dímelo ahora mismo.

Graham negó.

—No.

—Entonces sí significa algo —susurró ella—. Y eso lo cambia todo entre nosotros...

—No significa nada, ella solo es mi prisionera, tú eres mi prometida, y no la mataré porque su familia exigiese tierras que eran suyas, esa disputa ya se cobró vidas en el pasado.

Capítulo 8

Tiara no volvió a su alcoba, porque lo que sentía en el pecho no era tristeza ni confusión, era algo más oscuro, más peligroso, una mezcla de rabia, humillación y un miedo feroz a perder aquello que siempre había considerado suyo, A Graham.

Caminó directa hacia las estancias del laird con el pulso desbocado y la mandíbula bien apretada, repitiéndose que no iba a permitirlo, que no después de años de espera, de obediencia, de aceptar un destino que otros habían decidido por ella.

Cuando los guardias intentaron detenerla, bastó con una mirada y su nombre para apartarlos, y empujó la puerta sin anunciarse, encontrando al laird sentado junto al fuego, tranquilo, como si el mundo no estuviera a punto de cambiar.

—Mi señor, necesito hablar con vos ahora mismo —dijo sin reverencia, sin dulzura, sin nada que recordara a la dama correcta que solía ser.

El laird alzó la vista con molestia.

—Más te vale que merezca la pena esta interrupción, muchacha.

Tiara avanzó hasta quedar frente a él, sin bajar la mirada.

—Vuestro hijo no va a obedeceros.

El laird soltó una risa, incrédula.

—Eso es una acusación seria ¿y en qué te basas para decir semejante estupidez?

—En lo que he visto con mis propios ojos —replicó ella—. No quiere matar a la Fraser.

El laird ladeó la cabeza, algo divertido.

—Esa muchacha lleva dos días en este castillo, Tiara. Dos. ¿Pretendes hacerme creer que en ese tiempo ha embrujado a mi hijo?

—No hace falta tanto tiempo cuando un hombre pierde el juicio —escupió ella, sin suavizar nada—. La mira cómo no me ha mirado nunca, la defiende delante de vos, la aparta de sus hombres para que no la toquen, y esta noche ha salido de su habitación.

El laird dejó de sonreír.

—¿De qué habitación hablas?

—De la suya, de donde la tiene retenida —respondió sin dudar—. He visto cómo salía de allí como un ladrón, en silencio, como si tuviera algo que ocultar.

El silencio cambió. Se volvió más frío.

—Estás celosa —dijo el laird, casi con desgana—. Y las mujeres celosas ven fantasmas donde no los hay.

Tiara dio un paso más, acercándose.

—No —susurró—. Las mujeres celosas vemos verdades que los hombres prefieren ignorar.

El laird entrecerró los ojos.

—Ten cuidado con lo que insinúas.

—No estoy insinuando nada —respondió—. Os lo estoy diciendo claramente: vuestro hijo no quiere matarla porque la desea… y porque empieza a sentir algo por ella.

La palabra quedó suspendida. El laird negó despacio.

—Amor… ¿de verdad crees que mi hijo, el heredero de este clan, va a enamorarse en dos días de una Fraser que ha caído aquí como ganado?

—No lo creo, lo tengo seguro —replicó Tiara—. Pero eso no cambia que esté ocurriendo.

El laird se quedó en silencio, pensativo.

Y Tiara apretó más.

—¿Queréis una prueba? —añadió—. Dadle la orden de matarla delante de todos… obligadle a hacerlo con sus propias manos, y veréis si obedece o no.

El laird la observó con atención por primera vez.

—Hablas con demasiada seguridad.

—Porque sé lo que he visto —dijo ella—. Y si no hacéis nada… os traicionará.

Esa palabra sí tuvo peso.

—Mi hijo no traiciona a su padre, ni mucho menos a su clan.

—Todo hombre lo hace cuando cree haber encontrado algo que desea más que el poder —susurró Tiara—. Y esa muchacha es peligrosa.

El laird se levantó despacio.

—Peligrosa… —repitió, pensativo.

—Es una Fraser —remató ella—. Y vos mismo dijisteis que no debía quedar ninguno con vida.

El silencio se alargó.

Luego el laird tomó una decisión.

—Al alba —dijo con voz firme—. La colgaré yo mismo.

Tiara sintió un estremecimiento, pero no retrocedió.

—Es lo correcto.

—Y mi hijo estará presente —añadió el laird—. Veremos si sigue siendo tan compasivo como tú dices.

Tiara bajó la mirada un segundo.

Y después sonrió ampliamente.

Capítulo 9

El alba no trajo paz.

El patio del castillo estaba lleno, cargado de expectación, de ese murmullo bajo que precede a la sangre. Cuando sacaron a Elena, atada, con el rostro alto y la mirada perdida, no había en ella rastro de miedo visible, y eso irritaba a los hombres más que cualquier súplica. Drew lloraba sin consuelo, aferrada a Maisie, que permanecía en silencio, rígida, observándolo todo con una atención peligrosa, como si estuviera memorizando cada detalle.

La tarima estaba preparada. La cuerda colgaba. El laird esperaba.

—Subidla.

Elena no se resistió. Subió por su propio pie.

—¿Así terminan los MacKinnon con sus enemigos? —dijo, alzando la voz para ser escuchada por todos—. ¿Con una cuerda en lugar de una espada? ¿Por qué no me dais la opción de defenderme?

—Para los Fraser es más que suficiente —respondió el laird con frialdad.

Le colocaron la soga.

Y entonces un grito resonó en el patio.

—¡NO!

Graham apareció entre la multitud con una fuerza desatada, apartando cuerpos, empujando, avanzando sin detenerse, y en cuanto los hombres reaccionaron ya era tarde porque su espada estaba fuera y el primer choque sonó seco, brutal, metal contra metal. Uno de los guerreros intentó frenarlo y Graham lo arrolló con el hombro, haciéndolo caer mientras giraba para bloquear otro

golpe, el acero rozó el suyo con un chirrido violento. Otro vino por la espalda, pero Graham se movió a tiempo, aunque la hoja le abrió el brazo en una línea de sangre que ni siquiera pareció notar. No luchaba con cuidado, luchaba con rabia, con una determinación que no dejaba espacio al error.

—¡Detenedlo! —rugió el laird—. No lo matéis, pero detenedlo.

Seis hombres. Seis guerreros grandes, fuertes, rodeándolo.

Pero Graham no retrocedía. Avanzaba.

Un empujón, un choque, un golpe seco que hizo retroceder a uno contra la tarima, otro intentó desarmarlo y recibió el canto de la espada en el rostro, cayendo de rodillas, el siguiente se lanzó directo y Graham lo bloqueó a dos manos, empujándolo hacia atrás con una fuerza que lo obligó a ceder. El ambiente estaba lleno de ruido, de respiraciones, de acero golpeando acero, de gritos que se mezclaban con el caos.

Y entonces vio la cuerda rodeando el cuello de Elena.

La soga ya empezaba a tensarse.

Y todo lo demás dejó de importar.

Con un último empuje rompió el círculo, subió de un salto a la tarima, esquivó una mano que intentaba sujetarlo y alzó la espada sin dudar, desgarrando la cuerda en un movimiento limpio.

La soga se apoyó en sus hombros, y Elena cayó pues estaba de puntillas, Graham la sujetó con fuerza. La sostuvo con firmeza contra él mientras su respiración aún estaba descontrolada por la lucha, y durante un segundo no miró a nadie más que a ella, como si necesitara asegurarse de que seguía viva, de que estaba sana y a salvo, de que no llegaba tarde, pero ese segundo se rompió cuando alzó la vista y encontró a su padre observándolo desde abajo, inmóvil, frío, y entonces todo lo que había hecho dejó de ser un impulso y se convirtió en una declaración.

—No voy a obedecerte —dijo, sin alzar la voz pero sin apartar la mirada de él—. No esta vez, padre.

Un murmullo recorrió el patio como una ola.

El laird dio un paso al frente.

—Bájala… y termina lo que otros han empezado.

Graham negó despacio, aun sosteniendo a Elena.

—Ya lo he hecho.

El aire se tensó aún más.

—Estás olvidando quién eres —replicó su padre.

—No —respondió él—. Hoy lo he recordado.

Y sin esperar respuesta, sin dar tiempo a que nadie reaccionara, la tomó con más fuerza y bajó de la tarima de un salto, abriéndose paso entre los hombres que dudaban en si apresarlo o dejarle marchar. Porque muchos de ellos habían vivido batallas junto a él, y no sabían si detenerlo o apartarse, porque no estaban frente a un enemigo cualquiera, estaban frente al hijo del laird, y eso los hizo titubear lo suficiente para que él huyese.

Graham no se detuvo, atravesó el patio directo hacia los caballos que aguardaban en el lateral, eligió uno sin mirar siquiera, tiró de las riendas y en un movimiento ágil subió primero y luego la alzó a ella colocándola delante, sujetándola con un brazo firme contra su pecho.

—Agárrate.

Elena no lo hizo de inmediato.

—Mis hermanas —dijo, girándose hacia él con urgencia—. No puedo irme sin ellas, si las dejo aquí morirán. Correrán la misma suerte que pretendían para mí.

Graham apretó la mandíbula, mirando de reojo hacia donde estaban Drew y Maisie, rodeadas de guardias que empezaban a reaccionar.

—Entonces las llevaremos también —gruñó, espoleando el caballo hacia ellas.

El animal arrancó con fuerza, atravesando el patio en medio del caos que empezaba a desatarse. Gritos, órdenes, hombres que corrían sin saber a quién obedecer, y antes de que nadie pudiera cerrarles el paso, Graham llegó hasta las hermanas. Maisie no dudó ni un segundo, soltó a Drew y tiró de otro caballo cercano con una determinación que no parecía propia de su edad, subiendo de un salto y agarrando las riendas con manos firmes.

—¡Sube! —le ordenó a Drew.

—¡No puedo, Maisie, no puedo, nos van a matar! —sollozó ella, temblando.

—¡Sube o te dejo aquí! —replicó Maisie, sin suavidad, y esa dureza fue lo único que logró sacarla de su pánico.

Drew subió torpemente detrás de ella, aferrándose como pudo, y en cuanto lo hizo, Maisie espoleó el caballo siguiendo a Graham sin mirar atrás.

Y entonces huyeron.

Atravesaron las puertas del castillo antes de que pudieran cerrarlas, el sonido de los cascos golpeaba la tierra como un tambor acelerado, el viento golpeaba sus rostros, llevándose consigo los últimos restos de ese patio que acababan de dejar atrás, y durante unos segundos nadie habló, solo corrían, alejándose, cruzando el terreno abierto que rodeaba la fortaleza mientras detrás comenzaban a escucharse los primeros jinetes organizándose.

Elena sentía el cuerpo de Graham detrás, su brazo firme sosteniéndola para que no cayera, y aunque todo en ella gritaba que aquello no tenía sentido, que estaba huyendo con el mismo hombre que había aceptado su muerte el día anterior, no se soltó, no dijo nada más, porque la urgencia era otra, porque el peligro aún estaba demasiado cerca.

—Nos seguirán —dijo al fin, mirando hacia atrás.

—Lo sé.

—Entonces no basta con huir.

—No pienso huir —respondió él, sonando esta vez más seco.

Eso la hizo girarse un poco.

—¿Qué significa eso?

Pero Graham no respondió, solo apretó más el paso del caballo, desviándose hacia una zona boscosa donde los árboles comenzaban a cerrarse y el terreno se volvía más irregular, más difícil de seguir. Las ramas golpeaban al pasar, la luz se fragmentaba entre las hojas, y el sonido de los cascos se amortiguaba. Y poco a poco el castillo quedó atrás, oculto, como si nunca hubiera existido.

Cuando se adentraron lo suficiente, Graham tiró de las riendas y detuvo el caballo en un claro oculto entre árboles altos, bajando primero y ayudando a Elena a descender con la misma serenidad con la que la había sujetado antes. Maisie llegó poco después, controlando el caballo mejor de lo que nadie habría

esperado, mientras Drew apenas podía sostenerse, temblando, con el rostro pálido.

—¿Estamos a salvo? —susurró Drew, casi sin voz.

—De momento —respondió Graham.

Elena lo miró.

—¿Qué quieres decir con de momento?

Graham soltó las riendas y dio un paso atrás, observando el camino por el que habían venido.

—No puedo quedarme.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué?

—Van a venir —añadió—. Y no dejarán de buscar hasta encontrarme, así es que lo mejor es que yo mismo me presente ante mi padre, debo hablar con él, debe entender que se equivoca.

—Entonces menos sentido tiene que te vayas si es tu padre el que exige que te atrapen—replicó ella.

Graham negó.

—Tengo que volver.

Elena dio un paso hacia él, incrédula.

—¿Volver? ¿Después de lo que acabas de hacer? Tu padre va a matarte.

—Tal vez.

—¿Y aun así vas a ir?

—Soy un MacKinnon —respondió, mirándola por fin—. No me escondo, no después de desafiarlo delante de todos.

Elena apretó los dientes.

—Esto no es honor, es estupidez.

—No —dijo él—. Es necesario.

Maisie observaba en silencio, entendiendo más de lo que decía.

—¿Y nosotras? —preguntó entonces.

Graham miró a las tres.

—Aquí no os encontrarán fácilmente. Permaneced ocultas. No hagáis ruido. No encendáis fuego.

Drew negó, desesperada.

—No puedes dejarnos aquí, por favor, no te vayas.

Drew estaba asustada y veía que la única opción de seguir con vida era tener a Graham a su lado.

Pero Graham ya había tomado una decisión.

Su mirada volvió a Elena.

—Volveré.

Elena sostuvo su mirada, buscando algo, cualquier cosa.

—Más te vale —murmuró.

Y por un segundo casi pareció que eso le arrancaba una pequeña sonrisa.

Pero no dijo nada.

Se giró, montó de nuevo y sin mirar atrás espoleó el caballo, desapareciendo entre los árboles tan rápido como había llegado, dejando tras de sí un silencio distinto, más incierto.

Capítulo 10

El bosque no ofrecía consuelo, solo incomodidad, frío que se metía en los huesos y un silencio que no tranquilizaba a nadie, como si en cualquier momento fuese a romperse. Elena no se sentó, no se permitió ni un segundo de descanso, caminaba en pequeños círculos, mirando entre los árboles, escuchando, pensando, mientras Maisie se mantenía cerca, callada pero alerta, siguiendo cada movimiento sin preguntar, sin estorbarle. Drew, en cambio, no podía más, tenía las manos heladas, los labios le temblaban y una expresión al borde del llanto que llevaba rato conteniendo.

—No aguanto más —dijo de repente, abrazándose a sí misma —. No siento los dedos, Elena, de verdad, me duelen. Siento que voy a morir.

—El frío no te va a matar —respondió Elena sin mirarla—. Pero hacer ruido sí. Así es que cállate de una maldita vez.

—No es solo frío —insistió Drew, con la voz a punto de terminar en llanto—. No hemos comido, no hemos dormido, nos van a encontrar igual, ¿no lo ves? ¿Qué más da?

Maisie giró la cabeza hacia ella, con una mirada bien cargada de enfado.

—Da, claro que da igual, porque que si no nos encuentran quizá tengamos una oportunidad. Si los llamas a gritos, ninguna.

Pero Drew ya estaba recogiendo ramas.

—Solo un momento, solo para entrar en calor, no vamos a morir por un poco de fuego…

Elena se giró de golpe.

—Drew, suelta eso.

—No —replicó ella, por primera vez con algo de rebeldía—. No voy a quedarme aquí temblando hasta morirme mientras tú decides que eso es mejor.

Maisie soltó un bufido.

—Perfecto, pues enciende una hoguera, grita nuestro nombre y ya de paso invítalos a cenar.

Drew la ignoró.

Mientras frotaba los palos, de repente una chispa prendió la hojarasca.

Pequeña. Ridícula. Pero suficiente.

El humo empezó a elevarse entre las ramas, fino pero visible, y Elena se quedó quieta un segundo, solo uno, como si no terminara de creer lo que estaba viendo.

—Apágalo o te juro por mi sangre que te abofetearé —dijo.

Drew no reaccionó.

—Apágalo ahora.

Maisie ya se movía, lanzando tierra sobre el fuego.

—Eres increíble —murmuró entre dientes—. De verdad, impresionante.

Pero no llegaron a terminar de hablar cuando un crujido, después otro, y varios más pudieron escuchar.

Y no eran de animales.

Elena levantó la cabeza.

—Tarde —pudo decir.

Los hombres aparecieron entre los árboles sin prisa, como quien ya sabe que no hay necesidad de correr, seis en total, armados, mirándolas con esa mezcla de curiosidad y alegría que no prometía nada bueno. Uno de ellos sonrió ampliamente al verlas.

—Mira tú qué sorpresa… y nosotros pensando que el humo era cosa de pastores.

Elena se colocó delante de sus hermanas sin pensarlo.

—No os acerquéis.

El hombre ladeó la cabeza.

—¿Y si no te hago caso?

—Entonces te arrepentirás.

Una risa recorrió al grupo.

—Eso quiero verlo.

Otro de los hombres habló, más serio.

—¿Quiénes sois?

—Nadie que os importe.

—Eso ya lo veremos —respondió él, señalando con la barbilla el lugar—. Este bosque no es vuestro.

—Ni vuestro —replicó Elena.

—Clan Campbell —dijo el primero, como quien deja caer una carta sobre la mesa—. Ahora ya sabes lo suficiente como para empezar a preocuparte.

Elena no mostró reacción, pero supo que tenían problemas. Más problemas de nuevo.

Uno de ellos empezó a rodearlas, y ahí Maisie se movió, rápida, colocándose en medio como si llevara toda la vida haciendo aquello. Protegiendo a sus hermanas.

—Ni un paso más.

El hombre se detuvo, sorprendido, y la miró con más atención.

—¿Y tú quién eres, exactamente?

—Alguien que te va a romper la nariz si sigues avanzando.

Eso arrancó carcajadas entre muchos de ellos.

Pero no en él, aquel guerrero solo la miraba con atención.

—Tiene lengua —comentó, sin apartar la vista de ella—. Y mala.

—Y manos —añadió Maisie—. Por si necesitas que te lo demuestre.

El hombre dio un paso más.

Lo justo para medirla, para saber de qué pasta estaba hecha.

—Hazlo. Lo estoy deseando además.

Maisie no se movió, pero tampoco retrocedió.

El silencio entre ellos no fue largo, fue sí incómodo para ellas.

Porque ninguno de los dos apartaba la mirada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él al final.

—No te importa.

—Me importará cuando levante tus ropas y golpee tus nalgas por mal hablada.

—Qué pena me va a dar verte suplicar que no te mate —dijo Maisie.

Eso sí le hizo sonreír de lado.

—Ya lo veremos. De hecho para serte franco, estoy deseando verlo.

El momento se rompió cuando otro de los Campbell habló con menos paciencia.

—Basta. Nos las llevamos.

Elena reaccionó de inmediato.

—No vais a tocar a mis hermanas.

—Pues me temo que te equivocas —respondió uno, avanzando.

Las sujetaron rápido, sin necesidad de infligir dolor, ni mostrar violencia, pero con la fuerza suficiente para dejar claro que no había discusión posible. Elena forcejeó, intentando soltarse, pero eran demasiados. Drew rompió a llorar en cuanto la agarraron.

—No, no, por favor, no, no otra vez no…

—Cállala —gruñó uno.

Maisie giró la cabeza hacia ella, clavando la voz.

—Drew, mírame.

—No puedo…

—Mírame. Maldita sea, comportate como una Fraser no como una maldita cobarde.

Drew alzó los ojos.

—Respira —dijo Maisie, más bajo—. No llores ahora. Si lloras no piensas, y si no piensas nos matan.

Drew intentó asentir, aunque le costaba hasta eso.

Mientras tanto, el mismo guerrero seguía sujetando a Maisie, con una mano firme en su brazo, sin hacerle daño, pero sin intención de soltarla.

—Deja de mirarme así —dijo ella.

—¿Así cómo?

—Como si te divirtiera hacer daño a tres mujeres.

—Un poco sí.

Maisie bufó.

—Pues disfrútalo mientras puedas.

—¿Es una amenaza?

—Es una promesa.

Él inclinó ligeramente la cabeza, acercándose lo justo para que solo ella lo oyera.

—Empiezo a entender por qué no has intentado resistirte a mi agarre.

Maisie entrecerró los ojos.

—No huyo de gente como tú. No me das ningún miedo.

—Deberías tenérmelo.

—Tú también deberías tenérmelo a mí.

Eso le arrancó otra media sonrisa.

—Me gusta que no seas fácil.

—Y a mí no me gustas tú.

—Eso también puede cambiar.

—No en esta vida.

—Tengo paciencia.

Maisie negó, pero no apartó la mirada.

—¿A dónde nos lleváis? —intervino Elena, cortando el momento.

—A nuestros dominios —respondió el guerrero sin dejar de mirar a Maisie—. Y allí decidiremos qué hacer con vosotras.

Elena apretó los dientes.

—Más os vale decidir bien qué vais a hacer con nosotras.

—Siempre lo hacemos —replicó él.

Maisie murmuró:

—Vais a morir.

En ese momento aflojó un poco su agarre notando como Maisie respiraba mejor.

Las maniataron y las subieron a lomos de los caballos. El trayecto comenzó sin suavidad, sin ninguna intención de hacerles las cosas fáciles, porque en cuanto las obligaron a montar, todo fue rápido. Drew apenas podía sujetarse, seguía temblando, aferrada a Maisie como si fuera a caerse en cualquier momento, mientras Elena mantenía la espalda recta en otro caballo, vigilando cada movimiento, cada giro, cada hombre que las rodeaba. Pero Maisie… Maisie tenía otro problema añadido, uno que no venía del miedo sino

de la irritante presencia del hombre que caminaba a su lado, demasiado cerca, demasiado atento, como si no tuviera nada mejor que hacer que observarla.

—Si sigues mirándome así —dijo ella sin girar la cabeza— vas a terminar aprendiendo algo que no te va a gustar.

—¿Ah, sí? —respondió él con calma—. ¿Y qué sería eso?

—Que muerdo.

—Ya me había dado cuenta.

Maisie resopló.

—Entonces deja de mirarme.

—No.

—¿No?

—No.

Eso hizo que girara la cabeza de golpe para mirarlo directamente.

Error. Porque al hacerlo lo vio bien. Demasiado bien. Era alto. Más de lo que le había parecido a simple vista. Hombros anchos, espalda recta, manos grandes, y sujetaba las riendas con una facilidad que daba rabia, como si todo en él fuera sólido, firme, imposible de mover. Tenía el rostro duro, marcado, no especialmente amable, pero tampoco desagradable. Y esos ojos oscuros, atentos, clavados en ella sin ningún disimulo.

¿Pero qué…?

Maisie parpadeó.

Y apartó la mirada de inmediato, como si se hubiera quemado al verle.

No. Ni se te ocurra.

Se dio un golpecito en la frente con la mano libre.

—Concéntrate —murmuró para sí.

—¿Te estás golpeando? —preguntó él divertido.

—Sí —respondió seca—. A ver si así dejo de pensar tonterías.

—Ahora me interesa saber qué tipo de tonterías eran esas.

—No te interesa en absoluto.

—Me interesa todo lo que tenga que ver contigo, rebelde.

Maisie lo miró de nuevo, esta vez con mala cara.

—Pues empieza a perder el interés.

—No tiene pinta de que eso ocurra.

Es grande.

Se le escapó el pensamiento.

Demasiado grande.

Maisie volvió a darse otro golpecito en la cabeza, esta vez más fuerte.

—¿Te duele? —preguntó él.

—Mucho menos que escucharte.

Y fuerte… maldita sea. Y esa barba ruda, áspera…

Otro golpe.

—De verdad, ¿estás bien? —insistió él, ahora con una ceja ligeramente alzada.

—Estoy perfectamente —gruñó—. Solo tengo hambre, sueño, y claramente el cerebro no me funciona como debería.

—Eso explicaría por qué me amenazas tanto.

—No te amenazo —replicó ella—. Te aviso de lo que te va a ocurrir.

Él soltó una pequeña risa.

—Eres curiosa.

—Y tú molesto.

—Aun así no apartas la mirada de mí por demasiado tiempo.

Maisie apretó los labios.

—Porque estoy calculando por dónde te abriría en canal si tuviera un cuchillo.

—Claro.

—No te lo tomes a broma.

—No lo hago. De hecho estoy aterrado.

Se quedaron en silencio unos segundos, pero no era un silencio incómodo, era de esos que pesan porque ninguno quiere ceder, porque ninguno quiere ser el primero en apartarse del todo.

Drew gimió detrás.

—Maisie… me voy a caer…

Maisie ajustó el agarre sin dejar de mirar al frente.

—No te vas a caer. Agárrate mejor.

—No puedo, tengo frío…

—Pues aprieta más los músculos para no notarlo.

El guerrero intervino sin mirarlas.

—Podemos parar en un rato.

Maisie giró la cabeza hacia él, desconfiada.

—¿Y por qué ibas a hacer eso?

—Porque no me interesa que se muera antes de llegar.

—Qué considerado.

—Lo justo.

Maisie lo observó un momento.

—Sigues sin decirme tu nombre.

—No me lo has preguntado bien.

—No pienso pedírtelo.

—Entonces te quedarás con la duda.

—Puedo vivir con eso.

—No tiene pinta.

Maisie bufó.

—Eres insoportable.

—Y tú hablas demasiado para alguien en tu situación.

—Y tú demasiado poco para alguien que cree que tiene el control.

Eso le hizo girar ligeramente el rostro hacia ella.

—¿Y no lo tengo?

Maisie lo miró de arriba abajo.

Otra vez.

Maldita sea.

Sí que lo tiene…

Se volvió a golpear la cabeza.

—Esto es ridículo.

—Empiezo a pensar que sí —dijo él.

—No por lo que crees.

—Entonces explícate.

—No.

—Cobarde.

Maisie sonrió sin humor.

—Prueba a soltarme y verás lo cobarde que soy.

—No creo que salga ganando si lo hago.

—Por fin dices algo inteligente.

Él dejó escapar otra risa por lo bajo, casi imperceptible, pero ahí estaba, y eso la irritó aún más porque no parecía burlarse, parecía, disfrutar.

Y eso era peor.

El camino siguió y su ritmo era constante, el bosque se abría poco a poco hacia terrenos más conocidos para ellos y más ajenos para las hermanas, y aunque nadie lo dijo en voz alta, la realidad era clara: estaban cada vez más lejos de Graham, más dentro de territorio enemigo, más expuestas.

Maisie lo sabía.

Elena también.

Drew solo intentaba no morir.

Y aun así, sabiendo todo aquello, Maisie no podía evitarlo. Y sin querer volvía a mirarlo a cada poco.

Y cada vez que lo hacía, pensamientos impropios se le pasaban por la mente, y de nuevo, se golpeaba la cabeza.

—De verdad —murmuró para sí—. Tiene que ser el hambre.

—¿El qué? —preguntó él.

—Nada.

—No ha sonado a nada.

—Pues acostúmbrate.

—No pienso hacerlo.

Maisie suspiró.

—Entonces te espera un camino largo.

—No me importa.

—A mí tampoco.

Capítulo 11

—Bienvenidas —murmuró uno de los hombres—. Intentad no hacer nada estúpido si apreciáis la vida.

—Eso va a depender de vosotros —respondió Elena sin mirarlo.

Maisie no dijo nada, pero cuando cruzaron el portón y el sonido de los cascos retumbó contra la piedra, sintió algo distinto, una presión en el pecho que no era miedo del todo, era incomodidad, como si el mundo se cerrara un poco más a su alrededor. Y entonces el caballo se detuvo.

—Baja —dijo él.

Maisie ni se movió.

—Puedo hacerlo sola.

—No lo dudo.

Y aun así, antes de que pudiera reaccionar, Él ya la había agarrado de su cintura para ayudarla a descender. Una mano segura, demasiado cercana, y durante ese instante en el que sus cuerpos quedaron casi pegados, Maisie sintió el calor de él atravesando la tela de sus ropas, la diferencia de tamaño, la facilidad con la que podría levantarla sin esfuerzo, y su cuerpo reaccionó antes que su cabeza, poniéndose rígido, quedándose quieto un segundo más de lo que era necesario.

No.

Se apartó de golpe.

—No vuelvas a tocarme así.

—¿Así cómo? —preguntó él, sin moverse, observándola.

—Como si pudieras.

—Puedo, ya lo has visto.

—No deberías hacerlo.

Él inclinó ligeramente la cabeza.

—¿Por qué si lo hago me vas a…?

Maisie apretó los dientes.

Es grande…

Se dio un golpe seco en la sien con los dedos.

—Deja de hacer eso —dijo él.

—¿El qué?

—Eso, golpearte.

—No es asunto tuyo.

—Empiezo a pensar que sí.

—No.

Él no respondió, pero su mirada no se apartó, y eso la irritó aún más.

—Muévete —gruñó uno de los otros hombres, empujando ligeramente a Elena para que avanzara.

Elena no reaccionó, pero Maisie sí giró la cabeza.

—Vuelve a tocarla y te quedas sin mano.

—Cuidado, pequeña —respondió el hombre con una sonrisa —. Aquí no decides tú.

—Tú vuelve a hacerlo y verás qué ocurre.

—Ya veremos —respondió él.

Las hicieron avanzar por el patio hasta el interior, cruzando pasillos de piedra fría donde las miradas se acumulaban curiosas, desconfiadas, algunas directamente hostiles, hasta que las detuvieron en una sala amplia donde un hombre mayor las esperaba de pie, con los brazos a la espalda, la postura rígida de alguien acostumbrado a ser obedecido. No llevaba corona ni trono, pero no hacía falta, bastaba con cómo todos guardaban silencio al entrar.

—¿Qué traéis? —preguntó sin preámbulos.

—Tres mujeres —respondió uno de los guerreros—. Las encontramos en el bosque.

—¿Y por qué las traéis aquí?

—Porque son tres Fraser —añadió el que había estado junto a Maisie—. Han huido de los MacKinnon.

Eso sí cambió algo.

El hombre mayor entrecerró los ojos.

—¿MacKinnon? ¿Has dicho MacKinnon?

Elena habló antes de que nadie más pudiera hacerlo.

—Nos tenían prisioneras.

—¿Quiénes sois? —preguntó él, ahora mirándolas con más atención.

Elena dudó un segundo.

Maisie la miró.

Y entonces Elena respondió.

—Como bien os han dicho, somos Fraser, hijas de Ronald Fraser y sobrinas de Percival Fraser.

Aquel nombre hizo que todos reaccionasen.

El hombre dio un paso al frente.

—Repite eso.

—¿Qué? Somos Fraser y ellos son… o eran, nuestra familia.

Esta vez no hubo duda.

Y la reacción fue inmediata.

—Maldita sea… —murmuró aquel hombre, pasando una mano por su barba—. ¿Sabéis lo que significa eso?

—Tranquilo padre —dijo uno de ellos.

—Significa —replicó él, ignorando el tono— que son un problema.

El guerrero junto a Maisie habló.

—Mi señor, estaban solas cuando las encontramos.

—Eso da igual —cortó el hombre—. Si eran prisioneras de los MacKinnon, y ahora están aquí… esto puede interpretarse como un robo.

—¿Un robo? —repitió Maisie, incrédula—. ¿Nos estáis llamando mercancía?

El hombre la miró.

—En tiempos como estos, muchacha, todo lo es.

Maisie dio un paso adelante.

—Pues devolvednos si es lo que deseáis.

El guerrero a su lado le agarró el brazo antes de que avanzara más.

—Basta.

Ella se giró hacia él, furiosa.

—Suéltame.

—No.

—He dicho que me sueltes.

—Y yo que no.

Sus miradas chocaron.

Maldita sea…

Se apartó bruscamente.

—Haz lo que quieras.

El hombre mayor volvió a hablar.

—No podemos quedarnos con ellas.

—Si ellos las buscan están muertas —dijo uno—. Los MacKinnon acabarán encontrándolas.

—Eso no es asunto nuestro —respondió—. Lo que sí es asunto nuestro es evitar una guerra.

Se hizo un silencio incómodo.

—Las devolveremos donde estaban —decidió al fin—. Donde estaban o mejor aún, a manos de ellos.

Elena tensó el cuerpo.

—¡No!

—Eso díselo a los MacKinnon —replicó él—. Porque si creen que les hemos quitado algo suyo… vendrán a por nosotros.

Maisie murmuró, seca:

—Que vengan. ¿O acaso les teméis?

El hombre la miró con dureza.

—Tú no entiendes lo que estás diciendo.

—Lo entiendo perfectamente.

—No —respondió él—. No lo haces.

Y entonces miró al guerrero que la había estado sujetando.

—Vigílalas. No quiero problemas hasta que decidamos cómo entregarlas.

—Sí, mi señor.

—Qué bien… de unas manos a otras… como si no importásemos nada.

El guerrero la miró de lado.

—A mí sí me importáis.

—No te creo —respondió ella—. No te importamos sino no nos entregaríais tan fácilmente.

Capítulo 12

Las llevaron a la torre, como si ya hubieran decidido que no merecían más atención de la necesaria, subiendo por una escalera estrecha de piedra que olía a humedad y encierro, con dos hombres delante y uno detrás vigilando cada paso. Drew apenas podía sostenerse, tropezando más de una vez, y si no cayó fue porque Maisie no soltó su mano en ningún momento, tirando de ella con más fuerza de la que parecía tener, mientras Elena caminaba delante, erguida, contando mentalmente puertas, giros, distancias, cualquier cosa que pudiera servirles después.

Cuando llegaron arriba, una puerta de madera pequeña se abrió con un chirrido desagradable y las empujaron dentro sin cuidado, el golpe resonó en las paredes desnudas antes de que el cerrojo cayera desde fuera con un sonido angustioso. Durante unos segundos nadie dijo nada, solo se escuchaba la respiración entrecortada de Drew y el eco lejano de pasos alejándose.

—Estamos encerradas —murmuró Drew, como si necesitara decirlo en voz alta para creerlo—. Otra vez… otra vez…

—Deja de repetirlo —le cortó Elena, girándose hacia ella—. No nos ayuda.

Drew se dejó caer contra la pared, encogida.

—Nos van a devolver… nos van a matar… no puedo más…

Maisie soltó el aire con cansancio y la miró.

—Si sigues diciendo eso acabarás creyéndolo del todo.

—Porque es verdad —sollozó Drew.

—No lo es —respondió Maisie, más seca de lo que pretendía —. Y aunque lo fuera, no vamos a quedarnos esperando.

Elena las observó a ambas, seria.

—Habla claro, Maisie.

Maisie dudó un segundo.

—El guerrero… el que iba a mi lado todo el tiempo… —empezó.

Elena ya fruncía el ceño.

—¿Qué pasa con él?

—Antes de entrar —continuó Maisie— me ha dicho que confíe en él.

—¿Cómo dices? —preguntó Elena, despacio.

—Que no llame la atención, que esperemos, que nos sacará de aquí.

Drew alzó la cabeza de golpe, con los ojos llenos de esperanza desesperada.

—¿De verdad? ¿Lo ha dicho? ¿Nos va a ayudar?

Elena no reaccionó igual.

Al contrario.

—¿Y tú le has creído?

Maisie sostuvo su mirada.

—No lo sé.

—Eso es un no —replicó Elena.

—No necesariamente.

—Maisie —su voz bajó—. Estamos aquí por culpa de un error que hemos cometido, ese fuego nos ha traído directas. No podemos permitirnos otro.

—Lo sé.

—Entonces explícame por qué confiarías en un hombre que nos ha traído hasta aquí.

Maisie apretó los labios un segundo.

—Porque no es como los otros.

Elena soltó una risa breve.

—Claro. Nunca lo son.

—No, escúchame —insistió Maisie, dando un paso hacia ella —. No ha sido brusco, no ha intentado nada, no ha hablado como ellos… no nos ha tratado como si fuéramos... —No le salió nada más.

—¿Eso? —repitió Elena—. ¿Prisioneras? ¿Botín? ¿Problemas?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé —respondió Elena—. Y también sé que eso no significa nada.

Drew intervino, temblorosa.

—Pero… y si de verdad quiere ayudarnos…

—Todo el mundo quiere algo a cambio cuando te ayuda —la cortó Elena—. Nadie hace nada por nada.

Maisie negó, frustrada.

—No parecía eso.

—Parecía —repitió Elena—. Y esa es la palabra importante.

Maisie apartó la mirada un segundo, pasando una mano por su frente.

Se dio un golpe en la cabeza corrigiendo un pensamiento hacia él.

—¿Qué haces? —preguntó Elena.

—Nada.

—Te estás pegando otra vez. No has dejado de hacerlo en todo el camino.

—Sí.

—¿Por qué?

Maisie bufó.

—Porque claramente no estoy pensando bien.

Elena la observó con más atención.

—¿Qué significa eso?

Maisie dudó.

Y luego habló, más bajo. Como si no quisiera que la escuchasen decirlo.

—Significa que mi cabeza cree que es buena idea confiar en él, y eso no tiene ningún sentido.

Elena cruzó los brazos.

—Por fin algo en lo que estamos de acuerdo.

Drew miró de una a otra, perdida.

—Pero, ¿y si sí quiere ayudarnos?

Maisie suspiró.

—Entonces lo hará aunque no confiemos.

—¿Y si no?

—Entonces da igual lo que hagamos.

Elena asintió lentamente.

—Exacto.

Maisie volvió a mirarla.

—Pero tampoco perdemos nada estando atentas.

—Perdemos la vida si nos equivocamos —respondió Elena.

—La perderemos igual si no hacemos nada.

Eso hizo que Elena se quedara en silencio.

—¿Qué propones? —preguntó al fin.

Maisie se encogió ligeramente de hombros.

—Esperar, observar, no llamar la atención… justo lo que ha dicho.

Elena entrecerró los ojos.

—Ya estás confiando.

—No —negó Maisie—. Estoy aprovechando una posible opción para sobrevivir.

—Que viene de un enemigo.

—Que podría no serlo tanto.

Elena negó despacio.

—Eso es exactamente lo que quiero evitar que pienses.

Maisie miró a su hermana mayor, de la que lo había aprendido todo.

—No soy idiota.

—No —respondió Elena—. Pero eres impulsiva.

Maisie sonrió de lado.

—Eso te suena, ¿verdad? —Maisie la miró más atenta.

Eso casi le arrancó una media sonrisa a Elena.

—No juegues con esto.

—No lo hago.

—Más te vale.

Drew se acercó un poco más a ellas, buscando contacto.

—Tengo miedo…

Maisie le pasó un brazo por los hombros.

—Lo sé.

—¿Y si vienen?

—Vendrán —respondió Elena.

Maisie añadió, en voz más baja:

—Solo nos queda esperar a que no me haya engañado.

—Eso es lo que más me preocupa. Porque si nos ayuda después buscará la manera de cobrárselo.

Y Maisie no respondió porque en el fondo sabía que en sus palabras probablemente había algo de verdad.

Capítulo 13

La noche cayó sobre la torre, sin luna clara que aliviara la oscuridad, solo el frío filtrándose entre las piedras y el silencio interrumpido de vez en cuando por algún paso lejano o el crujido de la madera en el castillo. Drew se había quedado dormida por puro agotamiento, encogida contra la pared, respirando de forma irregular, mientras Elena permanecía sentada, despierta, con la espalda recta y la mirada fija en la puerta como si esperara que en cualquier momento alguien entrara a terminar lo que habían dejado pendiente. Maisie, en cambio, no lograba quedarse quieta, caminando de un lado a otro, repasando una y otra vez las palabras del guerrero, ese susurro que no debería haber significado nada y que, sin embargo, se le había quedado clavado como una espina.

Confía en mí.

Se detuvo.

Se golpeó suavemente la frente de nuevo.

—Estúpida.

Elena la miró de reojo.

—Si vas a seguir haciendo eso, al menos hazlo más fuerte.

—No estoy de humor.

—Nunca lo estás.

Maisie iba a responder cuando el sonido del cerrojo las dejó a ambas en silencio. Fue leve, casi imperceptible, pero suficiente. Elena se puso en pie de inmediato, tensa, mientras Maisie giraba el cuerpo hacia la puerta sin moverse del sitio.

La madera se abrió despacio.

Y él entró.

Cerró tras de sí sin hacer ruido, como si conociera bien aquel lugar, como si no fuera la primera vez que lo hacía. Durante un segundo nadie habló. Sus ojos se adaptaron a la oscuridad, encontrándolas, deteniéndose en Maisie como si las otras dos no existiesen.

—No deberías estar aquí —dijo Elena, adelantándose un paso.

—Lo sé —respondió él en voz baja—. Pero estoy y deberíais de estar agradecidas.

Maisie cruzó los brazos.

—¿Has venido a comprobar si seguimos vivas o a terminar el trabajo?

Él no respondió de inmediato. Dio un paso hacia ellas, luego otro, lo justo para que la luz tenue que se filtraba por la pequeña ventana marcara mejor su rostro.

—He venido a deciros que no es el momento.

Maisie entrecerró los ojos.

—¿Para qué?

—Para sacaros de aquí.

Elena soltó una risa sin humor.

—Qué conveniente.

—Es la verdad.

—No —replicó Maisie, dando un paso hacia él—. Es una excusa.

Sus miradas chocaron.

—No lo es.

—Claro que lo es —insistió ella—. Nos dices que confiemos, nos traes aquí, nos encierran y ahora vienes a decirnos que esperemos. Suena mucho a mentira.

Él la observó en silencio.

—Llámalo como quieras.

—Lo llamo exactamente lo que es —respondió Maisie—. Mentira.

El aire se volvió irrespirable.

Pero él no se enfadó.

Al contrario.

Pareció pensarlo un segundo.

—Puede que tengas razón.

Eso la desconcertó un instante.

—¿Perdona?

—Puede que no tengas motivos para creerme —añadió—. Pero eso no cambia lo que voy a hacer.

Maisie lo miró con más atención.

—¿Y qué vas a hacer exactamente?

—Ayudarte.

—¿Por qué?

Se hizo un silencio breve. Después él dio un paso más.

—No lo sé.

Maisie frunció el ceño.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Porque no tiene sentido —respondió él, más bajo—. No os conozco… no os debo nada… y aun así… —negó levemente con la cabeza—. Aun así no puedo dejaros aquí.

Elena intervino, cortante.

—Eso no te hace mejor persona, pues si no nos hubieseis capturado no estaríamos aquí.

Él ni siquiera la miró.

—¿Cómo te llamas?

La pregunta fue para Maisie.

—Maisie.

El nombre salió más suave de lo que pretendía.

Él lo repitió en un susurro grave.

—Maisie…

Y algo en cómo lo dijo la recorrió por dentro. Como si ese nombre no fuera suyo hasta ese momento.

No.

Se puso rígida.

—Y ahora que ya sabes mi nombre —dijo, recuperando dureza—, ¿no vas a decirnos el tuyo?

Él mantuvo la mirada.

—Ewan.

El nombre encajaba demasiado bien con él.

—Ewan… —repitió ella, probándolo—. Bien. Ya puedo saber a quién matar si esto sale mal. O mejor dicho, como se llama el hombre al que mataré.

Él dio medio paso más.

—Lo tendré en cuenta.

Estaban demasiado cerca. Lo sabían los dos. La voz de él bajó aún más.

—Confía en mí.

—No.

—Hazlo.

—No.

—Solo un poco.

Maisie tragó saliva.

—No tienes derecho a pedirme eso.

—Y aun así lo hago, por algo será.

El aire entre ellos se volvió más denso, más lento, como si todo lo demás hubiera desaparecido, y cuando él alzó la mano, despacio, como si le estuviese dando tiempo a apartarse, Maisie no lo hizo. Sus dedos rozaron su rostro, y ese contacto mínimo fue suficiente para que el pulso se le acelerara sin control.

¿Qué estás haciendo…?

Él se inclinó un poco.

Ella no se movió.

Sus respiraciones se mezclaron.

Sus miradas bajaron primero a la boca, después a los ojos, y por última vez de nuevo a la boca.

No debería…

Pero no se apartó.

Y cuando él terminó de acortar la distancia…

—¡Apártate de ella!

El empujón fue seco.

Elena se interpuso entre ambos, apartándolo con fuerza.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —escupió—. ¿Aprovecharte de una niña?

Maisie reaccionó al instante.

—No soy una niña.

—Lo eres comparada con él —replicó Elena—. Y él lo sabe.

Ewan dio un paso atrás, pero no respondió.

Maisie se giró hacia su hermana, molesta.

—No hables por mí.

—Alguien tiene que hacerlo —respondió Elena—. Porque tú claramente no estás pensando como esperaba.

—Estoy pensando perfectamente.

—No —negó Elena—. Estás dejándote llevar.

Eso la encendió.

—¿Y tú no lo haces? —atacó Maisie.

Elena se quedó quieta.

—¿De qué estás hablando?

—De él —respondió Maisie sin bajar la voz—. Del MacKinnon.

—Cuidado con lo que dices.

—No —negó Maisie—. Ya está bien. ¿Te crees que no me di cuenta? Cómo lo mirabas… cómo él te miraba. Solo tienes tres años más que yo.

—No sabes nada.

—Sé lo suficiente —replicó Maisie—. Está prometido. Y aun así te acercaste a él. ¿Y sabes lo que pasó? Que su prometida nos vio a todas como una amenaza. Y fue cuando todo empezó a ponerse feo.

Drew se removió en el suelo, medio despierta.

—¿Qué…?

Pero nadie le prestó atención.

—Por tu culpa —continuó Maisie— casi acabamos colgadas.

Elena apretó la mandíbula.

—Eso no es justo.

—No, claro que no lo es —respondió Maisie—. Pero es la verdad.

Ewan observaba en silencio sin intervenir.

—Y ahora vienes tú —añadió Maisie, señalando a Ewan y mirando a Elena— a decirme que no confíe en nadie… cuando tú hiciste exactamente lo mismo.

Elena dio un paso hacia ella.

—No compares las cosas.

—¿Por qué no? —replicó Maisie—. ¿Porque tú puedes cometer errores y yo no?

—Porque yo sabía en qué me metía.

Maisie soltó una risa corta.

—Claro. Se te veía muy segura.

La respuesta fue justo a golpearla

Elena se quedó en silencio.

Maisie respiraba más rápido de lo que quería.

—No vuelvas a llamarme niña —añadió, más bajo—. Porque no lo soy.

Ewan habló al fin.

—Discutid lo que queráis… pero hacedlo en voz baja.

Ambas lo miraron.

—Si queréis salir de aquí —añadió— vais a tener que confiar en alguien —dijo señalándose.

Maisie sostuvo su mirada.

—Eso está por ver.

Pero ya no sonaba igual.

Y ese era el verdadero problema.

Ewan les dijo que esperaran despiertas que regresaría con ayuda, y se marchó.

La noche avanzaba lenta, como si el propio castillo vigilara cada respiración dentro de la torre, y cuando el cerrojo volvió a sonar horas después, ya no hubo sorpresa, y cuando la puerta se abrió lo justo para que Ewan se deslizara dentro acompañado de otro hombre más bajo, más ancho, con una expresión claramente incómoda, cerrando tras ellos con cuidado mientras murmuraba en voz baja que aquello era una locura y que si los descubrían no habría excusa que los salvara. Maisie ya estaba en pie antes de que dijeran una sola palabra, como si lo hubiera estado esperando aunque se negara a admitirlo, y notó de inmediato cómo su pulso se aceleraba al verlo, algo que la irritó tanto como la confundió, porque no quería reaccionar así, no con él, no en ese lugar.

—Es la hora —dijo Ewan sin rodeos—. No tenemos mucho tiempo.

Elena no se movió.

—¿Y por qué deberíamos creerte ahora? Antes dijiste que no era el momento.

El otro hombre bufó.

—Porque si no salís ahora, no salís —dijo—. Y creedme, no todos aquí son tan… —miró a Ewan de reojo— idiotas.

—Calla —gruñó Ewan.

Maisie dio un paso al frente.

—¿Qué cambia ahora?

Ewan la miró directamente.

—El cambio de guardia. Tenemos unos minutos.

—¿Y después?

—Después ya veremos.

Elena seguía sin fiarse.

—Esto huele a trampa.

—Todo huele a trampa aquí —respondió el otro hombre—. La diferencia es que esta vez podéis elegir. Quedaros o salir.

Drew se incorporó torpemente, con miedo en los ojos.

—¿Nos vamos…?

Maisie le apretó la mano.

—Sí. Ahora.

Elena dudó un segundo más, pero al final asintió, porque quedarse no era una opción, y eso lo sabían todas.

—Bien —dijo—. Pero si esto sale mal…

—Lo sé —cortó Ewan.

No hacía falta terminar la frase.

Salieron en silencio, bajando por la escalera con cuidado, con cada paso medido, cada sombra vigilada, el eco de sus propios movimientos parecían demasiado fuertes en aquella calma, y Maisie caminaba cerca de Ewan, notando su presencia sin querer hacerlo, odiando que su mente volviera a fijarse en detalles que no importaban, en cómo se movía, en lo fácil que parecía para él, en lo sólido que era todo en él. Y en su espalda ancha…

Concéntrate.

Se dio un pequeño golpe en la cabeza mientras bajaba.

Él lo vio.

—Otra vez —murmuró.

—Cállate.

—No es el momento de distraerte.

—No estoy distraída.

—Claro.

Llegaron al pasillo inferior y avanzaron pegados a la pared, cruzando una esquina alguien los descubrió.

—¿Qué hacéis?

La voz los congeló.

Un hombre salió de la penumbra, alto, armado, mirando directamente a Ewan con el ceño fruncido.

—No te corresponde este turno.

Ewan cerró los ojos, sabiendo que todo había terminado, o tenía que derribar a ese hombre, aunque no fuese lo que verdaderamente quería.

El compañero de Ewan maldijo por lo bajo.

—Sigue andando —susurró.

Ewan sin apartar la mirada le agradeció.

Pero el verdadero problema venía después.

—Ni un paso más —ordenó otro guardia, avanzando—. ¿Qué está pasando aquí?

Maisie sintió cómo todo se detenía.

Elena se bloqueó.

Drew empezó a temblar.

El hombre dio otro paso.

—Ewan.

Ese fue el error.

Porque al pronunciar su nombre, le dio tiempo. El movimiento fue rápido, el choque de acero resonó en el pasillo cuando Ewan desenvainó y bloqueó el ataque del otro antes de que pudiera reaccionar del todo, empujándolo hacia atrás contra la pared, y aunque el guardia no era débil, la sorpresa jugó a su favor.

—Llévalas —ordenó Ewan a su amigo sin girarse.

—¡Te van a matar por esto! —gruñó su compañero, pero aun así obedeció, empujando a las hermanas hacia el otro lado del pasillo.

Maisie miró atrás.

Ewan seguía peleando.

Maldita sea…

—¡Muévete! —le espetó el otro guerrero.

Corrieron. Bajaron otro tramo, cruzaron un patio interior casi vacío, el frío les golpeó de lleno, el sonido metálico de la lucha aún resonaba a lo lejos, y Maisie no podía dejar de pensar en él, en si saldría de esa, en si todo aquello tenía algún sentido, en por qué le importaba.

No debería importarme.

Se volvió a golpear la cabeza.

—Te vas a quedar sin ideas a base de golpes —murmuró el hombre que las guiaba.

—Ya voy justa de ellas.

Llegaron a una puerta lateral.

El guerrero la abrió y justo frente a ellos, estaba el bosque. Pero antes de cruzarla, Maisie se giró una vez más esperando que Ewan apareciera. Y a lo lejos, una figura grande se veía, apoyándose en las paredes de piedra, como si necesitase ayuda, respirando agitado.

—Hay que ayudarle —dijo ella.

—No sabemos quién es, puede ser cualquiera —dijo Elena.

Y de pronto la figura de Ewan cobró nitidez en la sombra. Tenía un corte leve en el brazo.

Sus miradas se encontraron, y Maisie sonrió.

—Vamos —dijo él.

Salieron. Corrieron entre los árboles sin detenerse hasta que el castillo desapareció por completo tras ellos, el silencio del bosque sustituyó al del encierro, pero ninguno se sentía a salvo todavía.

Se detuvieron cuando habían pasado cerca de dos horas caminando, Drew ya no podía más. Maisie respiraba rápido, el pecho le subía y le bajaba mientras miraba a Ewan, comprobando sin querer que estaba bien.

Él la miró también.

Deja de mirarlo así.

Apartó la vista obligada por su subconsciente.

El otro hombre resopló.

—Esto ha sido la peor idea que has tenido nunca.

—Probablemente —respondió Ewan.

—Y mira que has tenido malas.

El hombre se giró hacia ellas entonces, estudiándolas.

—Hay algo que no entiendo.

Ewan lo miró, ya sabiendo por dónde iba.

—Déjalo.

—No —insistió el otro—. Quiero saberlo.

Elena dio un paso adelante.

—Pregunta.

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Por qué las ayudas? —preguntó—. Y algo también importante, ¿qué tienen los Fraser para que los MacKinnon os reclamen?

Ewan negó levemente, como advirtiendo.

Pero Elena decidió hablar.

—No importa —dijo al principio.

Pero luego añadió, mirándolo directamente:

—O quizá sí.

Maisie la miró.

—Elena…

Pero ella ya había tomado la decisión.

—Te lo contaré.

Y en ese momento Elena que miró a todos uno por uno comenzó a hablar.

Capítulo 14

Durante unos instantes ninguno dijo nada, como si todos entendieran que lo que iba a pronunciarse a continuación cambiaría algo más que su destino inmediato. Elena permanecía de pie, firme pese al cansancio, con la barbilla ligeramente alzada, mientras Drew se aferraba a Maisie como si el mundo pudiera romperse en cualquier momento, y Maisie… Maisie no podía dejar de mirar a Ewan de reojo, comprobando que seguía allí, que no se había marchado tras escuchar lo suficiente como para salir corriendo, lo cual habría sido lo más sensato.

—Habla —dijo el otro hombre, cruzándose de brazos—. Ya que hemos llegado hasta aquí, quiero saber en qué infierno nos hemos metido.

Ewan negó levemente, en silencio.

Elena lo vio, pero decidió ignorarlo.

—Nuestra familia no era una familia cualquiera —empezó—. Los Fraser no éramos campesinos ni gente sin nombre. Teníamos tierras. Muchas. Y no cualquier tierras… las que rodean el bosque que bordea el castillo de los MacKinnon eran todas nuestras.

El compañero de Ewan soltó una risa de incredulidad.

—Claro.

Elena continuó sin apartar la mirada de él.

—Durante años hubo tensiones. Disputas. Pero llegó un momento en que dejaron de ser palabras. Un clan mayor en número decidió arrebatarnos lo que era nuestro.

—Los MacKinnon —murmuró el guerrero.

—MacKinnon —confirmó Elena.

Maisie observó cómo Ewan bajaba la mirada un instante, como si encajara piezas que ya sospechaba.

—No nos rendimos —siguió Elena—. Mi padre no lo hizo jamás. Ninguno de los nuestros lo hizo. Y murieron muchos… demasiados tal vez. Pero no cedieron. Lucharon hasta el final.

Drew cerró los ojos, apretando la mano de Maisie.

—Mi padre cayó en esa guerra —añadió Elena, ahora con un tono de voz más bajo. —. A manos de un MacKinnon.

—Después de eso —continuó— mi madre nos mantuvo con vida. Ella… y el hermano de mi padre. Nuestro tío. Él fue quien nos protegió, quien evitó que desapareciéramos del todo.

Maisie notó cómo la voz de su hermana cambiaba ligeramente.

—Hasta que desapareció —dijo.

El otro hombre frunció el ceño.

—¿Desapareció?

—Sin rastro —respondió Elena—. Un día estaba, y al siguiente no. Ninguna señal. Nada.

—¿Y creéis que…?

—Que fueron los MacKinnon —terminó Elena—. Sí.

Ewan pasó una mano por su nuca, respirando hondo.

—Esto es peor de lo que pensaba —murmuró.

—¿Peor? —replicó su compañero, girándose hacia él y agarrándolo por la ropa con brusquedad—. ¡Esto es un suicidio! ¿Sabes lo que significa ayudar a unas Fraser? ¿Sabes lo que harán cuando se enteren?

—Lo sé.

—No, no lo sabes —insistió el otro, zarandeándolo—. Nos matarán. A los dos. Y no será rápido, será doloroso.

—Callum —gruñó Ewan.

—¡No! —estalló—. ¡Míralas! ¡Míralas bien! Esto no es un favor, es condenarnos.

Maisie dio un paso al frente.

—Entonces vete.

Callum la miró.

—Créeme, lo estoy considerando.

—Hazlo —insistió ella—. Nadie te ha pedido que te quedes.

Ewan intervino.

—Basta.

Callum lo soltó, frustrado.

—No entiendes en qué te estás metiendo.

—Sí lo entiendo.

—Entonces compórtate como si quisieras seguir vivo.

En ese momento Maisie miró a Ewan.

—Ahora ya lo sabes todo —dijo—. Puedes marcharte.

Él la miró.

Y negó despacio.

—No.

Ese simple gesto hizo que algo dentro de ella se retorciera.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Ewan tardó un segundo en responder.

—Porque ahora menos que antes pienso dejaros sin protección. No sois culpables de nada, no deberían perseguiros. Necesitáis protección y yo seré quien os la dé.

Maisie frunció el ceño.

—Eso no tiene sentido.

—Lo sé.

—Entonces...

Él dio un paso hacia ella.

—No sé por qué, pero así será.

—¿Debes tener un motivo para arriesgar tanto?

—No sé.

Eso la dejó sin respuesta un instante.

—No tiene lógica —murmuró ella—. Nadie en su sano juicio moriría por desconocidos.

—Nada de esto la tiene —respondió él—. Y aun así estoy aquí, y no es mi intención marcharme.

Maisie lo miró, buscando algo que le diese una pista de que lo que decía era mentira, alguna duda en sus ojos, algo que le permitiera alejarse de él.

Pero no lo encontró.

—Eres un idiota, yo no creo que siguiera aquí por personas a las que no conozco —susurró.

—Probablemente tú no, pero yo sí.

—Está bien, entonces vas a ayudarnos.

—Sí.

—Pues solo podré darte las gracias —dijo ella al fin, bajando la voz.

Ewan sostuvo su mirada.

—No me lo agradezcas todavía. Hazlo cuando estéis a salvo.

—No va a ser fácil.

Callum bufó.

—Eres increíble y no es un cumplido. Uno intenta ayudar y a ti solo se te ocurre animar con pésimas frases…

Pero nadie le hizo caso.

Elena observaba la escena en silencio.

—Maisie… —pronunció.

—No —la cortó ella sin mirarla—. Ahora no.

Ewan intervino.

—Tenemos que movernos.

—¿A dónde? —preguntó Maisie.

—A un lugar donde no nos encuentren tan fácilmente.

Callum negó.

—Esto es una locura…

—Entonces vete —repitió Ewan.

—Quizá lo haga. Pero para salir de aquí me necesitas.

Capítulo 15

Caminaron un poco más de tiempo, hasta encontrar un claro más protegido entre rocas y árboles densos, donde el viento apenas entraba y el sonido del bosque quedaba amortiguado. Drew se quedó dormida casi al instante de detenerse, la pobre estaba agotada, y Elena se mantuvo alerta, sentada cerca de ella, mientras Maisie se apartaba un poco sin darse cuenta, como si necesitara aire, espacio, o quizá solo distancia.

Ewan no tardó en acercarse a ella.

—No deberías alejarte tanto —dijo Ewan a su espalda.

Maisie no se giró.

—Necesitaba pensar.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Sí.

—¿Cuál?

Se volvió entonces y se quedó mirándole a sus ojos oscuros por varios segundos antes de responderle.

—Que no debería confiar en ti.

Ewan asintió levemente.

—Es una buena conclusión. Pero no creo que sea la más conveniente en tu situación.

—Reconozco que no me gusta.

Eso lo hizo detenerse.

—¿Qué te gustaría entonces?

Maisie dudó un segundo antes de responder. Pensó que quizá era demasiado atrevida.

—La que dice que no te vas a ir nunca. Que no nos abandonarás cuando las cosas se pongan feas.

Ewan la observó en silencio.

—No lo haré.

—¿Por qué no puedo creerte? —insistió ella.

Él dio un paso para estar más cerca.

—Porque no puedo alejarme de ti con esa facilidad con la que tú hablas.

El aire sopló suavemente y la piel de Maisie se erizó. Aunque tal vez ese no fue el motivo por el que sintió tal escalofrío.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única que tengo ahora mismo.

Maisie tragó saliva.

Está demasiado cerca…

—No te acerques tanto —le dijo ella.

—Podrías apartarte si quisieras.

—No quiero, pero tú no te acerques.

Ya era demasiado tarde, porque sus rostros estaban muy cerca, sus respiraciones se compartían.

—No sé qué me pasa contigo —murmuró él.

Eso la desarmó más que cualquier otra cosa.

—Pues averígualo lejos de mí.

—No puedo. Créeme que lo he intentado.

—Claro que puedes.

—Pues entonces será que no quiero.

Eso fue lo peor.

Maisie sintió cómo el pulso se le aceleraba.

—Eres un problema.

—Tú también para mí.

Se miraron, estaban demasiado cerca.

—Deberías alejarte —susurró ella.

—No voy a hacerlo, así que deja de pedírmelo.

—Ewan…

—Maisie…

Su nombre en su boca volvió a hacerle sentir algo dentro. Y justo cuando parecía que la distancia iba a desaparecer otra vez…

—Esto no va a acabar bien.

La voz de Callum les detuvo de golpe.

Maisie se apartó de inmediato.

Ewan giró el rostro para mirar a su amigo.

—¿Qué quieres?

Callum los miraba serio.

—Quiero seguir vivo y veo que no estás tan concentrado como deberías.

—Entonces vete, si te vas a quejar todo el tiempo, vete de una maldita vez.

—Lo voy a hacer, pero no solo, tú vendrás conmigo.

Eso hizo que Elena alzara la cabeza.

—¿Qué significa eso?

Callum la miró.

—Que necesito una forma de volver sin que me maten por traidor, y será llevándome a mi amigo, el que a mi parecer a perdido la cabeza por una mujer, ¿ya todos nos hemos dado cuenta, o seguimos ignorando como se miran? Así que cuando logre convencerle de que esto es una estupidez, me lo llevaré y diré que lo embrujaron. En realidad no es del todo mentira, porque eso es lo que hacen las mujeres como vosotras.

—¿Como nosotras? —preguntó Maisie.

—Sí, desesperadas, como ahora lo estáis vosotras.

Ewan ya sabía por dónde iba.

—No sigas hablando.

—Claro que voy a seguir.

—No lo harás.

—Lo haré si quiero.

Ewan se acercó a su amigo y lo empujó para que se alejase.

—Por mil demonios, nunca creí que a ti te ocurriría esto. ¿Has desobedecido la palabra de tu propio padre por una mujer?

Ewan abrió los ojos, hizo un intento de persuadir a su amigo, no deseaba que ellas supiesen que la mano del laird de los Campbell era su padre. Que aquel hombre que había decidido entregarlas a los MacKinnon era su padre.

Elena ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar, que lo habría hecho, cuando una flecha pasó rozando su hombro y la hirió levemente. Aquello hizo que cayese al suelo.

—¡Elena! —gritó Maisie.

Drew despertó sobresaltada.

—¿Qué ocurre?

—Lo siento —dijo Callum, sin mirarlas—. Pero necesito protegerme. Antes de salir del castillo con vosotros les dije a algunos hombres donde estaríamos.

Callum miró a Ewan.

—Eres su hijo, nunca te ahorcará, en cambio yo no soy nadie para él, debía protegerme.

Rápidamente alzó a Elena sin esfuerzo, cargándola sobre el caballo más cercano.

Ewan dio un paso.

—Callum…

—No me sigas, no es mi intención hacerle daño, solo la llevaré de regreso, ellos decidirán qué hacer.

—No hagas esto.

—Ya está decidido.

Maisie sintió el pánico subirle por el pecho.

—¡No te la lleves!

Callum la miró un segundo.

—Es esto o morir por vosotras.

—¡No tienes derecho!

—Nadie lo tiene —respondió él—. Pero es lo que más me conviene.

Espoleó el caballo y se fue.

El sonido de los cascos se perdió entre los árboles.

Maisie se quedó inmóvil.

—No… no… —Drew empezó a llorar.

—¡Se la ha llevado! ¡Se la ha llevado!

Maisie cerró los ojos un segundo y luego miró a Ewan.

—Vamos a recuperarla —dijo Ewan cogiendo su mano.

Capítulo 16

El silencio que dejó Callum tras desaparecer entre espesor del bosque no duró mucho, porque en cuanto el eco de los cascos se apagó, todo dentro de Maisie estalló a la vez, el miedo, la rabia, la culpa, y no esperó ni un segundo más para girarse hacia Ewan con los ojos encendidos.

—Vamos tras ellos. Ahora.

—Sabía que dirías eso.

—Entonces deja de hablar y muévete.

Drew seguía temblando, mirando en la dirección en la que se había llevado a Elena como si el mundo se hubiese ido con ella.

—No puedo… no puedo moverme —repetía.

Maisie se acercó, le sujetó la cara con ambas manos.

—Escúchame. Vas a quedarte aquí.

—¿Qué…? ¡No!

—Sí —insistió—. No puedes seguirnos. Te quedarás escondida, ¿me oyes? No te muevas hasta que volvamos.

—No quiero quedarme sola…

La voz se le rompió.

Maisie apretó los dientes.

—Es lo mejor para todos, tú no cometas la gran estupidez de encender un fuego como ya hiciste, escondete y espera. Eso ahora mismo es lo más importante para seguir con vida.

Ewan intervino, más calmado.

—Hay un hueco entre esas rocas —señaló—. Nadie la verá si no la buscan con escrutinio.

Drew negó con la cabeza, pero no tenía fuerzas para discutir.

Maisie la abrazó un segundo.

—Volveremos. Te lo prometo.

—Prométemelo de verdad…

—Te lo prometo.

La dejó allí, escondida entre raíces y piedras, encogida sobre sí misma, y cuando se separó, no miró atrás.

—Vamos —dijo.

Ewan ya tenía el caballo listo.

La ayudó a subir y esta vez Maisie no protestó cuando él montó detrás, porque no había espacio para orgullo, solo urgencia, y en cuanto el animal arrancó, el bosque empezó a moverse a su alrededor a toda velocidad.

El viento le golpeaba el rostro.

Es mi culpa.

Apretó los dientes.

—No digas eso, yo también me siento culpable, porque ha sido mi amigo quien me ha traicionado.

La voz de Ewan le llegó cerca del oído.

Maisie cerró los ojos un segundo.

—Confié en él.

—Yo también.

—Pero fui yo quien…

Maisie giró ligeramente el rostro.

—Si le pasa algo…

Ewan apretó más las riendas.

—No le pasará.

Siguieron el rastro sin dificultad, las marcas frescas en el barro les ayudaban, las ramas rotas, eran huellas claras de alguien que acababa de pasar por ahí, y eso solo confirmaba lo evidente: Iban a alcanzarlos.

—Va al castillo —murmuró Ewan.

—Entonces no llegaremos a tiempo.

—Intentaremos llegar antes.

Maisie no preguntó cómo.

Solo se aferró más fuerte a la crin del caballo.

Capítulo 17

Elena volvió en sí con un dolor punzante en la cabeza y el ardor de la herida que tenía en su hombro. El movimiento constante bajo su cuerpo, el sonido del caballo, el aire frío, hizo que tardase solo un segundo en entender lo que ocurría. Y enseguida recordó que nada más subir al caballo, Callum le había golpeado en la cabeza.

Intentó incorporarse sobre la silla del animal, pues la había recostado bocabajo. Callum la sujetó con fuerza.

—Ni lo intentes.

—Suéltame, maldito.

—No.

—He dicho que me sueltes.

Elena se lanzó hacia un lado sin pensarlo, intentando dejarse caer, pero la mano de él la atrapó con facilidad, tirando de ella hacia atrás con brusquedad.

—¿Te quieres matar?

—Prefiero eso a volver contigo.

—No vas a morir hoy —gruñó él—. Ni tú ni yo.

Elena forcejeó.

—No tienes derecho a elegir sobre mi vida.

—Nadie lo tiene —repitió él—. Pero para que yo viva tu vida a cambio me viene bien.

—Eres un cobarde.

—Soy un hombre que quiere seguir respirando.

Elena giró el rostro, furiosa.

—Les diré que es todo mentirá, que tú también nos ayudaste a huir, pero que ahora te arrepentiste. Ellos te verán como alguien

en el que jamás confiar, ¿podrás vivir así?

Callum no respondió. Y de inmediato los cascos de un caballo acercándose lo puso en alerta. Frunció el ceño, girando ligeramente la cabeza. Y entonces vio a lo lejos un hombre muy grande sobre un animal, y las ropas que ese hombre vestía tenía los colores de los MacKinnon.

Venía de frente, directo, y en cuanto sus ojos encontraron la figura de Elena sobre el caballo de otro hombre, no lo dudó ni un segundo. Reaccionó de manera inmediata, giró las riendas con violencia y lanzó al animal en su dirección como una tormenta desatada.

—Mierda —gruñó Callum.

No tuvo tiempo de girar su marcha.

Graham saltó de su caballo e impactó contra él con fuerza bruta, derribándolo en un golpe que los hizo rodar por el suelo entre tierra y hojas, mientras Elena, libre de repente, apenas logró mantenerse sobre el animal, agarrándose con fuerza antes de que se desbocara.

—¡Elena! —rugió Graham desde el suelo mientras peleaba con Callum.

Ella tiró de las riendas. El caballo se detuvo a unos metros antes de caer por un precipicio.

Graham y Callum se alzaron casi al mismo tiempo, el choque de cuerpos fue inmediato, puños, agarres, fuerza contra fuerza, dos hombres grandes, duros, golpeándose sin contenerse, porque no era solo una pelea.

—¡Apártate! —gruñó Graham.

—No es asunto tuyo —escupió Callum, lanzando un golpe.

Graham lo esquivó y respondió con otro más limpio que le hizo retroceder medio paso.

—Lo es si te llevas a una Fraser.

Callum sonrió, sangrando por el labio.

—Veo que vamos a luchar por lo mismo.

Volvieron a chocar.

Elena no pensó a la hora de tomar una decisión, su mirada cayó en el arco colgado todavía del caballo.

Lo cogió, cargó una flecha, tensó la cuerda, y acercó su rostro para apuntar como su tío le había enseñado. Respiró.

No falles, se dijo.

Y disparó.

El sonido atravesó el aire nada más soltar la cuerda. La flecha impactó en la espalda de Callum, quien se detuvo en seco, el cuerpo se arqueó levemente hacia delante antes de caer de rodillas, la respiración era errática mientras intentaba mirar hacia atrás, entendiendo cuando la vio con su arco que ella le había disparado.

Graham se apartó instintivamente, observándolo. Callum levantó la vista un segundo para mirar a Graham. Y luego cayó.

Cuando estaban a salvo, Elena soltó el arco, sus manos temblaban.

—Tenía que hacerlo —murmuró.

Graham la miró.

—Lo sé.

Elena se quedó inmóvil cerca del caballo mirando a Callum tirado sobre la hojarasca, viendo cómo su cuerpo cedía poco a poco hasta quedar sin fuerza, y no fue la primera vez que hacía daño para sobrevivir, pero sí la primera en la que sintió ese nudo en el pecho, esa mezcla amarga entre alivio y peso, porque sabía que no había tenido elección, y aun así dolía robar una vida.

—Tenía que hacerlo… —murmuró de nuevo.

Graham la estaba mirando.

Había algo distinto en sus ojos, algo más profundo, más silencioso, como si acabara de comprender algo que no esperaba.

—Lo sé —respondió él, con esa voz grave.

Elena soltó el arco, que cayó contra el suelo con un golpe sordo sin dejar de mirarlo, con la respiración aún agitada, el pulso algo nervioso, y durante un segundo ninguno dijo nada, solo se observaron, como si todo lo que había pasado hasta ese momento hubiese quedado entre ellos.

Y entonces ella dio un paso.

Y él también.

Cuando llegaron el uno al otro, el abrazo fue inmediato, fuerte, casi brusco, como si ambos necesitasen comprobar que el

otro seguía ahí, que era real, que no lo habían perdido también en medio de toda aquella locura, y Elena enterró el rostro contra su pecho, cerrando los ojos un instante, sintiendo su calor, su fuerza, su respiración aún acelerada. Se fundieron en un abrazo como antes jamás habían sentido.

—Pensé… —empezó, pero la voz se le quebró rápidamente.

Graham apretó más el abrazo, colocó su mano firme en su espalda, con la otra sujetaba como si no quisiera soltarla.

—No —murmuró cerca de su cabello—. Sigo aquí.

Durante ese breve instante no hubo clanes, ni guerra, ni sangre, solo dos personas que no deberían estar en esa situación, pero que lo estaban haciendo de todos modos.

Elena respiró hondo, aferrándose un segundo más antes de separarse, lo justo para mirarlo, y fue entonces cuando Graham llevó ambas manos a su rostro, sujetándolo con una intensidad que no dejaba dudas, sus manos se apoyaron en sus mejillas, obligándola a sostenerle la mirada.

—No deberías haber vuelto —susurró ella, aunque no sonó como un reproche.

—No podía no hacerlo.

—Siempre se tiene elección.

—Contigo no.

—No tiene sentido.

—Nada de esto lo tiene.

Y antes de que pudiera responder, antes de que pudiera levantar otra barrera, él se inclinó y la besó.

Un beso que llevaba dentro todo lo que aún no habían dicho, toda la tensión acumulada, la rabia, el miedo, el alivio de verla con vida, y Elena respondió sin dudar, agarrándose a él como si ese momento fuese lo único real en medio de todo lo demás, y durante unos segundos el mundo dejó de importar, dejó de existir incluso, porque no había nada más que ese contacto, ese calor, esa cercanía que quemaba y calmaba al mismo tiempo. Cuando se separaron, fue suficiente para respirar, sus frentes aún seguían juntas, el aliento se mezclaba entre ellos.

—Te he echado de menos —murmuró ella, sin pensar, sin protegerse.

Graham la miró como si esas palabras hubieran atravesado algo dentro de él.

—¿De verdad? Espero que sepas que te pones en peligro…

—Ya —respondió ella con una leve sonrisa cansada—. Pero es lo que siento.

Él no apartó las manos de su rostro.

—Yo tengo que decir que a mí me resultaría muy difícil… —empezó, y se detuvo un segundo, como si no estuviera acostumbrado a decir ese tipo de cosas— separarme de ti.

Elena parpadeó.

—¿Qué?

—No sé qué es esto —continuó él—. No me ha pasado antes. Con ninguna mujer.

—Eso es un problema para ambos, pero no puedo decir que no me alegre —susurró ella.

—Es más peligroso que enfrentarse a un clan, ya sabes que soy el hijo del laird, no me permitirán unirme jamás a una Fraser, seré perseguido el resto de mis días.

—Entonces, si nos alejamos, quiere decir que la manera de vivir en calma sería, regresar a tu castillo y continuar con tu compromiso —añadió, sosteniéndole la mirada—. Volver a tu vida de antes, con tu prometida.

Graham apretó ligeramente la mandíbula.

—Tiara.

—Sí —respondió Elena, sin suavizarlo—. Tiara.

—No creo que eso vaya a ser posible —dijo él al fin.

Elena frunció el ceño.

—¿Por qué?

Graham bajó apenas la voz.

—Porque después de lo que he hecho, tengo a todo mi clan en contra. Aunque decidiese alejarme de ti, jamás me perdonarían como he actuado.

El sonido de otro caballo acercándose rompió la conversación.

Eran Ewan y Maisie.

El caballo se detuvo en seco al verlos, y Maisie prácticamente saltó al suelo antes de que se detuviera del todo el paso, corriendo hacia Elena sin pensar.

—¡Elena!

La abrazó con fuerza.

—Lo siento… lo siento… fue mi culpa, por confiar en ellos.

—Eh —murmuró—. Mírame.

Maisie levantó el rostro.

—No es culpa tuya.

—Sí lo es…

—No —repitió Elena—. Estamos vivas. Eso es lo único que importa ahora. ¿Dónde está Drew?

Maisie respiró temblando.

—Drew se quedó escondida.

Elena frunció el ceño.

—¿Dónde está?

Maisie tragó saliva.

—La dejamos escondida entre rocas, no podía seguirnos, ya sabes cómo es ella…

Capítulo 18

Cuando llegaron al escondite, el mundo volvió a detenerse para Elena y Maisie, porque en el hueco donde la habían dejado, Drew no estaba.

Maisie fue la primera en asomarse, apartando ramas con desesperación.

—No… no, no… Drew…

Elena recorrió el lugar con la mirada.

—No se ha ido por su cuenta, ella nunca se alejaría de aquí.

—No —respondió Maisie con un hilo de voz—. No lo haría… jamás… sabemos que no.

Ewan se agachó, tocando el suelo, observando las marcas.

—No parece que haya habido forcejeo —murmuró.

Graham se acercó un poco más, analizando también el terreno.

—Pero hay huellas.

Elena se giró hacia él.

—¿Qué significa eso?

Ewan se levantó despacio.

—Que alguien la ha sacado de aquí sin que pudiera oponerse.

Maisie negó con la cabeza, con lágrimas ya acumulándose en el interior de sus ojos.

—No…

Elena apretó los dientes.

—¿Quién?

Ewan no tardó en responder.

—Mi clan.

Graham habló entonces.

—O el mío.

Las miradas se cruzaron.

—MacKinnon… —susurró Maisie.

—Es probable —añadió Graham—. Si alguien estaba siguiéndonos, habrán seguido vuestros pasos.

Elena se giró hacia ambos hombres, la rabia volvió a aparecer en sus ojos.

—Entonces ya está claro —dijo—. Está en vuestro maldito castillo.

Ewan negó.

—No me mires a mí, yo estoy aquí, junto a vosotras.

—Me da igual —respondió ella—. Está en manos de algún despiadado y eso es suficiente.

Graham habló primero.

—Si está en el castillo, siento deciros que no saldrá sola.

—Entonces entraremos —respondió Elena sin dudar.

Ewan soltó el aire lentamente.

—Eso es una locura. Son cientos de hombres contra nosotros.

Maisie lo miró.

—No hay otra opción.

—Sí la hay —dijo él—. No entrar.

—¿Y dejarla allí? —replicó ella.

Ewan no respondió.

Graham dio un paso colocándose delante de Elena.

—Si entramos sin un plan bien meditado, moriremos antes de cruzar el portón.

Elena lo miró fijamente.

—Entonces danos uno.

Graham asintió.

—De acuerdo —dijo el MacKinnon—. Lo haremos juntos.

Ewan lo miró, serio.

—No confío en ti.

—Ni yo en ti.

—Bien.

—Perfecto.

Maisie suspiró, agotada.

—Entonces ya podéis empezar a entenderos, porque la vida de nuestra hermana está en juego.

Se movieron del lugar poco después, alejándose del rastro evidente, buscando cobertura entre zonas más cerradas del bosque hasta que el sonido del agua empezó a abrirse paso entre el silencio.

Un riachuelo estrecho, limpio, serpenteando entre piedras cubiertas de musgo apareció frente a ellos después de varias millas recorridas.

Elena fue la primera en acercarse, arrodillándose sin dudar para beber, el agua fría le ayudaba a calmar algo de la tensión que llevaba encima, aunque no lo suficiente.

Maisie hizo lo mismo.

Ewan se mantuvo en pie, vigilando.

Y Graham…

Graham se quedó observando a Elena. La que se incorporó lentamente, limpiándose el agua de los labios, y fue entonces cuando él dio un paso hacia el río, comenzando a quitarse la ropa que cubría su torso, primero la camisa, sin prisa, como si el gesto fuera natural, cotidiano.

Elena intentó no mirar.

Su cuerpo era exactamente como lo había imaginado, o peor, porque la realidad superaba cualquier idea previa, ancho de hombros, fuerte, marcado por el combate y la vida dura, con cicatrices que posiblemente contaban historias que no necesitaban palabras, y aun así, había algo en él que no era solo fuerza, algo que la atraía de una forma que le irritaba tanto como la arrastraba.

Deja de mirar, se dijo.

Pero no apartó la vista, y Graham lo notó.

Claro que lo notó.

Y cuando se giró hacia ella, sus ojos se encontraron de nuevo, sin escapatoria.

—El agua está fría —dijo él, como si eso fuera lo único importante.

Elena alzó una ceja.

—No me asusta.

—No he dicho que lo hiciera.

Y entonces, todavía vestido de cintura para abajo, Graham se metió en el agua.

Elena dudó un segundo, y luego hizo lo mismo.

El frío le recorrió el cuerpo, pero no fue eso lo que la hizo estremecerse, fue la cercanía, el hecho de que él estuviera allí, a apenas un paso, el agua moviéndose entre ambos.

—Esto es todo por tu culpa —murmuró ella.

—Lo sé —respondió él.

Pero ninguno se movió ni para alejarse ni para acercarse.

Hasta que fue inevitable. Graham dio ese paso. Elena no retrocedió. Las manos de él encontraron su cintura, atrayéndola sin brusquedad, y esta vez hubo una tensión distinta, más profunda, y mientras ella alzaba el rostro, sintiendo su aliento cerca, él separó una mano de su cintura para acariciar su mejilla.

—No deberíamos —susurró.

—No, no deberíamos.

—Entonces para —dijo Elena.

—No puedo.

Cuando se besaron, fue como si ambos supieran exactamente lo que estaban haciendo, se estaban adentrando a un peligro anunciado, y aun así decidieron hacerlo, sus cuerpos se acercaban, el agua se deslizaba entre ellos, sus manos exploraban.

Elena apoyó las manos en su pecho, notando el calor de su piel bajo sus dedos, la dureza de su torso, la vida, y por un momento olvidó todo lo demás, el castillo, los clanes, la guerra que parecía que se iba a desencadenar, incluso se llegó a olvidar de Drew.

Solo por un momento, porque luego la realidad volvió.

Se separó ligeramente, respirando más rápido.

—No podemos perder el tiempo.

Graham apoyó la frente contra la suya.

—Lo sé, debemos de llegar pronto, no sabemos qué es lo que pretenden hacerle.

Capítulo 19

El crepitar suave del riachuelo quedó atrás cuando se internaron de nuevo en el bosque, esta vez con un objetivo claro y una tensión que no dejaba espacio para errores, y fue Graham quien tomó la delantera entre todos. Se movía entre los árboles como si el terreno formara parte de él, mientras los demás lo seguían en silencio, cada uno estaba atrapado en sus propios pensamientos, aunque todos giraban en torno a lo mismo. A Drew, al castillo…

Y la certeza de que no habría una segunda oportunidad en esto.

—Escuchad —dijo Graham al fin, deteniéndose en una zona elevada desde donde, a lo lejos, comenzaban a vislumbrarse las torres del castillo MacKinnon recortadas contra el cielo gris—. No podemos entrar por la puerta principal. Allí me reconocerán, y a vosotros os matarán antes de cruzar el portón.

Ewan cruzó los brazos, mirando la fortaleza con gesto tenso.

—Entonces ya empezamos mal.

—No —respondió Graham—. Empezamos como siempre. Con desventaja.

Elena dio un paso hacia él.

—Deja de hablar en enigmas y dime cómo entramos.

Graham señaló hacia la ladera oeste.

—Ahí hay un paso antiguo. Una entrada de servicio que usaban los hombres de armas cuando el castillo aún no estaba reforzado. Apenas se utiliza ya, pero sigue abierta. O eso espero.

Maisie frunció el ceño.

—¿Y no está vigilada?

—Menos que el resto. Quizá un hombre, o dos como máximo.

—Está bien, iremos por ahí —intervino Ewan.

—Nos resultará menos complicado, creedme —dijo Graham—. Cambian la guardia cada pocas horas. Si calculo bien el turno… tendremos una ventaja de unos minutos.

Elena lo observó fijamente.

—¿Y cómo vamos a cruzar el patio una vez dentro?

Graham se quedó pensativo.

—Conmigo delante. Todavía tengo gente dentro en la que puedo confiar.

Eso provocó una reacción inmediata.

—Ni hablar —dijo Ewan—. No vamos a pasearnos detrás de un MacKinnon esperando que nadie nos alcance con una flecha. El que tiene personas de confianza dentro eres tú, nosotros seremos atacados.

Graham lo miró sin alterarse.

—Si os ven conmigo, no.

—Prefiero morir luchando que obedeciendo órdenes tuyas.

Elena intervino, cansada de aquello que había entre ellos.

—Prefieres morir. Bien. Pero yo prefiero encontrar a mi hermana.

—Así que te callas y escuchas —añadió, cortante.

Ewan apretó la mandíbula, pero no replicó.

Graham continuó.

—Dentro, iremos separados en dos grupos. Yo entraré primero. Si me ven con seguridad, no sospecharán de inmediato. Vosotros seguiréis después por la entrada lateral. Yo me encargo de abriros, y después ya estaremos todos juntos.

Maisie frunció el ceño.

—¿Separarnos? Eso es arriesgado.

—Todo esto lo es. Pero no puedo proteger a tres personas a mis espaldas, cruzaré el patio con una, y me dirigiré a la puerta lateral, el patio ya no será un problema.

Elena negó con la cabeza.

—No. No me separo de ellos.

Graham la miró.

—Entonces no entrarás, si lo haces morirás antes de que puedas volver a ver a Drew.

Eso la encendió.

—No me des órdenes.

—No lo hago. Pero si no entras conmigo, pondrás en riesgo todo el plan.

Ewan intervino.

—Creo que tiene razón.

—Gracias —respondió Graham—. Vamos a sacar de ahí a vuestra hermana.

—Movámonos

Graham dio un paso hacia él.

—Tú y yo no empezamos con buen pie, pero juro que para mí serás como si perteneciésemos al mismo clan, después de esto me he dado cuenta de que no importa de donde venga el hombre, sino a donde vaya. Creo que ambos miramos en la misma dirección.

—Drew no resistirá mucho —dijo en voz baja—. Si la están interrogando sobre donde estamos quizá la terminen matando, porque ella no sabe nada.

Elena cerró los ojos un segundo.

—Entonces no hay tiempo para más.

Se volvió hacia Graham.

—Dime dónde tengo que ir.

Eso fue lo más parecido a confiar con los ojos cerrados en él.

Graham asintió.

—Bien, mantente siempre pegada a mi espalda, lo más cerca que puedas.

Señaló de nuevo el castillo.

—Hay una torre interior. Pequeña. No es una prisión oficial, pero es donde encierran a quienes no quieren que nadie vea. Si Drew está en el castillo, estará ahí. Vosotros os quedáis en el ala Este, buscad una puerta estrecha, iré lo más rápido que pueda. Después los cuatros juntos subiremos a la torre.

Maisie tragó saliva.

—¿Listos?

—Listos, atravesaremos el patio, cruzaremos el ala Este y evitaremos a medio clan MacKinnon. ¿Oído?

Ewan agitó la cabeza.

—Perfecto parece fácil.

—No —respondió Graham—. Pero no es imposible.

Elena lo miró.

—Entonces vamos.

La noche cayó antes de que alcanzaran las inmediaciones del castillo, y eso jugaba a su favor, aunque también hacía todo más peligroso, porque las sombras ocultaban lo mismo en ambas direcciones, y cuando por fin llegaron a la ladera Oeste, el castillo se alzaba sobre ellos como una amenaza viva, iluminado por antorchas, vigilado e imponente.

Maisie se acercó un poco más a Elena.

—Odio este lugar.

—Yo más —respondió ella.

Graham levantó una mano.

—Ahora.

Se movieron rápidos, cada pareja en una dirección.

Maisie y Ewan descendió por la pendiente hasta llegar a la ladera. A lo lejos había una abertura de piedra parcialmente cubierta por maleza, tal como había dicho Graham, poco vigilada o no vigilada, porque todavía no habían visto rastro de guarda.

De repente, mientras caminaban intentando ocultarse entre los arbustos, Ewan pudo ver a un guardia paseando algo despistado cerca de la puerta.

—Yo me encargo —le dijo a Maisie.

Ella negó.

—No, tiene una espada, tú no.

Y antes de que pudieran discutirlo, Ewan se adelantó, salió de la maleza con paso decidido, y agarró al guardia por detrás obligándole a doblar las rodillas.

El guardia no tuvo tiempo de mucho más, Ewan en un movimiento rápido, le partió el cuello.

Maisie al verlo se tapó la boca asustada.

—¿Estás bien? —le preguntó Ewan.

—Lo has matado. Con tus propias manos.

—Era él o nosotros. Recuerda que hemos venido hasta aquí para liberar a tu hermana.

—Pensé que estabas en peligro, pero creo que el peligro eres tú.

—Eficiente —respondió Ewan.

Maisie no pudo responder, pero su mente había viajado a otro lugar. Se estaba imaginando a aquel hombre sobre ella, ejerciendo toda esa fuerza y agarrándola de las muñecas, colocándoselas sobre su cabeza, besándola, haciéndola suya.

—Entra —murmuró él.

Maisie despertó del sueño, y rápidamente se golpeó la cabeza doblemente.

—Si vuelves a hacer eso delante de mí, quedas avisada que te castigaré.

Maisie tuvo tentación de golpearse ene se mismo momento, pero no había tiempo para llevar a cabo esos deseos sucios y perversos de su mente.

El aire dentro del castillo era distinto, parecía cargado de poder y peligro, y cada paso que daban sabían que podía ser el último si fallaban, si alguien los veía como una amenaza, o si algo no salía como estaba previsto.

Elena respiraba nerviosa.

Graham no apartaba la mano de su espada, fue cruzar la entrada al castillo y la sorpresa llegó de una forma que Elena no esperaba.

Elena caminaba cerca de Graham, como él le había pedido: bien cerca y detrás siempre.

Pero fue pasar el portón y Graham la agarró de un brazo con fuerza, la zarandeó y empezó a gritar para que todos vieran lo que traía consigo.

—Padre, aquí tienes lo que me encargaste —gritaba—. Dile a tus hombres que dejen de buscar, la traigo yo mismo.

—Maldito seas, nos has engañado —murmuró ella.

—Cierra la boca, o tendré que golpearte para que lo hagas.

Cruzaron todo el patio bajo la atenta mirada de todos esos hombres que entrenaban. Decenas de ellos con sus espadas, practicando la lucha que en cualquier momento pondrían en práctica.

—Eres un cobarde, he creído cada palabra que decías, soy estúpida.

Llegaron a la puerta que separaba el interior del castillo del patio. Nada más poner un pie sobre la escalinata, la madera se abrió desde dentro, y tras ella apareció el laird de los MacKinnon.

—Nunca me habría esperado esto.

Graham apretó la mandíbula.

—Deberías confiar más en tu hijo, padre.

Elena dio un paso al frente.

—Haz lo que tengas que hacer, y deja de torturar mi alma.

Graham la miró un segundo.

—Encerrarla junto a la otra Fraser —dijo el laird.

Y un hombre la tomó y la arrastró escaleras arriba.

Hubo un segundo en el que Elena se giró para mirar a Graham a la cara, y sus ojos se encontraron. Ella escupió con rabia y él sonrió.

Capítulo 20

Elena cruzó la puerta cuando esta se cerró a su espalda con un golpe seco que le retumbó en el pecho, y durante un segundo se quedó quieta, dejando que sus ojos se acostumbraran a la penumbra, al frío de la piedra, al olor a humedad que parecía meterse en la garganta. No necesitó ver mucho más.

—Drew… —dijo, más bajo de lo que esperaba.

Un sollozo le respondió desde un rincón.

Elena fue directa hacia allí, sin pensar, y cuando la vio, hecha un ovillo contra la pared, abrazándose las piernas como si quisiera desaparecer, sintió algo que no se permitió ni nombrar. Drew levantó la cabeza poco a poco, con los ojos rojos, la cara mojada de tantas lágrimas derramadas, y en cuanto la reconoció se puso en pie de golpe.

—¡Elena!

Se lanzó hacia ella sin mirar nada más y Elena la sujetó, fuerte, rodeándola con los brazos mientras Drew se agarraba como si de no hacerlo se fuera a caer al vacío.

—Pensé que no ibas a venir… pensé que me habían dejado aquí, sola hasta que muriese —decía entre lágrimas, sin parar, sin respirar apenas.

Elena cerró los ojos un segundo, apretando los dientes, y le pasó una mano por el pelo, intentando calmarla.

—Estoy aquí —le dijo—. Ya está. Estoy aquí.

Pero Drew no se calmaba.

—No quiero estar aquí, tengo miedo. Elena, van a matarnos, yo no puedo con esto, no puedo…

Elena la separó un poco para mirarla.

—Drew, escúchame…

—No, no, es que no entiendes, yo no puedo, yo…

Y ahí fue cuando Elena perdió la paciencia. La bofetada sonó clara en la habitación.

No fue muy bestia, pero sí lo bastante fuerte como para cortar todo ese numerito de golpe.

Drew se quedó quieta, con los ojos muy abiertos, llevándose la mano a la mejilla sin entender muy bien qué acababa de pasar.

Elena la miró seria.

—¿Has terminado?

Y después de eso, se hizo un poco de silencio, Drew la miraba sin responderle, pero no lloraba.

—Escúchame bien —continuó Elena, hablando más bajo—. Si sigues así, nos van a matar. A ti y a mí. No hay nadie que vaya a venir a sacarnos si no hacemos algo nosotras. Así que o te calmas, y empiezas a pensar o no salimos de aquí.

Drew tragó saliva, todavía algo temblorosa, pero ya con otra actitud.

Se limpió la cara con las manos, torpemente, y levantó la mirada hacia su hermana.

—Gracias…

Elena no esperaba eso, pero tampoco hizo ningún gesto extrañada.

Solo asintió.

—Vale. Bien. Así mejor.

—¿Qué hacemos ahora?

Ahí Elena sí dejó escapar una pequeña sonrisa, casi imperceptible.

—Esto no me lo esperaba, pero reconozco que me gusta más.

Se acercó un poco a la puerta, escuchando.

—Vamos a salir de aquí. Pero primero tenemos que entender dónde estamos y quién entra por esa puerta.

Drew asintió, más centrada.

Y ya no parecía la misma de hacía unos minutos.

Capítulo 21

Mientras tanto, en otra parte del castillo, Graham mantenía una conversación con su padre el laird.

—Has tardado —dijo el laird.

Graham no se molestó en darle rodeos a la conversación que realmente deseaba tener.

—Quiero hablar contigo.

El laird alzó la vista despacio.

—Eso suena serio.

—Lo es.

Se hizo un pequeño silencio.

—Habla —dijo al final.

Graham dio un par de pasos más.

—Las Fraser, necesito saberlo todo.

El apellido aquel hizo que el laird ladease un poco la cabeza.

—¿Qué pasa con ellas?

—No te hagas el tonto —respondió Graham—. Has quemado una aldea entera por ellas. Quiero saber por qué.

El laird lo miró unos segundos, como si estuviera decidiendo si merecía la respuesta.

—Porque puedo —dijo al final.

Graham negó con la cabeza.

—No. Eso no es suficiente.

—Para mí sí.

—Para mí no.

Ese choque de egos era raro entre ellos.

El laird se acomodó un poco en su asiento.

—Hace años —empezó, casi como si le diera igual decirlo—, estas tierras no eran mías.

Graham no dijo nada, porque estaba escuchando.

—Eran de los Fraser. Tenían mucho territorio, más de los que jamás cualquier campesino ha logrado mantener. Demasiado. Y yo, necesitaba extenderme. ¿Qué clase de laird no posee más tierras que cualquier otro hombre?

—¿Las tomaste?

El laird sonrió.

—Las hice mías.

—¿Con qué derecho? ¿Las pagaste?

—Con lo que siempre se han hecho las cosas. Con sangre.

Graham apretó la mandíbula.

—¿Arrebataste vidas por tener mayor posesión que ellos? No creo que tuvieses ese derecho.

—El derecho se lo queda quien gana —respondió el laird sin inmutarse.

—¿Había documentos que acreditasen esos cambios en las tierras?

—No.

Esa respuesta fue clara.

—Entonces sabes que no son tuyas.

El laird lo miró fijamente.

—Son mías porque nadie ha podido quitármelas.

—Hasta que alguien Fraser se entere, y es ese el motivo por el que imagino que las quieres muertas.

Eso sí hizo que el ambiente cambiara un poco.

—Maté a su padre —continuó el laird—. Pero el hermano escapó. Y con él, el problema.

Graham lo entendió.

—Y ahora solo quedan ellas.

—Ellas, y la madre.

Graham levantó la mirada.

—¿Dónde está?

El laird no dudó.

—En las mazmorras.

—Nadie la va a encontrar ahí —añadió con tranquilidad—. Y tampoco durará mucho con vida.

A Graham no le gustó cómo sonó eso.

—¿Por qué decidiste quemar la aldea ahora, hace años que robaste las tierras?

El laird soltó una pequeña risa.

—¿De verdad tengo que explicártelo?

Graham no respondió.

—Si desaparecen antes de que cualquiera de ellas se case es más fácil que si contraen matrimonio. Pues un esposo con ansias de poder podría llegar a intentar arrebatármelas —continuó—. Si están muertas ahora ya no quedará nadie que pueda reclamar nada. Todo se termina con ellas.

Graham hizo una última pregunta.

—¿Alguien más lo sabe?

El laird negó.

—Dos hombres ayudaron en su momento. Con el secuestro de la madre, con la muerte del padre…

—¿Y?

—Los mandé matar.

Así de simple.

—Por deslealtad. Nadie preguntó por miedo.

Graham le sostuvo la mirada.

—Sin preguntas.

El laird se inclinó un poco hacia delante.

—Soy el laird.

Eso lo decía todo.

Graham no respondió, se giró y salió.

Capítulo 22

En la celda en la que se encontraban aún Elena y Drew, la puerta volvió a abrirse, y Elena se giró al instante, colocándose delante de Drew por puro instinto de protección, como si su propio cuerpo reaccionara antes que su cabeza. Cuando vio que era él, no relajó ni un músculo. Al contrario.

Sus ojos se endurecieron más.

—Así que vuelves —dijo, fría—. ¿A qué? ¿A ver si ya nos hemos rendido? ¿O acaso deseas ser tú quien nos mate con tus propias manos?

Graham cerró la puerta tras de sí con calma, como si aquellas palabras no fueran con él.

—Tenemos que irnos.

Elena se quedó paralizada al escucharle.

—Claro. Ahora. Después de encerrarnos aquí como animales. De entregarme con esa facilidad.

Drew miraba de uno a otro, más alerta que antes, aunque todavía con algo de miedo dentro de ella.

—Elena…

Pero ella no la escuchaba.

Dio un paso hacia él.

—¿Ese era tu plan? ¿Traernos hasta aquí y entregarnos?

Graham la sostuvo la mirada sin apartarse.

—¿De verdad crees eso?

—No sé qué creer contigo.

—Pues piensa un poco —respondió él, sin alzar la voz—. Si te hubiese contado que el plan era este… ¿habrías aceptado? ¿Crees

que todo habría salido así?

Elena abrió la boca.

Pero no respondió.

—Lo dudo —añadió él—. Y no teníamos tiempo para discutirlo.

Eso la hizo apretar la mandíbula de pura rabia.

—Nos has encerrado.

—Te he puesto a salvo hasta descubrir algo que debía saber. Ahora estáis juntas, es más fácil así, créeme.

—Deberías de haberme avisado.

—Ha salido bien, eso es lo importante —continuó él—. Y si quieres salir de aquí viva, vas a tener que confiar en mí.

Elena no apartó la mirada.

Había rabia en ella y quizá una pizca de desconfianza.

—No me pidas eso.

—No te lo pido —respondió—. Te digo que es la única opción.

Ese tono, se maldito tono seguro hizo que Elena sintiese un escalofrío subir por su espalda. Pero lejos de dejarse arrastrar, respiró hondo.

—Más te vale que tengas algo mejor que palabras.

Graham dio un paso más hacia ella, la levantó y la colocó sobre su cintura, la agarró con una mano por la barbilla y la besó, obligando a que ella también lo hiciera, aunque realmente poca presión tuvo que ejercer para que ella respondiese.

—Tu madre está aquí —dijo nada más bajarla al suelo.

Elena se quedó perpleja, y Drew que empezaba a caminar en dirección a la salida, se quedó completamente quieta.

—¿Qué…? —susurró.

Elena parpadeó, como si no hubiera entendido.

—No juegues con eso.

—No lo hago.

—¿Dónde está?

—En las mazmorras.

Elena lo miró fijamente, buscando un rastro de mentira en sus ojos, pero no la encontró.

—Está viva… —murmuró, más para sí misma.

—Por poco tiempo me temo si no la encontramos.

Eso la atravesó.

—Entonces no salimos de aquí sin ella —dijo.

Graham asintió.

—Ese era el plan, por ese motivo yo debía asegurarte aquí.

—Me he deshecho de los guardias de la puerta. Tenemos poco tiempo hasta que lleguen más.

Elena asintió.

Y antes de salir de la celda, Graham, le dio un beso suave en los labios.

Elena respondió al instante, y antes de que él pudiese alejarse de ella se colgó con sus manos rodeando su cuello ancho y lo besó en los labios con una fuerza y pasión que él no esperaba.

—¿Esto ha ocurrido de verdad?

La voz de Drew los cortó.

Ambos se separaron.

Elena respirando más rápido. Graham mirándola todavía de cerca.

Drew los estaba observando con los brazos cruzados, la ceja ligeramente alzada, y algo en su expresión había cambiado.

—¿Ahora? —añadió—. ¿Os parece buen momento?

Elena parpadeó, sorprendida.

—Drew…

—Dejad los besos para luego —dijo ella, más convencida de lo que nunca la habían escuchado—. Tenemos que salir de aquí. Y sacar a mamá.

Graham levantó una ceja, mirándola con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

Elena soltó aire por la nariz, y emitió casi una risa.

—Parece que necesitabas un golpe para espabilar.

Drew se encogió de hombros.

—Puede ser.

Graham las miró a ambas, todavía procesando ese cambio.

—Está bien, sea lo que sea que haya pasado —murmuró—. Así es mejor.

—No parece que nos vaya a retrasar.

Eso hizo que Elena sonriera.

Capítulo 23

Graham abrió la puerta lo justo para asomarse y comprobar si el pasillo estaba libre, luego hizo un gesto rápido con la mano para que salieran, y Elena fue la primera en moverse, tirando de Drew tras ella. Los tres pegados a la pared, avanzaban en silencio mientras la luz de las antorchas dibujaba sombras largas sobre la piedra que en ocasiones les hacían dudar de si alguien venía a lo lejos.

—Escuchad —murmuró él sin mirarlas del todo—. Tenéis que quedaros aquí.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué?

—Voy a por vuestra hermana y el Campbell. Si me han hecho caso, estarán esperando fuera, en el ala Este.

—No pienso quedarme aquí escondida.

—Sí, lo harás —le cortó él, hablando bajo—. Si venís conmigo ahora, llamaremos la atención. Necesito moverme rápido.

Drew miró a Elena, esta vez sin temblar.

—Tiene razón.

Elena apretó los labios, molesta.

—No me gusta.

—A mí tampoco —respondió Graham—. Pero es lo que hay.

Se acercó un poco más a ella.

—No tardaré.

Eso, sonó distinto.

—Si no vuelves… —empezó.

—Volveré.

Y sin dejar espacio para dudas, luego desapareció por el pasillo.

Avanzó rápido, sin hacer ruido, moviéndose entre las columnas como era de esperar, reconociendo cada rincón de su hogar, pero el castillo no dormía del todo, nunca lo hacía, y no tardó en escuchar pasos.

Tres hombres andaban demasiado cerca de él.

Graham se detuvo en seco, valorando qué hacer, y cuando aparecieron al girar el corredor, ya estaba listo.

—Mi señor —dijo uno, sorprendido—. No esperábamos encontraros aquí, nos acaban de informar de que las dos hermanas han huido de su celda.

—Apartaos —interrumpió Graham, sin rodeos.

Los tres intercambiaron una mirada entendiendo lo que estaba ocurriendo.

—No podemos hacer eso.

—No es una petición.

—El laird ha dado órdenes claras —añadió otro—. Nadie entra ni sale sin su permiso. También dijo que apresáramos al individuo que las ayudo.

Graham dio un paso hacia ellos.

—Última vez. Apartaos… o tendré que pasar por encima.

Uno de ellos sonrió, confiado en su fuerza.

—Somos tres.

El número les pareció más que suficiente como para empezar la batalla. El primer choque fue brutal, acero contra acero, el sonido del choque de sus cuerpos retumbaba en las paredes, Graham bloqueó el ataque de uno mientras giraba el cuerpo para esquivar al segundo, pero el tercero entró por el lado, obligándolo a retroceder un paso, dos, hasta que encontró espacio para responder.

Golpeó primero al más cercano, fue directo, rápido, abriéndole el brazo sin piedad, la sangre saltó contra la piedra, pero no consiguió derribarlo, y el segundo aprovechó para atacar por arriba, obligando a Graham a alzar la espada en defensa, el impacto le sacudió los brazos.

No eran los hombres más fuertes de su clan, pero eran buenos y ágiles con la espada.

Giró sobre sí mismo, empujando a uno contra la pared con el hombro, dejándolo sin aire, y remató con un golpe corto que lo dejó fuera, pero el tercero le atacó por detrás, y esta vez no llegó a esquivarlo del todo.

El filo le rozó la pierna.

No fue una herida profunda pero la sangre brotaba sin control.

Graham gruñó, girándose con violencia y respondiendo sin contención, el acero de su espada entró limpio en el costado del hombre, que cayó de rodillas antes de desplomarse.

El último intentó retroceder, pero ya era tarde.

Graham lo alcanzó en dos pasos, terminando lo que había empezado.

Después se hizo el silencio, y solo su respiración descompasada era lo que se escuchaba.

Sentía un gran dolor en la pierna, punzante que le recordaba que no había salido ileso.

Miró la herida un segundo.

—Mierda…

No era grave, pero molestaba y había que detener la sangre, así que arrancó un trozo de tela de su manga y se rodeó la herida presionando con fuerza antes de hacer un doble nudo. Se apoyó un instante en la pared, ajustó el peso de su cuerpo y siguió.

Cojeando ligeramente, pero sin detenerse.

En el exterior, cerca del ala Este, Maisie caminaba de un lado a otro, incapaz de estarse quieta. No podía entender porque pasaba tanto tiempo desde que habían llegado, y esa puerta no se abría.

—Esto no me gusta —murmuró por enésima vez.

Ewan estaba apoyado contra la piedra, mirando la puerta cerrada.

—Lo sé.

—Está tardando mucho.

—Sí.

—Demasiado, es demasiado tiempo como para cruzar el patio.

—Maisie…

—¿Y si algo ha salido mal?

Ewan suspiró, apartándose de la piedra.

—Puede haber pasado cualquier cosa ahí dentro, no sabemos si ha tenido alguna dificultad.

—Eso no ayuda.

—Lo sé.

Ella se detuvo frente a él.

—Elena dijo que podíamos confiar en él.

—Yo jamás confié —respondió—. Dije que no teníamos otra opción.

Eso la hizo apretar los labios.

—¿Qué hacemos?

Ewan se quedó observándola, y al final le dijo:

—Entraremos tú yo, si para ti es importante, para mí también lo es.

—No sé cómo agradecértelo.

Antes de que pudiera responder, un sonido en la puerta los inquietó.

Primero fueron un par de golpes, y después la puerta se abrió.

Graham apareció en el umbral, respirando más fuerte de lo normal, apoyando ligeramente el peso en una pierna.

—Entrad —dijo.

Maisie lo miró de arriba abajo.

—Estás herido.

—No es nada.

—Eso no parece nada.

EL trozo de tela que cubría la herida estaba empapado en sangre y goteaba por la pierna.

—No es nada —repitió, cortante.

Ewan se acercó un paso.

—¿Y ellas, dónde están?

—Dentro, tenemos que llegar hasta el lugar antes de que puedan verlas.

—¿Y el camino, está libre?

—Despejado de momento, pero hay que ser cuidadosos, no van a dudar en matarnos.

Se miraron un segundo.

—Vamos —dijo Maisie sin esperar más.

Entraron.

Capítulo 24

El reencuentro fue rápido, sin tiempo para abrazos, ni palabras de más, pero suficiente para comprobar que estaban todos, que seguían vivos, y que todavía había una oportunidad para salir de allí.

—Tenemos que bajar a las mazmorras —dijo Graham.

Elena asintió.

—Nuestra madre está allí.

Ewan alzó las cejas, pero no dijo nada.

Maisie tomó la mano de Drew un instante.

—¿Lo has oído? Mamá está aquí. Tú no te sueltes de mi mano, te prometo que esto pasará.

—No lo haré —respondió ella.

Y esta vez sonó segura.

Bajaron por pasillos cada vez más estrechos, más fríos, el aire se volvía muy difícil de respirar, era como si ahogase cada bocanada, húmedo, el tipo de lugar donde nadie querría estar, donde los gritos no parecían poder salir de allí y el tiempo se detenía, y cuanto más descendían, más claro era que estaban entrando en la parte más oscura del castillo.

—Ahí abajo —murmuró Graham.

Pero no estuvieron solos por mucho tiempo, un guardia apareció al girar el último tramo.

—¡Eh! ¿Qué hacéis aquí?

No terminó de hablar, Ewan reaccionó el primero, lanzándose hacia él, pero el hombre alzó su espada, y trató de blandirla en el

pecho de Ewan.

Drew se interpuso, y con su mano, intentó bloquear el ataque. El filo le cortó sobre la palma de la mano.

—¡Ah! —dijo, retrocediendo.

Elena reaccionó al instante.

—¡Drew!

Graham terminó con el guardia en un movimiento seco, aprovechando la pequeña distracción que había ofrecido Drew.

Maisie corrió hacia su hermana.

—Déjame ver.

La sangre no era mucha.

Drew apretó los dientes debido al dolor que sentía.

—Estoy bien.

Elena le agarró la mano con cuidado.

—¿Te duele?

—Sí —admitió—. Pero puedo seguir.

Elena asintió despacio, convencida en que aquella no era su hermana, pues el cambio en su actitud era tan grande, que casi le parecía imposible escucharla decir eso.

—Vale.

Graham las observó un segundo.

—No ha sido profunda.

—Lo sé —respondió Elena.

Drew apretó la mano herida con la sana.

Ewan soltó aire.

—Pues entonces sigamos antes de que venga más compañía.

Graham señaló hacia abajo.

—Ya casi estamos.

Elena miró hacia las escaleras que descendían aún más en la oscuridad.

—Vamos a sacarla de ahí.

El aire allí abajo, era bien distinto a lo que ya habían percibido antes.

—Huele a muerte… —murmuró Maisie por lo bajo.

Nadie respondió, pero todos lo pensaban.

Las antorchas apenas iluminaban el camino, y al pasar junto a las primeras celdas, la luz reveló lo que había dentro… o lo que quedaba. Huesos. Solo huesos. Amontonados, algunos aún con restos de tela pegados, otros completamente limpios, como si el tiempo o las ratas hubieran hecho su trabajo sin prisa.

Drew apartó la mirada, tragando saliva.

—Dios…

Elena no dijo nada. No podía. Porque en su cabeza solo había una idea, una única cosa que la empujaba hacia delante. Encontrar a su madre, con vida.

Siguió caminando, hasta que pudo ver algo al fina.

Al fondo del pasillo, tras unos barrotes, algo en el suelo. Un bulto inmóvil.

El corazón se le disparó.

—Mamá… —susurró primero.

Luego corrió.

—¡Mamá!

Se agarró a los barrotes con fuerza, pegando el rostro entre ellos, intentando ver mejor, intentando negar lo que parecía evidente.

—¡Mamá, despierta!

No hubo respuesta, el cuerpo no se movía.

—No… —susurró, negando con la cabeza—. No, no, no…

Se volvió hacia Graham, desesperada.

—Ábrela.

Él ya estaba mirando la cerradura antes de que se lo pidiese.

—Está cerrada.

—¡Pues ábrela!

—Necesito la llave.

—¡Pues rómpela, haz algo!

Pero la puerta no cedía, y el tiempo parecía aplastarlos desde arriba.

—¡No puedo! —gruñó él, intentando forzarla sin éxito.

Y entonces Drew reaccionó. Sin decir nada, se giró y corrió hacia atrás, hacia donde habían dejado el cuerpo del guardia, arrodillándose junto a él con manos temblorosas pero valientes, rebuscando entre su ropa, ignorando la sangre, el olor que desprendía, todo.

—Vamos… vamos… —murmuraba.

Hasta que las encontró.

Las llaves tintinearon en su mano.

Y corrió de vuelta.

—¡Aquí!

Graham las tomó al instante, probando una tras otra con rapidez, el sonido del metal chocaba contra la cerradura retumbando en el silencio, hasta que una encajó.

Un clic leve y la puerta cedió.

Elena no esperó. Entró de golpe, cayendo casi de rodillas junto al cuerpo, girándolo con cuidado, con miedo, con desesperación.

—Mamá…

La mujer estaba pálida, demacrada, apenas un suspiro de lo que había sido, el cabello sucio pegado al rostro, la piel marcada por el hambre y el abandono.

Pero entonces, un leve movimiento fue suficiente para celebrarlo. Algo muy sutil, un leve hilo en su respiración

—Está… está viva… —susurró, incrédula.

Drew se llevó una mano a la boca, los ojos se le llenaron de lágrimas, pero esta vez no eran de pánico, eran de pura alegría.

—Mamá…

La mujer apenas abrió los ojos, lo justo para ver formas, sombras quizás y luego a ellas.

—¿Elena, Drew…?

Fue un susurro.

Elena soltó un sonido que no llegó a ser llanto, inclinándose sobre ella, abrazándola con cuidado.

—Estoy aquí… ya estoy aquí.

Maisie se acercó también, tocando su hombro, incapaz de decir nada.

Ewan observó la escena un segundo y luego habló.

—Tenemos que sacarla ya.

La realidad volvió de golpe.

Elena asintió, limpiándose la cara con el dorso de la mano.

—No puede caminar.

—La llevo yo —dijo Ewan sin dudar.

Se acercó, agachándose con cuidado y dijo:

—Con permiso.

Levantó a la mujer con fuerza pero sin brusquedad, acomodándola contra su pecho como si pesara menos de lo que realmente pesaba.

—Vamos.

Graham ya estaba en la puerta, atento al pasillo.

—Salimos igual que entramos. Rápido y sin hacer mucho ruido.

Elena se puso en pie.

Pero antes de salir miró una vez más el interior de aquella celda.

—Esto no se queda así, voy a matarlo —murmuró.

Luego salió.

Uno a uno avanzaron por el pasillo, Elena delante junto a Graham, abriendo camino, atentos a cualquier ruido, a cualquier sombra, mientras detrás Ewan cargaba con la madre y Maisie y Drew cerraban el grupo, más tensas y alerta.

Drew apretaba la mano herida contra su pecho.

Pero no se quejó ni una vez.

Y mientras subían de nuevo hacia el exterior, algo quedó muy claro, y es que ya no eran los mismos que habían bajado.

Salieron de las mazmorras con el pulso todavía acelerado, subiendo los escalones deprisa pero sin hacer ruido, el cuerpo en tensión, los oídos atentos a cualquier paso que no fuera el suyo, y cuando por fin alcanzaron el último tramo y la puerta que daba al

patio, el aire frío de la noche les golpeó la cara como una bocanada de vida, pero también de peligro.

—Por ahí —murmuró Graham, señalando el lateral—. El patio está medio vacío a estas horas.

Ewan salió primero, cargando con la madre de las Fraser como si fuera lo más importante que llevaba entre manos, y Elena no se separó de él ni un paso, vigilando cada rincón.

Drew y Maisie pegadas detrás, más rápidas de lo que nadie habría esperado de ellas horas antes.

Pero no estaban solos.

—Vaya, qué escena tan bonita se presenta frente a mis ojos.

La voz les heló la sangre.

Tiara estaba allí.

De pie, al otro lado del patio, iluminada por la luz de las antorchas que colgaban sobre la pared. Inmóvil, elegante, pero con algo oscuro en la mirada, algo que ya no eran solo celos, era otra cosa.

—Sabía que no podías hacerlo —dijo, clavando los ojos en Graham—. Sabía que no eras capaz de matarla.

Ewan dio un paso atrás, protegiendo a la mujer inconsciente.

Maisie miró a su alrededor.

Elena no apartó la vista de Tiara.

Graham avanzó un paso.

—Apártate.

Tiara sonrió levemente.

—Siempre tan directo.

Bajó la mirada un segundo, y luego volvió a Elena.

—Así que de las tres tú eres la Fraser por la que mi prometido ha perdido la cabeza....

Elena no respondió.

—No pareces gran cosa —añadió.

—Y tú hablas demasiado —replicó Elena.

Eso hizo que Tiara volviera a sonreír, pero sin alegría.

Luego miró otra vez a Graham.

—Ven aquí.

Nadie se movió.

—Por favor —añadió, más suave—. Solo un momento.

Elena tensó la mandíbula.

—No lo hagas —le dijo Elena.

Pero Graham ya estaba caminando hacia Tiara, intentando aportar calma a ese último momento en el que se volverían a ver.

—¿Qué haces? —murmuró Elena, furiosa.

Pero él no respondió.

Tiara lo observaba acercarse, y durante un instante pareció la misma de siempre, la prometida, la mujer que esperaba algo de él, la que había aprendido a quererlo a su manera.

—¿Me darías un beso? —susurró—. Solo uno. Después puedes irte con ella, o con quien quieras.

Señaló a Elena, sin mirarla a los ojos.

Graham se detuvo frente a ella.

Y entonces Tiara alzó una mano, apoyándola en su pecho, como tantas otras veces.

—Siempre supe que no eras mío —murmuró—. Pero no pensé que me dolería tanto ver que eras de otra.

Graham no apartó la mirada.

—Tiara…

—*Shhh…* —lo calló ella—. Solo uno.

Se inclinó.

Él también lo hizo.

Y cuando sus labios estaban a punto de rozarse… El brillo del acero apareció entre ellos. La daga entró limpia en el abdomen de Graham, y un gemido de dolor sonó en el aire.

Tiara lo miró de cerca, con un brillo espeluznante en sus ojos.

—Si no eres mío, no serás de nadie.

Elena reaccionó primero.

—¡GRAHAM!

Él retrocedió, llevándose la mano al vientre, la sangre empezó a manar entre sus dedos, y Tiara fue apartada de un empujón, cayendo hacia atrás sin soltar la daga.

—¡Muévete! —gritó Maisie.

Y cuando volvieron la vista a ella ya había empezado a correr.

Drew al ver aquella escena, había ido corriendo a por algunos caballo, trajo cuantos pudo tirando de sus riendas.

—¡Rápido!

Ewan no dudó.

Bajó a la madre de las Fraser al suelo solo el tiempo justo para cargar a Graham, sujetándolo como pudo. Graham se agarró con fuerza, y Ewan golpeó las nalgas del animal para que se moviese.

—Aguanta —gruñó.

Ewan las llamó a todas para que le siguieran. Maisie ya estaba junto a él.

—Sube.

Ewan volvió a coger a la mujer Fraser, colocándola delante de él esta vez, protegiéndola con sus brazos.

—Vamos.

El caballo relinchó cuando lo espoleó con fuerza.

Salió disparado.

Elena no miró atrás. Agarró las riendas de otro caballo, subiendo de un salto, con un movimiento rápido.

—¡Drew!

—Estoy aquí —respondió ella, ya montada y sujetando las riendas con la mano no herida.

Maisie hizo lo mismo.

—¡Nos vamos!

Atravesaron el patio como una ráfaga de viento.

Y después, mientras el castillo quedaba atrás, perdiéndose entre la oscuridad la sangre de Graham no dejaba de caer.

Capítulo 25

Los caballos no frenaron hasta que estuvieron muy lejos del castillo. Nadie hablaba, nadie se atrevía, porque todos sabían lo mismo: no estaban a salvo, solo estaban más lejos.

Fue Ewan quien levantó la mano primero.

—Aquí, paramos aquí. Debemos atenderle.

Frente a ellos había un claro pequeño, rodeado de árboles densos, suficiente para ocultarse si no hacían ruido. Tiró de las riendas y el caballo se detuvo bruscamente, resoplando. Graham se tambaleó encima de la montura.

—Bájalo ya —ordenó Elena sin esperar.

Ewan lo sostuvo antes de que cayera y lo ayudó a bajar con cuidado, pero en cuanto los pies de Graham tocaron el suelo, las piernas le fallaron y tuvo que agarrarse a él.

La sangre no paraba de salir.

Elena se arrodilló frente a él sin pensarlo, con las manos ya manchadas de su sangre, buscando la herida.

—Quítate esto —dijo, tirando de su ropa sin delicadeza.

—Estoy bien —gruñó él.

—No, no lo estás —respondió ella sin mirarlo siquiera.

Drew bajó del caballo torpemente, pero sin dudar.

—Tengo tela —dijo, quitándose parte de su falda.

Maisie ya estaba a su lado.

—Y agua cerca, acabo de ver un pequeño manantial al llegar.

Ewan dejó a la madre de las Fraser apoyada contra un árbol, aún inconsciente, pero respirando.

—Date prisa —añadió.

Elena abrió la tela empapada en sangre y apretó los dientes.

—Maldita sea…

La herida no era superficial. La daga había entrado limpia, pero profunda, y aunque a simple vista no parecía lo suficientemente grave como para morir, estaba sangrando demasiado.

—Mírame —le dijo Elena a Graham.

Graham lo hizo.

—No te mueras.

Él soltó una leve risa.

—No pensaba hacerlo.

—Más te vale.

Elena presionó con la tela que Drew se había arrancado del vestido, y él tensó la mandíbula, el dolor lo atravesó sin piedad.

—Drew, más tela.

—Sí.

Se la pasó.

—Ewan, agua. Ahora.

—Voy.

Maisie no se movía de su lado.

—Dime qué hago.

Elena respiró hondo.

—Sujétalo.

—¿Qué?

—Que lo sujetes —repitió, mirándola—. Esto va a dolerle.

Maisie asintió, colocándose detrás de Graham, rodeándolo con los brazos para inmovilizarlo.

—No te muevas.

—No me muevo.

Elena no avisó.

Apretó fuerte sobre la herida.

Graham soltó un gruñido el cuerpo se tensó tanto que Maisie no consiguió sujetarlo.

—Aguanta… —murmuró ella.

Elena trabajaba rápido, limpiaba lo justo pues no quería hacerle más daño del que él ya sufría. Presionaba vendaba como

podía con lo que tenía, y pese a toda esa sangre continuaba sin temblar.

—No te mueras ahora… —susurró.

—No me quedan fuerzas ni para eso.

Elena terminó de ajustar la tela y se quedó un segundo más con las manos sobre él, para intentar que la sangre no volviese a brotar.

Ewan volvió con unos palo y algo de maleza seca rodeando un extremo de uno de ellos para hacer una especie de antorcha..

—Agua —pidió Elena.

—Aquí tienes.

Elena se apartó después de darle agua a Graham con la ayuda de unas hojas, respirando más rápido de lo que jamás recordaba.

—Debería aguantar si no se infecta.

—Aguantará —dijo Maisie.

Pero Elena no estaba tan segura. En su cabeza todo empezó a convertirse en calma cuando pasaron unos minutos, quizá después de toda esa adrenalina sentida, y el cansancio empezaba a pesar en su cuerpo.

Drew se acercó a su madre, arrodillándose a su lado.

—Está fría… —dijo casi gritando.

—Pero vive —respondió Ewan.

—Voy a traerle agua a ella también, puede que… —empezó, pero no terminó.

Se alejó unos pasos, hacia la oscuridad del borde del claro, intentando respirar, intentando ordenar todo lo que tenía dentro. No lo conseguía, tenía sentimientos que iban en contra de todo lo que él era. Por una parte estaba su clan, su rivalidad con los MacKinnon, por otra estaba Maisie y aquel grupo de personas que claramente necesitaban su ayuda y eran inocentes de cualquier cosa que se les acusara.

—Elena.

La voz de Graham la llamó.

Se giró. Él estaba medio incorporado, apoyado contra el árbol, mirándola.

—Ven aquí.

No era una orden pero para Elena fue suficiente como para obedecer.

Caminó hasta él, y se arrodilló quedándose muy cerca.

—Deberías descansar —dijo Graham.

—Después. Casi te matan… —dijo ella, bajando la voz.

—Pero no ha ocurrido.

Elena negó con la cabeza, como si eso no fuera suficiente.

—Podrías haber muerto.

—Podría —respondió él—. Pero no lo hice.

—No juegues con eso.

—No juego.

Se miraron.

Graham alzó una mano despacio y la llevó hasta su rostro, acariciándolo.

—Reconozco que cuando Tiara me atacó temí por mi vida.

—Es que pudo matarte, aún no logro entender que la persona que se iba a casar contigo, te pudiera hacer tal daño.

—Es sorprendente, sí, pero es mayor sorpresa para mí que yo no tuve miedo de morir.

—¿No?

—Tuve miedo de no poder volver a verte más —murmuró él.

—No digas eso…

—Es verdad.

El pulso de ella se aceleró.

—Te odio —susurró Elena, sin convicción.

Graham esbozó una mínima sonrisa.

—No lo suficiente como para alejarte de mí.

Y entonces la besó haciendo un pequeño esfuerzo para acercarse un poco más.

Elena respondió agitada, acercándose a él. Sus manos subieron a su rostro, se deslizaron por su cuello, aferrándose a él con una necesidad que ya no podía esconder, el beso entre ellos se volvió más intenso poco a poco, más caliente, hasta que Graham la

atrajo hacia sí, pegándola a su cuerpo con cuidado por la herida, pero sin querer soltarla.

Ella respiró contra sus labios.

—Deberías estar descansando, y nada de hacer movimientos bruscos como este.

—No hagas eso ahora.

Elena apoyó la frente contra la suya un segundo.

—No pienso poner tu recuperación en peligro.

—Me vuelves loco.

—Soy cautiva de tu corazón —dijo ella.

—Te amo, nunca quise capturarte para hacerte daño, en mi cabeza solo había una única razón. Mantenerte cerca de mí hasta que consiguieras amarme.

Graham deslizó la mano por su espalda, acercándola más a pesar de que nada de espacio había entre los dos, y Elena cerró los ojos un instante antes de volver a besarlo con más entrega.

Sus respiraciones se mezclaban, sus pulsos desacompasados se volvían erráticos, las manos comenzaron a acariciar los cuerpos, y un deseo casi irrefrenable los invadió.

—Estamos aquí, por si no os acordáis —dijo Drew muy cerca al pasar por su lado.

Y cuando se separaron, se miraron a los ojos entendiendo que después de ese momento se pertenecían el uno al otro.

—No sé qué va a pasar —murmuró él.

Elena negó levemente.

—Yo tampoco.

—Pero no voy a alejarme.

Eso la hizo tragar saliva.

—Más te vale…

Graham apoyó la frente contra la suya otra vez.

—Me sería imposible.

Capítulo 26

El cansancio empezaba a caerles encima como una losa cuando un pequeño sonido rompió la quietud. No fue un grito, fue algo más débil, casi un suspiro que se escapaba sin querer. Parecido a un gemido.

Drew fue la primera en girarse.

—¿…mamá?

Elena ya estaba cruzando la distancia en dos pasos, cayendo de rodillas junto a ella mientras Ewan se apartaba lo justo para dejarle espacio. La mujer había movido la cabeza, los labios los tenía resecos y los abría mostrando un gran esfuerzo, incluso respirar parecía toda una hazaña.

—Mamá… mírame… estoy aquí… —la voz de Elena salió rota, muy distinta a la de antes.

Los párpados de la mujer temblaron, pesados, hasta que por fin consiguió abrirlos un poco. Tardó unos segundos en enfocar, en entender… y cuando lo hizo, algo parecido a la vida volvió a su mirada.

—…Elena… —susurró, tan bajo que casi no se le oía.

Drew se acercó al otro lado, agarrándole la mano con cuidado.

—Estamos aquí… estamos las tres… no estás sola…

La mujer parpadeó despacio, como si le doliera incluso eso, y luego sus ojos fueron de una a otra, reconociéndolas, asimilando lo que hace unos días le pareció imposible.

—Pensé… que no… —no le dejaron terminar la frase.

Elena negó, apretando su mano.

—No. No nos has perdido.

Maisie se inclinó un poco más.

—Y no vamos a volver a separarnos más.

La mujer respiró hondo, con dificultad, como si cada bocanada le costara un mundo, pero algo en su expresión cambió, como si el simple hecho de verlas le hubiera devuelto una fuerza que ya no tenía.

—Tenéis que… escucharme —dijo, forzándose.

Elena negó enseguida.

—No, ahora no, tienes que descansar.

—No —la interrumpió con una decisión sumada a esa debilidad que no le había escuchado nunca—. No hay tiempo.

Eso hizo que todos se quedaran en silencio.

Incluso Graham, que hasta entonces se había mantenido un poco apartado, observando, atento pese al dolor.

—Vuestro tío… —continuó la mujer, respirando entre palabras —. No murió… ni desapareció…

Elena se quedó completamente quieta.

—¿Qué?

—Está vivo.

Drew negó con la cabeza, sin creérselo.

—Eso no puede ser, mamá.

—Lo es —insistió ella, apretando débilmente la mano de Elena—. Ha estado escondido, reuniendo hombres, esperando.

Maisie frunció el ceño.

—¿Esperando qué?

La mujer la miró.

—Venganza.

El silencio cayó de golpe, y a Graham se le vio removerse donde estaba.

—Va a venir —añadió—. Va a atacar a los MacKinnon muy pronto. Justo antes de que la aldea fuese saqueada por ellos me hizo llegar un mensaje que el día estaba cerca para recuperar lo que es nuestro.

Elena sintió cómo algo se encendía dentro de ella.

—Entonces tenemos que encontrarlo, hay que detenerlo.

—No —dijo la mujer, con más fuerza de la que parecía tener —. Tenéis que manteneros a salvo. No penséis en nada más que no sea en vosotras.

Pero ya era tarde.

Porque Graham se había movido.

Se había incorporado un poco más, ignorando el dolor, con la mandíbula tensa, la mirada dura y un fuego en su interior que crecía por segundos.

—Eso no puede pasar.

Todos se giraron hacia él.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué?

—Esa guerra.

—¿Qué haces en pie?

—Hay gente en ese castillo que no tiene nada que ver con esto —dijo—. Sirvientes, niños, gente que no sabe nada de lo que ha hecho mi padre.

Elena lo miró como si no lo reconociera.

—Son MacKinnon.

—No todos son como él.

—Son su clan.

—No eligieron esto —replicó él.

—Mi tío tiene derecho a recuperar lo que es suyo —dijo Elena, más bajo, pero igual de firme.

—Y lo tendrá —respondió Graham—. Pero no así.

—¿Y cómo? ¿Pidiéndolo por favor?

Eso dolió. Se notó. Pero él no retrocedió.

—No voy a permitir una matanza.

—¿Y qué piensas hacer? —preguntó ella, con un punto de rabia—. ¿Protegerlos, asi como estás?

—Avisarlos al menos.

Elena soltó una risa.

—¿Estás loco?

—Puede.

—Te matarán en cuanto te vean.

—Lo sé, pero no viviré sabiendo que personas inocentes han muerto sin intentar salvarles. Lo hice con vosotras, ¿recuerdas?

—No estabas herido.

—Son inocentes.

Elena negó, levantándose.

—No. No te lo voy a permitir después de todo esto. No después de lo que han hecho.

—Precisamente por eso.

Se miraron.

Y ahí estaba otra vez.

Ese choque.

Ese abismo entre los dos.

—Si vas… —empezó ella.

—Voy.

—Como no sé si volverás, me iré contigo.

Graham la sostuvo la mirada.

—¿Estás segura?

Elena apretó los labios, conteniendo algo que no quería dejar salir.

—Lo estoy.

—No te lo impediré, parece que siempre haces lo que te da la gana.

Una mínima sonrisa apareció en él.

—Tú también.

Después Graham apartó la mirada.

Ewan lo observaba en silencio.

Maisie también.

Drew ya no parecía tan asustada.

Y la madre de las Fraser, aún débil, lo miró con algo distinto.

—Si haces eso —murmuró ella—. Cambiarás muchas cosas.

Graham asintió levemente.

—Eso espero.

Y entonces miró a Elena una vez más. No hizo falta decir nada.

El silencio que quedó en el claro después de la decisión de Graham no duró mucho. Elena lo miró un instante más, como si

todavía estuviera valorando, y luego negó con la cabeza, resoplando.

—Vamos cuando quieras.

—No es buena idea ir los dos, creo que lo sabes.

—Tú estás herido —respondió ella al instante—. Apenas te tienes en pie. Me necesitas.

—Puedo hacerlo.

—Sí, claro —replicó, cruzándose de brazos—. Cojeando, sangrando y pretendiendo convencer a tu padre de algo que no quiere ni escuchar.

Ewan soltó una pequeña risa por lo bajo.

—Tiene razón, MacKinnon.

Graham lo ignoró, sin apartar la mirada de Elena.

—No sabes a lo que te expones si vuelves conmigo.

—Y tú sí sabes a lo que te expones si vas solo —le devolvió ella—. Así que deja de discutir.

Un segundo de silencio.

—Voy contigo —añadió.

Y ahí no había discusión posible.

Graham apretó la mandíbula, incómodo pero no insistió más.

—Bien —cedió al final—. Pero haces exactamente lo que te diga.

Elena alzó una ceja.

—Eso ya lo veremos.

Maisie dio un paso adelante.

—¿Y nosotras?

Elena la miró.

—Os quedáis aquí. Con mamá.

Drew negó de inmediato.

—No.

—Sí —la cortó Elena—. No es negociable.

Maisie sostuvo su mirada un momento, y al final asintió.

—Volved.

Elena no respondió.

No podía prometerle eso.

Capítulo 27

El camino de vuelta fue más lento. Graham no podía mantener el mismo ritmo, y aunque no se quejaba, Elena veía cómo apretaba los dientes a cada paso, cómo el vendaje parecía empaparse en sangre aunque intentara ocultarlo.

—Si te caes, te dejo atrás —murmuró ella en un momento.

Él soltó una leve risa.

—No lo harías.

—Pruébame y verás.

Pero no se separó de él en ningún momento. Ni un paso.

Cuando el castillo apareció entre los árboles, imponente, el ambiente cambió. No había ya gritos ni caos como antes, pero sí movimiento, antorchas encendidas, hombres en las murallas, vigilantes.

—Ya saben que ha pasado algo —dijo Elena.

—Siempre lo saben —respondió él.

Se acercaron sin esconderse. Fueron directos.

Y eso llamó la atención enseguida.

Las puertas no se cerraron, pero tampoco los recibieron con calma. Varios hombres salieron a su encuentro, armados, hasta que lo vieron.

—Graham…

Se apartaron para darle paso, y uno de ellos salió corriendo para avisar al laird de que su hijo estaba vivo y había regresado.

El patio estaba más lleno ahora, más vigilado, y Elena notó varias miradas clavarse en ella, reconocimiento, odio, desconfianza.

—Tu prometida casi te mata y no puedo dejar de preguntarme donde demonios está —murmuró ella.

—Mantente alerta.

—¿Y ahora qué se supone que hacemos?

—Ahora hablamos.

No tardaron en llevarlos ante el laird.

El hombre estaba de pie esta vez, como si ya estuviera esperando, y nada más verlo, clavó los ojos en su hijo, y luego en Elena.

—Veo que sigues tomando malas decisiones —dijo sin rodeos.

Graham avanzó un paso.

—Tenemos que hablar.

—Eso parece.

Su mirada se deslizó hacia la herida.

—Y rápido, por lo que veo.

—Tiara —dijo Graham—. ¿Dónde está?

—Encerrada.

Eso hizo que Elena frunciera el ceño.

—No la has matado… Después de que lo intentase con tu hijo, ¿ella sigue viva?

El laird la miró.

—No suelo matar a la hija de un aliado, aunque lo merezca.

Luego volvió a su hijo.

—Habla, di lo que has venido a decir.

Graham no rodeó el tema.

—Va a haber una guerra.

El laird no se inmutó.

—Siempre la hay, eso no es nada nuevo para nosotros, como clan fuerte todos quieren derrotarnos para quedarse lo que es nuestro.

—No como esta.

—El Fraser está vivo.

Eso sí cambió algo en el rostro del laird.

—¿Y?

—Viene hacia aquí. Con hombres, y por lo que sé, muchos.

El laird lo observó, evaluando.

—Que venga, no creo que tenga ni la mitad de hombres que nosotros.

Elena dio un paso adelante.

—No lo entiendes.

—Tú no me hables —cortó él.

—Sí que voy a hablar —replicó ella—. Porque todo esto es por tu culpa.

El ambiente se tensó de pronto, y Graham intervino.

—Padre. Escucha, van a morir inocentes, puedes evitarlo.

El laird volvió a mirarlo.

—¿Estás diciendo lo que creo?

Silencio absoluto.

—Admite lo que hiciste —continuó Graham—. Detén esto antes de que empiece.

El laird soltó una carcajada al escuchar a su hijo.

—¿Me estás pidiendo que me arrodille ante un hombre inferior a mí?

—Te estoy pidiendo que evites una matanza.

—Estoy protegiendo lo que es mío.

—No es tuyo, no lo era hasta que lo tomaste.

En ese momento el laird dio un paso hacia él.

—Ten cuidado con lo que dices.

—Es la verdad.

—El poder que me rodea es la única verdad que debería importarte.

—Es robo.

—No voy a despojarme de nada de lo que ahora me pertenece —dijo el laird, frío—. Ni voy a decirle a mis hombres que he mentido. Ni voy a ceder ante fantasmas del pasado.

Elena apretó los puños.

—Entonces vas a matar a inocentes.

—Los inocentes siempre mueren —respondió él—. Así funciona esto, sobrevive el más fuerte.

El silencio se hizo insoportable.

Graham le miró un segundo más.

Luego asintió.

—Entonces ya está todo dicho.

Se giró.

Elena lo siguió.

—¿Eso es todo? —murmuró ella.

—No quiere escuchar.

—Pues le obligamos.

—No podremos, él es tozudo, terco, está acostumbrado a que se haga lo que él impone.

Y entonces los oyeron. El ruido de muchos cascos irrumpió de pronto en el patio del castillo.

—¡Están aquí! —gritó Graham.

Las puertas no se cerraron a tiempo y todos entraron apelotonados.

Eran cientos de highlander fuertes, grandes y enfadados que tomaron el empedrado como una marea, armados, decididos, ocupando el espacio en segundos, y entre ellos un hombre avanzó.

Era un poco más mayor que el resto, con el gesto duro, hasta que al levantar la vista y revisarlo todo, sus ojos se encontraron con los de ella. Su sobrina Elena.

Ella también lo reconoció.

—Tío…

El tiempo pareció congelarse para ambos.

—¿Qué haces con un MacKinnon? —preguntó él—. ¿Te ha hecho daño, acaso te retiene?

Señaló a Graham.

—Prendedlo.

Varios hombres avanzaron, pero Elena reaccionó al instante, poniéndose delante.

—¡No!

—Apártate —dijo un hombre.

—¡No lo toquéis!

Eso los frenó.

—Está herido —añadió—. Y si no fuese por él, mis hermanas y yo estaríamos muertas.

El hombre frunció el ceño.

—Eso no es así. Yo iba a volver a por vosotras. A por tu madre —dijo su tío.

Elena dio un paso hacia él.

—¿Cuándo? ¿Cuándo pensabas hacerlo?

—Estaba reuniendo hombres, al menos los suficientes para poder enfrentarme.

—Han pasado años —dijo ella, la voz se le rompió por primera vez—. ¿Nunca pensaste que podíamos haber muerto ya?

—Elena…

—Nosotras estábamos solas —continuó—. Sin tierras. Sin protección. Sin nada.

El silencio alrededor parecía juzgarlo. Todos escuchaban.

—Y él —dijo, señalando a Graham sin mirarlo— nos sacó de allí.

Su tío la observó.

—Eso no cambia quién es.

—Tampoco cambia quién eres al dejarnos allí —respondió ella.

El patio entero parecía contenido en un solo aliento. Nadie se movía, pero todos estaban listos para hacerlo. El tío de Elena seguía mirándola, midiendo cada palabra, cada gesto, como si intentara reconocer a la niña que fue en la mujer que tenía delante, y entonces habló, despacio, pero con ese peso que solo tienen los hombres acostumbrados a mandar.

—Elige le dijo a ella.

No hizo falta que dijera más.

Elena ni siquiera dudó.

—Si me haces elegir, no te va a gustar la respuesta.

Un murmullo recorrió a los hombres que lo acompañaban. Aquello no era lo que esperaban oír.

El tío entrecerró los ojos.

—Mide bien lo que dices. Parece que no te estás posicionando en el bando que debes, sobrina.

—Lo estoy haciendo —respondió ella—. Más que tú todos estos años.

Eso le dolió al escucharlo. Se notó en la forma en que su mandíbula apretaba sus dientes.

—Basta.

Sus hombres dudaron sin saber bien a quien iba dirigida esa orden.

—He dicho basta.

Graham, a unos pasos detrás de Elena, no apartaba la mirada de la escena, preparado para reaccionar al mínimo movimiento, aún con la herida recordándole a cada segundo que no era el mismo hombre fuerte de siempre.

Y entonces…

—No.

La voz salió desde uno de los lados.

Grave y enfadada.

Un hombre grande, ancho, con la cara endurecida por la guerra, dio un paso al frente entre los Fraser.

—No era esto a lo que hemos venido. No pretendas que una niña te ablande el corazón y nosotros te obedezcamos.

Nadie habló.

—Hemos venido a luchar por lo que robaron a uno de los nuestros —continuó, alzando la voz—. No voy a retirarme como un perro por una conversación que pertenece a niñas y no a hombres.

El tío giró la cabeza hacia él.

—Cállate.

—No —replicó el otro—. Hemos esperado demasiado para esto. Haremos lo que hemos venido a hacer.

Algunos hombres a su alrededor asintieron.

—No te permito que te reveles de esa manera, he dicho que basta y será basta. Y esta es una orden directa —dijo el tío.

—Obedeceré a mi honor.

—¿Tío?

La voz llegó desde atrás, temblorosa, femenina y clara.

Drew estaba allí, aún junto al caballo del que acababa de desmontar, con los ojos abiertos como si no terminara de creerse lo que veía, el pelo revuelto, la respiración agitada por haber llegado al galope.

—¿Eres tú…?

El hombre que había hablado antes se quedó completamente inmóvil.

La miró, y algo cambió en su expresión.

—Drew —pronunció Elena.

Pero ya era tarde. El hombre reaccionó en un segundo, cruzando la distancia en dos zancadas, agarrando a Drew del brazo antes de que pudiera retroceder.

—¡Eh! —gritó ella, sorprendida.

La levantó prácticamente en el aire y la subió al caballo de un tirón.

—¡Suéltame! —forcejeó, pero no tenía fuerza para competir con él.

Elena dio un paso adelante.

—¡Drew!

Graham también se movió.

—¡Quieto, suéltala, malnacido! —grito su tío.

El hombre ya estaba montando detrás de Drew sobre el caballo.

—No obedeceré a un pobre hombre que se deja llevar por los sentimientos de una niña. Me la llevo conmigo hasta que se haga lo que teníamos planeado.

—¡Detente! —rugió el tío.

Pero no obedeció.

Clavó los talones y el caballo salió disparado.

—¡DREW! —el grito de Elena rasgó el aire.

Drew se giró como pudo, con los ojos llenos de miedo.

—¡ELENA!

Y desaparecieron.

—¡A por ellos! —gritó alguien.

—¡Detenedlo! —rugió el tío, pero ya nadie escuchaba, había perdido credibilidad mostrando su parte más sensible.

Los hombres comenzaron a montar en sus animales los que habían bajado de ellos, y parecían pretender unirse al hombre que se había llevado a Drew.

Elena ya estaba corriendo hacia el suyo.

—Voy a por ella.

Graham la alcanzó en dos pasos, aunque le costó.

—No voy a dejarte correr ese riesgo. No tienes nada que hacer entre todos ellos.

—No puedes impedírmelo, es mi hermana.

—No me importa quien sea, si te vas, sé que morirás.

—¿Entonces qué es lo que pretendes que haga? —dijo ella.

Y sin esperarlo, de pronto, Ewan apareció por el otro lado.

—Sé donde ha ido, yo venía hacia aquí cuando me separé de Maisie y lo vi esconderse con Drew, están en la vieja ermita de la colina.

—Ni se te ocurra prohibirme que vaya.

Elena montó de un salto.

—Yo iré también.

Y sin esperar salieron hacia donde Ewan había señalado.

Capítulo 28

El caballo iba tan veloz que parecía volar entre los árboles y las ramas les azotaban el rostro con violencia, pero a Elena ya no le importaba nada salvo esa figura que tenía delante, ese hombre enorme que se llevó a su hermana, a Drew, su Drew, la que siempre había temblado por todo y ahora gritaba su nombre con una voz que no le había escuchado nunca, rota pero fuerte. Graham iba a su lado, forzando cada paso del animal, con la y la sangre aún la mayoría de músculos de su cuerpo tensos, marcando sus ropas de sangre, y aun así no aflojaba el ritmo, y no lo haría aunque el cuerpo le pidiera caer. Ewan cerraba el grupo, atento a todo, y Maisie no apartaba los ojos del frente, clavada en ese punto donde su mundo estaba a punto de cambiar otra vez.

—Lo alcanzo —gruñó Graham.

—No hagas el idiota —respondió Elena—. Tú solo no podrás.

—Eso ya lo veremos.

Y entonces el terreno se abrió en una pequeña pendiente y el caballo del captor perdió un instante la estabilidad, lo justo para que Graham espoleara el equino sin pensarlo, adelantándose un poco, y Elena vio la oportunidad antes de que nadie se lo dijera. Se levantó ligeramente sobre la montura y, cuando estuvieron lo bastante cerca, saltó.

El impacto fue brutal. Rodaron los tres por el suelo, Drew gritó, el hombre rugió y trató de levantarse de inmediato, pero Elena ya estaba sobre él, golpeando con toda esa rabia que tenía. Él la apartó de un empujón y se puso en pie como una bestia, enorme, respirando fuerte, con los ojos encendidos.

—¡No te metas, chica! —escupió.

—Es mi hermana —respondió ella, levantándose también, sin retroceder.

Graham llegó un segundo después, con la espada en la mano, cojeando un poco debido al dolor que le producía la herida del costado, colocándose a su lado sin decir nada. El hombre los miró a ambos, valorando, midiéndose, y atacó. El choque fue violento, el guerrero sacó su espada y los aceros chocaron, Graham resistió el primer envite aunque la pierna le fallara, Elena se movió a su alrededor, buscando hueco para ayudar, y Drew, aún en el suelo, retrocedió como pudo, temblando al ver tanta violencia pero sin apartar la mirada.

—¡Drew, atrás! —gritó Elena.

Pero Drew no pudo quedarse quieta, cuando se dio cuenta de que estaban luchando por ella, por su protección, se puso en pie. Vio una piedra, grande, irregular, y la agarró con ambas manos. Cuando el hombre empujó a Graham y lo hizo tambalear, levantó la piedra y la lanzó con todas sus fuerzas. No fue un lanzamiento perfecto. Pero fue suficiente. Le dio a un lado de la cabeza, lo desorientó, lo justo para que Elena aprovechase esa ventaja.

Elena no dudó y agarrando la espada de Graham la blandió sobre el vientre del highlander. De repente se hizo un silencio casi irreal, solo se escuchaban sus respiraciones, y el viento entre los árboles. Drew que en otro momento hubiese empezado a llorar por fin entendió que no serviría de nada y se acercó hasta el hombre y sacó la espada de su vientre para volver a blandirla y asegurarse de que estaba bien muerto.

Elena se arrodilló frente a ella y la abrazó con fuerza.

—Ya está… ya está…

Drew se aferró a ella.

—Pensé que había llegado mi hora.

—Lo sé —susurró Elena—. Pero no ha ocurrido.

Graham se acercó despacio, limpiándose la sangre de la mano después de apretar su costado sangriento.

Maisie llegó con Ewan, y cuando vio a Drew sana junto a Elena y al guerrero muerto en el suelo, soltó el aire que llevaba

reteniendo.

—Eres una maldita imprudente —le dijo, pero la voz le falló al final.

Drew rio entre lágrimas.

—Lo he aprendido de ti.

No tardaron en regresar al castillo, pero el ambiente ya no era el mismo. Los hombres que habían llegado con el Fraser ahora estaban divididos, mirándose unos y a otros como si no supieran bien en qué lado estaban. El tío de Elena esperaba en el patio, y el laird MacKinnon no tardó en aparecer también. Dos mundos frente a frente otra vez.

—Esto no ha terminado —dijo el Fraser.

—Nunca terminará supongo —respondió el laird.

Pero esta vez Graham estaba allí.

—Sí puede terminar. Ahora.

Ambos lo miraron.

—Si así lo deseas, que gane el más fuerte —dijo su padre el laird.

—No así —continuó—. No con más sangre. No con gente que no sabe ni por qué muere.

—Hablas como si no fueras uno de ellos —escupió el Fraser.

—Lo soy —respondió Graham—. Y por eso lo digo, porque no quiero ver a gente inocente morir sin que yo pueda evitarlo.

—Esas tierras no son tuyas, imagino que sabes lo que tu padre me hizo —añadió, mirándolo—. Nunca lo fueron.

El laird sonrió, pero no había humor en ello.

—Son mías porque las mantengo.

—Son tuyas porque las robaste.

Un murmullo recorrió el patio.

—Devuélvelas —dijo Graham—. Reconoce lo que hiciste y esto se acaba aquí.

—¿Y tú quién eres para exigirme nada?

—Tu hijo.

Eso no le gustó al laird.

—Y el único que está intentando que no acabes perdiéndolo todo. Incluso la vida.

El laird miró a su hijo con cierto desprecio, porque no podía hacer lo que le pedía.

El tío Fraser dio un paso.

—Acepta y no habrá guerra.

El silencio volvió, y finalmente se atrevió a decir:

—Iremos a la guerra —dijo el laird.

—Veo hasta donde estás dispuesto a llegar cuando no es tu sangre la que se derrama —respondió el Fraser.

En ese momento los hombres MacKinnon se miraron.

El laird miró con odio a su hijo, fue una mirada dura, orgullosa, negándose a ceder, y cuando pronunció aquel iremos a la guerra, lo hizo convencido de que nadie se atrevería a cuestionarlo, de que sus hombres bajarían la cabeza como siempre, pero el silencio que vino después no fue el de la obediencia, fue otro, más incómodo.

El Fraser no apartó la vista.

—Veo hasta dónde estás dispuesto a llegar cuando no es tu sangre la que se derrama, sino la de inocentes que no saben ni porqué están luchando.

Y entonces ocurrió.

Un hombre dio un paso atrás.

Luego otro bajó ligeramente su espada.

El murmullo empezó contenido, pero creció como una grieta que no se puede tapar.

—Mi señor… —dijo uno de los hombres del laird, con cautela.

El laird giró la cabeza hacia él, incrédulo.

—¿Qué?

El hombre tragó saliva, pero no retrocedió.

—No es nuestra tierra.

El silencio se hizo absoluto.

—¿Cómo dices?

—Muchos de nosotros lo sabemos —añadió otro, más atrás—. Siempre lo hemos sabido.

El laird entrecerró los ojos.

—Cuidado con tus palabras.

Pero ya era tarde, porque otro dio un paso al frente.

—Hemos luchado por usted —dijo—. Siempre. Sin preguntar.

—Y seguiréis haciéndolo.

—Ya no.

Un tercero habló.

—Morir por defender lo que es suyo, lo que es nuestro lo entendemos, morir por morir no.

Otro más habló.

—No dejaremos a nuestros hijos sin padres muriendo por algo que no nos pertenece.

Un murmullo de aprobación recorrió a los hombres.

—Tenemos familias —dijo uno.

El laird miró a uno, luego a otro, buscando esa obediencia ciega de siempre y no la encontró.

Graham observaba.

—¿Me desobedecéis? —preguntó.

Nadie respondió. Y en ese silencio estaba la respuesta.

El orgullo luchó en su rostro, la rabia, la humillación.

Su mirada volvió al Fraser y luego a su hijo.

Y finalmente habló, como si cada palabra le costara sangre.

—Las tierras. Serán devueltas.

Un murmullo recorrió ambos lados.

—Todas salvo el castillo —finalizó.

El Fraser inclinó ligeramente la cabeza, como si esperara justo eso.

—El castillo… —repitió— está construido sobre nuestras tierras.

El laird no respondió.

—Por derecho también nos pertenece.

El ambiente volvió a ennegrecerse.

Pero el Fraser sonrió, sin perder de vista a Elena y luego poner su mirada en Graham.

—Aunque no creo que eso sea un problema.

Elena frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el laird.

—Porque si mis ojos no me engañan —dijo despacio— ese castillo acabará volviendo a la familia —hizo una pausa—. De una forma u otra.

Su mirada pasó de Elena a Graham y sonrió.

—Y diría que mi sobrina no parece especialmente incómoda junto a un MacKinnon.

Elena sintió el calor subirle al rostro, pero no apartó la mirada.

—No confundas las cosas.

—No las confundo —respondió él—. Las observo.

Capítulo 29

Esa noche, lejos del castillo, lejos de todos, Elena se sentó junto al fuego y Graham se dejó caer a su lado despacio sujetando su herida con una mano.

—No confío en ti del todo —dijo ella al cabo de un rato.

—Lo sé, te lo veo en la mirada.

—Pero tampoco puedo alejarme.

Graham la miró entonces.

—No dejaré que lo hagas.

Elena tragó saliva.

—Lo has perdido todo por esto.

—No.

Negó.

—He elegido esto al resto.

El fuego crepitaba suavemente, iluminando sus rostros a medias, y el bosque alrededor parecía haberse quedado en calma solo para ellos. Elena no apartaba la mirada de Graham, como si aún no terminara de creerse que estuviera ahí, vivo y a su lado.

—He elegido esto al resto —repitió él en voz baja.

Elena sostuvo su mirada unos segundos más, y esta vez no respondió con palabras. Se inclinó despacio hacia él. Sus dedos buscaron su rostro primero, recorriendo la línea de su mandíbula, más suave de lo que ella recordaba.

Graham no se movió.

Solo la miró.

Y cuando sus labios se encontraron reaccionó con deseo. Fue un beso lento, profundo, como si ambos necesitaran comprobar que

aquello era real, que no iba a desaparecer al abrir los ojos. Elena apoyó una mano en su pecho, sintiendo el latido firme bajo su piel, y entonces fue él quien respondió, acercándola un poco más, con cuidado, con una suavidad que no encajaba con la imagen que el mundo tenía de él.

Elena deslizó las manos hacia su hombro, la deslizó recorriendo su torso y se detuvo al rozar la herida. Sus dedos se suavizaron al instante, casi con reverencia, recorriendo la venda con cuidado.

—Te va a quedar cicatriz —murmuró.

—No es la primera.

—Pero esta —susurró ella, levantando la mirada— esta ha sido por mi culpa.

Graham la miró a los ojos un segundo, y algo en su expresión se volvió más intenso, más oscuro.

—Y no me arrepiento.

Eso le arrancó una pequeña sonrisa a ella que desapareció cuando él volvió a besarla, esta vez más decidido. Sus manos bajaron por su espalda, acercándola contra él, y Elena sintió ese calor subirle por todo el cuerpo, ese temblor que le aflojaba las piernas.

Sus dedos buscaron el cierre de la ropa de Graham, torpes al principio, luego más seguros, deshaciéndose de las capas que los separaban. Él la ayudó sin decir nada, sin apartar la mirada, y respirando ya con error.

Cuando la tela cayó, Elena no pudo evitar mirarlo.

Ancho de hombros, marcado por la batalla, por la vida, por todo lo que había sido antes de ella. Y aun así, ahí estaba, mirándola como si nada de eso importara.

Graham llevó la mano a su rostro otra vez, bajando despacio por su cuello, deteniéndose en su clavícula, y siguió el mismo camino que ella había recorrido antes, pero ahora sobre su piel, sintiendo cómo reaccionaba a su contacto. Elena dejó escapar el aire sin darse cuenta cuando sus dedos continuaron descendiendo, cuando su mano se detuvo en su pecho, envolviéndola, arrancándole un estremecimiento que no pudo contener.

—Graham —susurró.

Él no respondió con palabras.

Solo con otra caricia, más lenta, más consciente, como si se aprendiera su cuerpo con cada caricia. Elena se acercó más, sin espacio entre ambos ya, buscando su calor, su piel, y sus manos se movieron por su espalda, por sus hombros, agarrándose a él como si necesitara sentirlo.

Graham inclinó la cabeza, dejando besos sobre su piel, primero suaves, luego más insistentes, bajando por su cuello, deteniéndose donde notaba cómo ella reaccionaba, cómo su respiración cambiaba, cómo su cuerpo respondía al suyo sin reservas. Elena cerró los ojos, dejándose llevar, sintiendo cada roce como algo nuevo, algo que no había imaginado, y sus dedos se hundieron en su cabello cuando él volvió a subir, cuando sus labios encontraron los suyos otra vez.

Y cuando finalmente se recostaron junto al fuego, envueltos en ese calor compartido, ya nada podía evitar lo que estaba a punto de pasar entre ellos. Respiraciones acompasadas, y la certeza silenciosa de que, pasara lo que pasara después, aquello ya nadie podría arrebatárselo.

Elena apoyó la frente contra la suya, aún con el pulso acelerado.

—Esto tampoco cambia nada —murmuró, aunque ya no sonaba nada convencida.

Graham esbozó una leve sonrisa.

—Lo cambia todo. Eres mía, y yo soy tuyo.

Y esta vez ninguno de los dos intentó negarlo.

EPÍLOGO

El amanecer pintaba el cielo de gris cuando Ewan ajustó las riendas de su caballo antes de montarlo. No había dormido nada pensando en que cuando regresara a su hogar las cosas se le podían poder bien difíciles.

Maisie estaba frente a él, con los brazos cruzados, intentando mostrar el enfado que sentía.

—Así que te vas.

No era una pregunta.

—Tengo que hacerlo.

—Claro.

—Si me quedo —añadió él— todo el esfuerzo no valdrá para nada, porque mi clan vendrá a por mí, soy un traidor —dijo montando sobre el animal.

Maisie asintió despacio.

—No quiero que te vayas.

Ewan bajó del caballo al escucharla y se acercó a ella.

—No esperaba encontrarme contigo, no esperaba sentir lo que siento cuando estoy cerca de ti.

—Ni yo.

—Pero aun así debo marcharme —dijo él.

Maisie lo miró.

—No lo hagas más difícil —volvió a hablar Ewan.

—No puedo hacerlo fácil —respondió Maisie con los ojos acristalados.

—Entonces no digas nada.

Pero ella no obedeció.

—Iré contigo.

—No.

—No podrás impedírmelo.

El corazón de Maisie latía con fuerza.

—Acabaremos los dos muertos si lo haces. Volveré cuando pueda, pero quédate con tu familia—dijo él.

Ella negó.

—No prometas cosas que no puedes cumplir.

Ewan acarició su mejilla.

—Entonces no prometo nada, ¿prefieres escuchar eso?

—Prefiero que me digas que te quedas aquí.

Ewan alzó la otra mano y le sujetó la cara, mirándola con calma, como si quisiera recordar cada detalle de su rostro.

Maisie cerró los ojos un segundo y en ese instante Ewan la besó arrancando un gemido que encendió al highlander por dentro.

La agarró por la cintura y la colocó sobre él, levantando su falda y apretando su trasero. Ella devoraba su boca con pasión.

—Hazme tuya antes de marcharte —le pidió.

—No me pidas eso —respondió él.

Maisie alargó su mano para bajar a su entrepierna y en ese momento Ewan ya no pudo resistirse y la tumbó sobre la tierra, levantó sus faldas y le quitó la ropa interior. Acercó su cabeza a las ingles de Maisie y ella se incorporó para poder ver lo que hacía ahí abajo.

—Por Dios, Ewan —se ruborizó.

—Déjame amarte.

Maisie se recostó de nuevo de sintió todo ese placer que él le daba. Arqueando la espalda y gimiendo como nunca imaginó que haría.

Minutos después se introdujo en ella para culminar, primero lento hasta sentir que el cuerpo de ella respondía sin dolor.

La entrega fue mutua, y al poco llegaron a la cumbre de placer casi a la vez, ya que él esperó a que Maisie explotase antes de dejarse irse él.

—Si no desaparecer ahora mismo de mi vista, jamás dejaré que lo hagas —dijo ella.

Él dudó, pero después se dio cuenta de que eso lo podría estropear todo, a fin de cuentas era un Campbell

—Cuídate, Fraser —le dio un beso en los labios, después en el cuello, y volvió a subir a su boca—. Te amo.

—Regresa pronto.

Y cuando se alejó, perdiéndose entre la niebla del bosque, Maisie no lloró pero no podía dejar de mirar, a pesar de que ya había desaparecido a lo lejos.

Cinco años más tarde…

El viento golpeaba los ventanales del castillo MacKinnon con la misma insistencia de siempre, pero dentro todo había cambiado. Ya no era un lugar de guerra constante, ni de miedo. Había vida aunque no para todos.

Maisie estaba junto a la ventana, con la mirada perdida, con los brazos apoyados en el alféizar y la extraña sensación de que el tiempo pasaba y nada ocurría. Había días en los que ni siquiera sabía qué estaba esperando exactamente. Solo sabía que seguía haciéndolo.

Cinco años. Cinco malditos años.

—Vas a desgastar la piedra si sigues ahí plantada —dijo Drew desde la puerta, con ese tono que había aprendido a usar desde aquella noche en el bosque, como si quisiera recordarle al todos que ya no era la niña asustada de antes.

Maisie no se giró.

—Solo espero.

—Claro —respondió Drew—. Pero ni él regresará ni yo soy la reina de Escocia. Eso lo sabemos ambas.

—Cállate.

—Esta noche hay *Ceilidh* en el valle —añadió, dejándose caer en un banco—. Música, hogueras, bebida, gente. Aunque quizá eso último tampoco es que te resulte muy fascinante, porque siempre estás aquí escondida del resto.

Maisie bufó suavemente.

—Ya sabes lo que te voy a decir.

—Que no —imitó Drew—. Que no te apetece. Que no tienes ganas. Que prefieres quedarte aquí mirando al vacío como la viuda

que no eres.

Maisie se giró entonces, clavándole la mirada.

—No entiendes nada.

—No —concedió Drew—. Eso es verdad, no entiendo como mi hermana ha terminado loca de atar por un hombre al que no le importa.

—Es posible que lo hayan matado.

—Han pasado cinco años, Maisie. Supera que no regresará jamás.

—No sabes si está vivo. Quizá fue apresado.

—Tú también moriste el día que se marchó —respondió ella sin pensar.

Maisie apretó la mandíbula.

—Lo sé.

—Está bien, sigue ahí plantada en la ventana. Me rindo contigo —dijo Drew.

Maisie bajó la mirada un segundo.

Y entonces suspiró.

—Estoy cansada, Drew… —se dio la vuelta y miró a su hermana—. Cansada de esperar —añadió—. Cansada de pensar que —negó—. No sé ni qué estoy esperando ya.

Drew se acercó a ella.

—Entonces ven conmigo esta noche.

Maisie dudó.

—Solo una noche —insistió Drew—. Sin pensar en él. Sin pensar en nada.

—Bebe, baila, riámonos o al menos intenta recordar cómo se hacía.

—Está bien.

Drew parpadeó.

—¿Qué?

—Que está bien —repitió Maisie—. Iré.

Y esa vez la sonrisa de Drew fue enorme.

El valle estaba vivo. Las hogueras iluminaban la noche, la música llenaba el ambiente y el sonido de risas, copas y pasos sobre la tierra creaba ese clima tan propio de las Highlands, donde por unas horas todo parecía olvidarse, al menos en la cabeza de la pobre Maisie. Hombres y mujeres bailaban al ritmo de los *fiddles*, las telas de las faldas giraban, el *whisky* corría sin medida.

Maisie no tardó en dejarse llevar.

Al principio solo observó intentando recordar como se era feliz de nuevo, luego aceptó una copa que su hermana le puso en la mano, después otra, y pasadas unas horas ninguna de las dos tenía la certeza de cuanto vino habían bebido.

Drew la miraba desde un lado, divertida.

—Nos hemos pasado.

—Cállate —respondió Maisie, riendo por primera vez en mucho tiempo—. Hoy todo vale.

—Eso ya lo veo.

Maisie giró sobre sí misma, dejando que la música la arrastrara, el cabello volaba como su falda, las mejillas le ardían, y la risa salía más fácil que nunca.

Era completamente feliz, hasta que dejó de serlo, porque al girar tanto, chocó contra alguien.

El líquido se derramó.

—¡Por todos los dioses! —exclamó ella—. Lo siento —dijo tambaleándose.

El hombre frente a ella miró su ropa manchada, y luego levantó la vista despacio.

Maisie dejó de respirar en el momento en el que sus miradas se cruzaron.

El hombre no estaba solo una mujer apoyada en su brazo, vestida de forma provocativa, sonreía con desgana.

—Otras niña que sale por primera vez —murmuró la mujer—. Hazte un favor y no bebas más.

Pero Maisie no la miraba a ella, solo lo miraba a él. A Ewan.

—¿Estás vivo? —preguntó ella.

—Pues no ves que sí, niña —respondió la mujer que le acompañaba—. Pero esta noche es mío, ya me ha pagado, así que

aléjate de él.

Maisie escuchó perpleja aquella afirmación y en ese momento todo en ella se rompió. Su corazón, su alma…

—¡Maisie!

—¿La conoces? —le preguntó la fulana.

Ewan no respondió pero alargó la mano para tocarla, aunque Maisie fue rápida y se apartó al ver sus intenciones. Había pasado mucho tiempo esperando…

Continuará...